

CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE

Las Inviernas



Galicia, años cincuenta. Dos hermanas regresan a Tierra de Chá después de una larga ausencia, muy unidas por un hecho oscuro cometido en el pasado, y también por su pasión por el cine y la vida de los artistas de Hollywood. Vuelven a la que fue la casa de su abuelo, de la que tuvieron que huir cuando eran niñas, y donde hombres y animales conviven bajo el mismo techo. En Tierra de Chá, nada y todo ha cambiado, las gentes, la pequeña casa lejana bajo la lluvia, el olor acre del tojo, las flores, las cosechas, las costumbres... Pero las fronteras entre la verdad y la mentira, los recuerdos y la realidad son difusas. Por algún motivo, el regreso de las hermanas trastoca la plácida existencia de los habitantes de la aldea. ¿Por qué nadie quiere hablar de don Reinaldo, el abuelo? ¿Qué ocurrió durante la guerra que ahora les ocultan? ¿Por qué las llaman así, «las Inviernas»?

Las subidas al monte con la vaca; la costura; las discusiones; la novela de la radio que las hace llorar: a pesar de todo, la rutina acaba imponiéndose poco a poco. Pero cuando, a la caída de una tarde de verano, una de las Inviernas escucha en la radio la noticia de que la famosa actriz americana Ava Gardner, «el animal más bello del mundo», tiene previsto viajar a España, Tossa de Mar, para rodar una película en la que buscan dobles, las hermanas no tienen ninguna duda de que al fin ha llegado la oportunidad de convertirse en las actrices que han estado esperando toda su vida...

En paralelo, una serie de acontecimientos están teniendo lugar en la aldea: una vieja centenaria revela que don Reinaldo le pagó dinero para quedarse con su cerebro cuando muriera, con el fin de investigarlo. A partir de que este macabro hecho se hace público, todos los habitantes empiezan a inquietarse. Poco a poco, mientras pasado y presente se funden y entrecruzan, vamos descubriendo quién fue don Reinaldo, qué hizo y por qué tuvieron que huir sus nietas. También descubrimos qué hecho misterioso hizo regresar a las Inviernas a tan recóndito lugar.

¿Conseguirán las hermanas hacer realidad su sueño de convertirse en actrices o quedarán atrapadas en la ciénaga del remordimiento?

Cristina Sánchez-Andrade nos regala una deliciosa historia con tintes de los grandes clásicos de nuestra literatura, mezclando hábilmente la ficción con los hechos históricos —la revolucionaria llegada de Ava Gardner a España en los años cincuenta para rodar «Pandora y el holandés errante»—, dosificando de forma magistral la intriga, y aportando un sutil e ingenioso sentido del humor, haciendo de las Inviernas dos personajes perversos y a la vez entrañables que se quedarán con el lector mucho tiempo después de su lectura. Esta novela es, además, un homenaje a Galicia y a la tradición oral,

a todas las historias que se cuentan en las casas, al amor de la lumbre en las noches. En las noches frías de invierno.

Lectulandia

Cristina Sánchez-Andrade

Las Inviernas

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2017

Título original: *Las Inviernas*
Cristina Sánchez-Andrade, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi abuela Isidora,
que nos regaló muchas de estas historias*

Primera parte

Este frío no es tuyo.
Es un frío sin nadie que se dejó olvidado no sé quién.

(...)

Silencio. Está pasando la nieve de otro cuento entre tus dedos.

OLGA OROZCO,
«Remo contra la noche»

Capítulo 1

Pasaron una mañana como el susurro de un avispon, más rápidas que un instante. Ellas.

Las Inviernas.

Los hombres doblados sobre la tierra se enderezaron para observar. Las mujeres detuvieron las escobas. Los niños dejaron de jugar: dos mujeres con grandes huesos cansados, como irritados de la vida, atravesaban la plaza del pueblo.

Dos mujeres seguidas de cuatro ovejas y una vaca de andar balanceado que tiraba de un carromato cargado de bártulos.

Al final de un carreiro que zigzagueaba entre nabizales, seguía estando la vieja casa del abuelo —también su casa—, ahora cubierta por las ramas de una higuera.

Murciélagos y búhos se estrellaban haciendo círculos. La hiedra había invadido la casa, y la chimenea, abultada por el follaje, adquiría las proporciones y la apariencia de una torre ruिनosa. La casa tenía una huerta con un limonero y matorrales que albergaban mariposas y crujidos; al fondo corría un río con truchas finas y sabrosas.

Más allá del río nacía la fraga con frondosos árboles. Una vegetación apretada y tupida que se entretejía desde el suelo hasta las copas de los árboles, ceñida por huertos y minúsculos prados de labor.

Llovía, y se metieron dentro.

Ellas y las bestias.

Barrieron el suelo. Arrancaron las telarañas. Colocaron los bártulos que traían. Hicieron una sopa. Menguó la luz y aumentó el frío.

Un olor doméstico y familiar las envolvió; les recordó la dulzura de ciertos días de verano, las comidas en la huerta y la infancia perdida. Pero el olor también les habló de la guerra, de la humedad y de la risa. Ratones. Rabia.

Una se sentó junto a la otra y le dijo:

—Estaremos bien.

La otra contestó:

—Sí.

Y pasaron el rato sorbiendo la sopa, enfrascadas en aquella conversación.

—Estaremos bien.

No era temor. Acaso una sospecha, una rara intuición.

—Estaremos.

Capítulo 2

Fuera de Tierra de Chá, habían llegado a acomodarse a otros climas y costumbres, pero nunca habían dejado de soñar con la casa y la higuera, con los verdes prados bajo la lluvia.

Salvo por la higuera, que había crecido torcida y desparramada sobre el tejado, la casa seguía tal y como la habían dejado antes de huir casi treinta años atrás.

Ahora, sentadas a la mesa de la casa, lo miraban todo con los ojos llenos de lágrimas, mientras se iba enfriando la sopa.

Y recordaban.

Entrando, a la izquierda, después del zaguán muy fresco en donde siempre había perros adormilados, estaba la cocina que daba a la huerta, de extraordinaria floración en primavera, con perales y manzanos, un limonero, buganvillas cuyo aroma delicioso llenaba las estancias, hortensias, un palomar sin palomas, la palleira y las eras.

Cuando caían las peras, se sentía el pelletazo desde el fondo de la casa y las gallinas corrían despavoridas.

No había agua corriente en la casa ni cuarto de baño. Como retrete se servían de unos agujeros que daban al establo, cubierto de ramas de tojo para camuflar el olor.

También estaba el sobrado. En el sobrado se guardaban las máquinas de coser, los carretes de hilo, velas, baúles, libros, papeles, ropa de cama y patatas con gruesos brotes malvas.

En el sobrado lloraban los niños y había capones muertos, paraguas con las varillas rotas, telarañas y murciélagos.

Eso lo recordaban muy bien.

Eso, y que las bestias y las personas convivían allí dentro, en la casa. Un amable contubernio, un efluvio enloquecedor y violento cuyo objetivo final era que estuviera más caliente. El establo estaba muy próximo a la cocina, justo debajo de las habitaciones.

Cuando caía la noche, los mugidos y los hombres subían por la escalera.

Alumbrada por la claridad del fuego que lucía en el hogar, la cocina de aquella casa había sido siempre el lugar de reunión de las gentes de Tierra de Chá.

Mientras se deshojaba el maíz, se asaban las castañas o se calcetaban jerséis, se contaban historias insólitas: una loba que entraba en la aldea para llevarse a los recién nacidos; una serpiente que mamaba dulcemente de las ubres de una vaca, o fabulosas historias de unas burras cargadas de alforjas repletas de monedas de oro... (¿te acuerdas?, ¡bien me acuerdo, mujer!).

En la lareira también se hablaba de Cuba. Mucha gente de la aldea había emigrado allí, sobre todo para no tener que ir de quintos a la guerra de Marruecos, y en Cuba había dinero colgando de los árboles, monedas de oro y collares de perlas en

lugar de peras o manzanas. En Cuba se comía estofado de loro y colibríes rellenos, y las mujeres andaban en cueros por las calles.

En la cabecera de la lareira solía sentarse don Reinaldo, el abuelo de las Inviernas, uno de los hombres más sabios e influyentes de la aldea, siempre vestido de pana, con espesas barbas teñidas por el tabaco y ojos azules del color del mar. En las noches de invierno insistía en que en la aldea siempre había habido mucho loco. Luego hacía el cuento de aquel que regresó de no sé dónde y decía ser una gallina. Tan trastornado estaba que hasta ponía huevos; la familia le seguía la corriente por no quedarse sin ellos.

Entre las dos Inviernas, que por entonces eran niñas, se sentaba don Manuel, el cura. Bajo, gordo. El cura de Tierra de Chá era un glotón. Andaba siempre con un pie en la misa y otro en la mesa. Era terminar el sermón y ya estaba en la calle. A grandes trancos, arremangándose la sotana para preservarla del estiércol, cruzaba la plaza para ir a almorzar. Mientras la criada le ataba la servilleta al cuello y le servía, emitía gorjeos de alegría. La boca se le hacía agua al ver lo que tenía delante: un buen caldo, con sus correspondientes grelos, cachelos y tocino, chorizo y costillas, luego un par de chuletones o unos huevos fritos con la grasa de cerdo, una bolla de pan y medio litro de vino del país. Y de postre un arroz con leche hecho con mantequilla que le dejaba en el paladar el rastro pegajoso de los besos de su madre. Y que no faltara la copa y el café.

Nadie quería sentarse junto a él porque desprendía cierto olor. No era olor a establo, ni a sudor, ni siquiera a la grasa de la comida: el cura olía a ropa guardada y a cura. Era un olor de color castaño, en todo caso un olor que tenía que ver con las beatas y con la coliflor cocida.

Enfrente se sentaba el señor Tiernoamor, de oficio mecánico dentista, y también tío Rosendo, el maestro de ferrado, y un poco más allá, junto a... ¿cómo se llamaba?, preguntó una Invierna, no me acuerdo, contestó la otra, bueno, ése, el criador de capones, y las mujeres, unas u otras, muchas, dependiendo del día. Tristán. El criador de capones se llamaba Tristán.

La que no faltaba nunca allí era la viuda de Meis; muslo ancho y pantorrilla escurrida, la sombra de un bigote en el labio superior, como casi todas las mujeres de Tierra de Chá. Le lanzaba miradas seductoras a tío Rosendo, situado en la otra punta, y él correspondía quitándose la gorra y suspirando.

También se sentaba en la lareira la criada de don Reinaldo, de nombre Esperanza, y su hijo Ramonciño.

Ahora recordaban eso, sí; a Ramonciño, de cabeza grande pero de orejas diminutas como cerezas, le gustaba mamar al amor de la lareira, en ese ambiente recogido y tibio por donde siempre flotaba un agradable olorcillo a chorizo y al humo de la raíz del tojo. Después de la siesta (¿te acuerdas?, ¡cómo no me voy a acordar!), corría a un rincón a buscar su taburete y se ovillaba cerca de las mujeres para oír los cuentos.

Tierra de Chá era una aldea tan recóndita, que sus habitantes eran pobres de solemnidad —y mamones, solían añadir los paisanos de los alrededores.

El que era mamón de verdad era Ramonciño. Al primer quejido, su madre se desabotonaba la camisa y lo incrustaba contra sus pechos largos y surcados de venas, con sabor a cuajo agrio. El niño succionaba los pezones, primero uno, luego otro, se llenaba la boca de pecho hasta que la leche se le desbordaba por las comisuras de los labios y chorreaba por el cuello. Sólo de tanto en tanto, cuando el niño le mordía un pezón con los dientes, aquella mujer inmóvil como un peñasco pegaba un pequeño respingo.

Ramón, Ramonciño; todo el mundo sabía quién era la madre y pocos quién era el padre.

Un día entró allí el abuelo de las Inviernas. Al ver al niño, que ya tendría sus seis o siete años, hablaba por los codos y hasta leía el silabario, se llevó las manos a la cabeza. Le dijo a Esperanza:

—Mira que el rapaz ya no tiene edad de mamar, mujer. Tienes que tomar cartas en el asunto.

Pero la criada se encogía de hombros. Decía que si no era teta, el niño no abría la boca. En realidad, era ella y no la pobreza la culpable de que el niño perseverara en el vicio: no quería que su hijo viviera el calvario por el que había tenido que pasar ella.

Su calvario había sido el siguiente: la habían abandonado de muy pequeña; una mujer pobre de nombre Nicolasa la encontró a la puerta de su casa cuando volvía de los baños calientes de Lugo. Estaba muy bien envuelta, metida en una cesta, y traía consigo una botella de vino dulce y filloas recién hechas. La mujer cogió la cesta y mientras se comía las filloas pensó en un nombre para la niña. La bautizó con el nombre de «Esperanza a la Puerta de Nicolasa» y durante años la alimentó con leche de cabra poniéndola a mamar directamente del animal. La cabra se encariñó con la niña y cuando volvía del monte se adelantaba al rebaño, empujaba la puerta con el hocico, buscaba a la niña por la casa, levantaba la pierna y le ofrecía la ubre.

De la niña mamando de la cabra se rieron durante años en la aldea, y cuando Esperanza tuvo uso de razón, se juró a sí misma que lo primero que le daría a su hijo era el pecho («un pecho como Dios manda», solía decir) que nunca le dieron a ella.

Y así fue durante siete años, hasta el día del destete, después de que don Reinaldo le llamara la atención.

Las Inviernas recordaban cómo aquel día había desfilado por allí toda la aldea para dar su opinión. Vino la señora Francisca, panadera y madre de ocho criaturas, y dijo:

—Dale caldiño pisado, mujer.

Vino tía Esteba, la que vestía a los muertos, y dijo:

—Te dejará seca.

Vino Gumersinda, la Coja, y dijo señalando con el dedo:

—Lo tendrás enganchado ahí toda la vida.

Vino el señor cura, y dijo:

—Reza, que siempre ayuda.

La madre de la criatura se encogía de hombros. A todos les decía lo mismo:

—Es que si no es teta, el rapaz no abre la boca.

Al cabo de unos días, volvió el abuelo con un cuenco que contenía un ungüento que él mismo había preparado con hierbas agrias, cenizas y zumo de limón.

—Mañana te untas los pechos con esto —le ordenó—. Ya verás como el niño no vuelve a mamar en su vida.

A la mañana siguiente, la mujer se untó los pechos con el ungüento. Al rato vino el niño con el taburete y se sentó a mamar. Dio tres o cuatro lametadas, pero enseguida se apartó del pezón haciendo ascos.

—¿Y luego..., Ramonciño? —le preguntaron las mujeres con cierta sorna—. ¿Hoy no hay teta?

Mucho más tarde, cuando Esperanza murió y Ramonciño fue Ramón, y se hizo marinero, y se embarcó para desaparecer durante dos años, seguía contestando lo mismo:

—Hoy la teta no se traga.

Todo esto y mucho más lo recordaban mientras volvían a instalarse en la casa.

Las lágrimas en la sopa.

Las Inviernas.

Capítulo 3

Dormían ahora como cuando eran niñas, en una habitación de techos húmedos y desconchados, con una ventana que daba a las eras, con un crucifijo, una foto de Clark Gable y dos camitas de hierro con colchones rellenos de cáscaras de maíz, desparramadas por la cama como saurios prehistóricos, roncando con la boca abierta. Nadie las había molestado desde su llegada. Hasta que un amanecer, alertada por un ruido, una de ellas abrió un ojo de golpe.

—¡Qué fue eso, tú! —le dijo a la otra.

Y permaneció un rato así, con un ojo abierto y el otro cerrado, las manos como zarpas sobre el embozo, quieta y fría como una lagarta fría.

La otra Invierna, que por fin se despertó, se incorporó de inmediato. Sentada sobre la cama aguzó el oído.

—No oigo nada... —dijo.

—Porque aún tienes sueño —contestó la otra.

—Te empeñas en saberlo todo —le rebatió la primera. Extendió un brazo y empezó a palpar sobre la mesilla de noche—. ¿Qué sabrás tú de mi sueño? El sueño es mío, no tuyo. ¿Dónde están mis dientes? ¿Los cogiste tú?

—¡Y para qué iba a querer yo tus asquerosos dientes!

La que acababa de hablar bostezó, y la otra vio hasta el cielo de la boca, roja como las entrañas de un cerdo.

—No sé cómo puedes ser tan desagradable... —dijo la primera. Siguió palpando la mesa hasta encontrar la dentadura. Se la puso en un momento, con un ruido seco: *ploc*. Luego saltó de la cama, sacó de debajo la bacinilla y se alzó el camisón—. Nadie en sus cabales te soportaría —prosiguió mientras se sentaba para desaguar—. Tienes suerte de tenerme.

Cuando terminó, fue su hermana la que ocupó el puesto de la bacinilla.

Una de pie, otra sentada, quedaron escuchando de nuevo.

—¿Y si fuera la Guardia Civil que viene a por nosotras? Un día han de venir... —dijo la que estaba sentada. Se incorporó, se colocó el camisón y volvió a esconder la bacinilla bajo la cama.

—Es la Greta —la tranquilizó la otra—. Está enloquecida por el tábano.

Fue hasta la trampilla que había en el suelo y la alzó: ascendió de sopetón, como la revelación de algo que estaba oculto en ellas, el aroma penetrante y acre del tojo que servía de lecho a las bestias del establo.

Aquí estaba la vaca de raza rubia gallega que en lugar de llamarse Marela, o Teixeira, como todas las vacas de Tierra de Chá, se llamaba Greta. Greta Garbo. Al atisbar el trasero incrustado de mugre de la vaca y la cola que iba de un lado a otro para espantar a las moscas, la Invierna suspiró tranquila.

Durante un rato se quedó así, de cuclillas, la cabeza colgando por la trampilla.

Escuchaba el crepitar de las quijadas y dirigía a la vaca palabras maternas, no te apures, Gretiña, que estamos aquí, palabras suaves que nunca dirigía a las personas, anestesiada por el aroma penetrante de aquello que la superaba —que las superaba a las dos—, que salía por la puerta y se extendía por la fraga y que seguía, seguía hacia el norte. Una fraga en la que podías pasar días y días sin que nadie te encontrara, como aquella vez que se perdieron ellas. Cerró la trampilla de golpe («es Greta, no es nada más que Greta. Greta y los tábanos»).

—¡Qué tábanos ni qué leches tibias! —le dijo su hermana, poniéndose en pie—. Me refiero a ese crujido de hojas secas. Alguien viene hacia aquí.

En los ojos de la otra brilló la luz de la batalla.

—¡Calla la boca, antroído!

Quedaron escuchando un rato más. Por todas partes, en la cocina, en la salita, por el suelo y por la cama, hasta dentro de los cajones, zumbaban las moscas, tenaces y pesadas. Greta Garbo tenía la ventaja de sus ubres con tetas duras como zanahorias, siempre rebosantes de leche. Pero tenía un temperamento irritable, más parecido al de un asno que al de una vaca, y no había cosa que más la enfureciese que las mocas. Cuando se le pegaban las moscas solía dar coces con las patas traseras, mugir y a veces morder a la gente. Pero ahora la vaca estaba silenciosa.

Sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Inviernas!, ¡abrid la puerta, Inviernas!

Presas del miedo (o de la excitación), las dos hermanas se fundieron en un abrazo.

—¿Cómo nos llamaron?, ¿hienas? —susurró una de ellas con la nariz pegada al pecho de la otra.

—Inviernas —dijo la segunda—. Creo que dijeron eso: Inviernas.

—Inviernas... —repitió la primera, pensativa.

—Eso es, Inviernas. Y no me dejes tus mocos pegados a la chaqueta, si haces el favor.

Se echaron a correr escalera abajo. Una de las dos, más rezagada, se abalanzó sobre la otra para interceptarla y pegarle un empujón; la otra intentó agarrarla por el hombro pero no lo consiguió. Cayeron, rodaron por el suelo y se volvieron a poner en pie.

Quedaron frente a la puerta, una por encima de la otra, cuerpo contra cuerpo, sin atreverse a abrir.

Eran muy distintas entre sí, las Inviernas.

La mayor era seca y huesuda, tenía la cara afilada y la nariz aguileña. La dureza de los años vividos había arrastrado consigo la ternura, la dulzura de su corazón de niña, la fe en sí misma y en los demás, no dejándole otra cosa que una especie de inercia borreguil con horarios rígidos. Encerrada en su universo particular de revistas, radionovelas y lloriqueos, tenía una sola pasión: una necesidad enfermiza de seguridad y de que la dejaran en paz. Por eso se levantaba, trabajaba y dormía sin pensar en nada más. Así día tras día, lo que ella llamaba su «bonita rutina». A los

veinte años, se le echaban cuarenta. Desde los treinta y cinco, ya no representó edad alguna.

En la otra hermana llamaba la atención el pelo azabache ondulado, las formas apretadas, los labios carnosos y sobre todo la mirada; esos ojos verdes con pintas doradas en torno al iris. Su hermana solía alzar la voz y ella callaba; la seguía y se acoplaba a sus horarios, no porque la rutina le gustara especialmente sino porque era lo único que tenía y le aseguraba una vida tranquila, sin sobresaltos ni estridencias. Siempre había sido muy paciente, siendo esa paciencia lo mejor de ella, si no lo más siniestro.

¿Quiénes eran exactamente? No eran niñas. Ni viejas.

Pero tenían ya una edad en que se quiere vivir tranquilo. Tranquilo ¿de qué?

—¿Quién va? —dijeron a un tiempo.

La vaca volvió a mugir en el establo.

Capítulo 4

Desde que habían llegado, las gentes de Tierra de Chá no les quitaban ojo de encima, no hacían más que espiarlas, pero nadie tenía valor para ir a hablarles de tú a tú.

Tío Rosendo, el maestro de ferrado, recordaba que de niñas tardaron mucho en aprender a leer. Nadie supo nunca qué edad tenían por entonces. En la escuela no jugaban con los demás niños. Se quedaban juntas en un rincón, con arañitas y mariposas enganchadas del pelo y ese aire lánguido y distraído, mirándose a los pies como si crecieran plantas o cosas de los pies.

A quien todos recordaban perfectamente era a su abuelo. Para los curas era santero y endemoniado, sabedor de boticas secretas y de plantas que florecen en los jardines subterráneos; para los viejos era arresponsador. Pero para las arresponsadoras no podía serlo. Para unos era peligroso, para otros una bestia del trasmundo, y para los demás no era más que un pobre hombre, mágico pero racionalista. En lo que todos coincidían era en que estaba dotado de una perspicacia finísima, de modo que a la primera mirada podía adivinar lo que le ocurría al enfermo que tenía delante.

Iba de casa en casa recomponiendo huesos, escuchando el murmullo de las entrañas y susurrando poesías para curar el mal de ojo. Además sabía hablar con los animales y ahuyentar a los lobos. Era mencionar a don Reinaldo y flotaba en el aire una admiración sorda y muda, una emoción contenida.

Llegó a tener por ello una buena clientela y en sus últimos días, estaba dedicado por completo al arte curativo. A su casa llegaban enfermos de todas partes: poseídos por el hipo —que él curaba con sustos de muerte—, y por el ansia de comer piedras y tierra, que era un mal corriente en Tierra de Chá.

Todos recordaban aquella vez que entró en su casa una motilona de Villafranca sordomuda que volvió a salir recitando el Evangelio y lanzando besos a la concurrencia.

Don Reinaldo conocía las leyes secretas que rigen las relaciones entre el mundo y el trasmundo, e incluso la ciencia antimalojo, pero hablaba de cosas sencillas e importantes, cotidianas como la naturaleza y la nada, el miedo y la muerte. ¿Era la muerte un descanso? Sí, la muerte era el único, verdadero e inamovible descanso de los hombres. La muerte era la nieve de otro cuento.

Pero lo que mejor sabía hacer don Reinaldo era escuchar. Tenía un don extraordinario para escuchar, una aptitud de confesor que siempre había suscitado la envidia de don Manuel, el cura.

Sentado junto a la cama del doliente, una pierna cruzada sobre la otra, sacaba la petaca, liaba el pitillo y se ponía a fumar.

—Y bien, amigo, hableme de su riñón —decía.

Se tiraba más de una hora escuchando al enfermo.

El enfermo le contaba sus penas, que casi siempre solía achacar a algún elemento externo: el invierno, la lluvia, un bichobola, un alimento en mal estado, la mujer o la envidia del vecino.

Después de escuchar atentamente, don Reinaldo decía:

—Eso que te pasa a ti no es por culpa ni de tu mujer, ni de tu vecino, ni del invierno, ni del bichobola. Ni siquiera es culpa de la envidia.

Estaba convencido, y así lo explicaba, de que todas las dolencias tienen origen en uno mismo. La envidia por los éxitos de Fulano, un sueño, los fracasos, un mal pensamiento, un remordimiento o un deseo insatisfecho tienen que ver con algo que le sucedió a uno un día y quedó sin resolver. Con el tiempo, acababa haciendo bola (no bicho) y enquistándose para convertirse en enfermedad.

La vaca volvió a mugir en el establo.

—Somos nosotras —repitieron las mujeres en la puerta—. Las mujeres de la aldea.

Pero nadie sabía qué había sido del abuelo. Según tío Rosendo, el maestro de ferrado, simplemente había enloquecido por culpa de la guerra.

A menudo, mientras charlaba con los otros hombres en la penumbra de la taberna, recordaba sus últimos días, cuando Reinaldo se volvió sencillo y feliz. Un buen día lo notó más delgado. Dos días después deambulaba de un lado a otro con una hilacha de moco colgándole de la nariz. Perdió el humor, dejó de comer, apartaba a las nietas. Llegaba a los sitios sin saber dónde estaba. Decía desconcertado, parando al primero que encontraba: «Me traen los pies pero yo no sé dónde estoy...».

Eso fue antes de que desapareciera para siempre. Y antes de que desaparecieran las Inviernas.

Otros sostenían haberlo visto esfumarse como el viento entre los maizales, por el camino que llevaba a Portugal.

Y que las propias niñas se ocuparon de cavar su tumba.

De todos esos hechos del pasado relacionados con la guerra se hablaba a veces en Tierra de Chá. Fueron tiempos de confusión y de mentira. Un día era blanco y al siguiente negro. Un día los habitantes se levantaban siendo de izquierdas y otro, sin escrúpulo alguno, de derechas. Un día, unos cuantos prohibían que los sacerdotes acompañasen a los difuntos hasta el cementerio y, al día siguiente, esos mismos explicaban con vehemencia a las gentes que si no llovía en Tierra de Chá, o si caían heladas sobre las berzas, era porque ya nadie rezaba y Dios se había incomodado. Y entonces se ponían a rezar.

Lo cierto es que la iglesia cada vez estaba más llena y el cura, don Manuel, encantado.

Ya antes de estallar la guerra, don Manuel había perdido la credibilidad y la confianza entre sus feligreses por diversos motivos.

En primer lugar, a nadie agradaban sus comilonas cuando la mayoría no tenía qué llevarse a la boca.

Con la excusa de que la Iglesia necesitaba dinero para los gastos de vino, hostias y ornamentos, iba por ahí arrastrando un carro que chirriaba como un demonio, cobrando la oblata. Nadie estaba obligado a pagarla pero, así nevase, no había día en que don Manuel dejara de salir con el carro: si no era pan, era un ferrado de maíz, unas patatas, un queso, unas onzas de chocolate o un tarro de miel del país. Siempre conseguía algo.

Y luego estaba aquel tufo acre que desprendía. ¿Es que por ser cura no tenía que lavarse? Era verle por ahí, y la gente cruzaba al otro lado de la calle.

Pero en tiempos de guerra la iglesia se convirtió en lugar de refugio para muchos. Unos iban a pedirle protección a Dios y otros a dejarse ver. Un día la gente, de camino al monte, cantaba algo sobre los curas y los frailes, y la paliza que les iban a dar. No era lo que se dice una canción, sino palabras que se inventaban sobre la marcha y que se llevaba el viento. Al día siguiente, entonaban cánticos celestiales. Lucían las medallas de santos comidas por el moho que sus mujeres habían encontrado en el fondo de los cajones.

Se comentaba que si ganaba el Frente Popular, los ricos tendrían que repartir su riqueza. Eso les gustaba a los pobres. Pero a partir del comienzo de la guerra no hubo reparto de nada y se impuso la rutina del hambre y del miedo.

En las casas, todo lo que se podía añadir a la masa del pan sin que fuese venenoso se añadía: paja, astillas, ranas y piedras. La aldea se moría de hambre, nadie tenía qué comer y, aun así, todo el mundo arremetía contra el pan y lo duro que podía llegar a ser el pan de cada día. La gente perdió muchos dientes en el intento de masticarlo. Las Inviernas también recordaban la sensación; habían olvidado el rostro de mucha gente, pero recordaban el sabor amargo del pan.

Escaseaban las berzas, los tomates, los repollos. Incluso la cosecha de patatas empezó a menguar. Sólo el tojo seguía creciendo, tenaz y solitario, ajeno a la falta de cuidados o a las carencias de la guerra. De todo eso se hablaba los primeros días de la guerra junto a la lareira de las casas. Mientras se deshojaba el maíz, se hilaba o se hacían jerséis, chisporroteaban noticias y cuentecillos de muy distinto cariz. De eso y de que, al poco tiempo, cogieron preso al señor Tiernoamor, el mecánico dentista, que fue devuelto con una multa de doce mil reales por haberse dedicado a sacar los dientes a los muertos que encontraba por las zanjas. Eso decían, aunque nadie podía creerlo.

A pocas semanas de comenzar la contienda apareció fusilado un hombre junto al río. Esta muerte también se comentó con rabia y miedo en la lareira. Algunos vecinos que habían votado a favor de las izquierdas en las elecciones ya no salían de la casa.

Al frente les tocó ir a varios mozos de la aldea. Los demás estaban en Brasil o en Cuba, o se habían fugado a Portugal.

Con la guerra dejaron de celebrarse las fiestas y se comenzó a tener miedo de con quién se iba y de lo que se decía en alto.

Las personas que pasaban por los caminos no se reconocían entre sí. Las miradas

se sostenían un segundo y, acto seguido, se bajaban. Nadie preguntaba. Nadie comprendía. Nadie sabía si las puertas estaban abiertas o cerradas; si se subía o se bajaba.

Y luego estaba lo de los relojes. Durante la guerra, ningún reloj coincidía en hora en Tierra de Chá. Si en una punta de la aldea daban las seis, en la otra daban las dos y cuarto.

Tío Rosendo, el maestro, fue el que mejor lo pasó. Encontró su propio refugio haciendo que los niños pintaran mapas para estar al día de la contienda, con el límite bien marcado entre la España Nacional y la España Roja. En el encabezamiento de las redacciones dibujaban las flechas, el yugo y la bandera nacional y, a veces, pegaban la foto de ciertos gerifaltes que recortaban de las revistas. Después de la fecha, ponían «Primer año triunfal», «Segundo año Triunfal» o «Año de la victoria».

Los niños no vivían en tensión por la guerra sino por los mapas de tío Rosendo.

Fue entonces cuando se llevaron al abuelo de las Inviernas. Lo retuvieron una semana y lo volvieron a traer a casa. En Tierra de Chá se prohibieron las artes mágicas y curativas —se argumentaba que eran artes de influjo comunista—, aunque lo cierto es que cada vez ocurrían cosas más extraordinarias y misteriosas en la aldea.

La vaca Greta mugió por tercera vez.

—Abrid. Somos nosotras, las mujeres del pueblo.

Una Invierna abrió la puerta.

—¿Qué es lo que queréis? —dijo.

Capítulo 5

Tanto esperar, espiando tras las ventanas, elucubrando sobre dónde estarían (se decía que en el extranjero, tal vez en la oscura y siempre húmeda Inglaterra...); y ahora querían saber para qué habían vuelto. Sobre todo confiaban en que no hubieran vuelto con malas intenciones.

—Nuestras intenciones no las conocemos ni nosotras —dijeron ellas a dúo.

Y eso parecía. Desde su llegada, todos los días habían transcurrido extrañamente iguales para las dos mujeres. Como si nunca se hubieran marchado.

Como si siempre hubieran estado allí. Junto al cielo, la tierra, las flores y la luna de Tierra de Chá.

Al amanecer, después de desayunar al amor de la lumbré (una toma café con leche, la otra migas y vino), cogidas del codo (una es ligeramente más alta que la otra), vestidas con jubones, faldas y chaqueta, pañuelo a la cabeza y zuecos, salen de la casa.

Una de ellas, la que toma migas y vino, escudriña el cielo y olisquea el aire. Descansando una larga mano huesuda en el hombro de su hermana, suspira hondamente.

Dice: «A ver qué nos depara el día, hija...»; o tal vez: «Sólo Dios sabe qué pasará», o a veces: «Dame paciencia, Señor, para soportar esta prueba».

Cosa absurda porque nunca ocurre nada.

Dios no les exige paciencia ni las somete a ninguna prueba. La fuerza está en el tirar y empujar de la repetición.

En la aldea se conoce todo el mundo, y todo el mundo se saluda. Cada familia sabe la historia de la de los demás, los nombres de los padres, los abuelos, y está al corriente de los bienes que poseen unos y otros.

La aldea es una espina de pescado.

Una calle principal más ancha que desemboca en una plaza con cruceiro. A ambos lados, callejuelas cuajadas de casas de piedra oscura de dos pisos, con tejado de piedra negra. La iglesia con su atrio alfombrado de huesos, el horno comunal, la taberna. También hay carros y bestias de labor. El río, y las vacas que, atadas a una cuerda, caminan lentamente para ir a beber al río.

El paseo de tilos.

Y detrás de las ventanas, los ojos. Los mismos ojos de siempre.

Todo allí transcurre según la estación. En verano se trilla el grano y se vendimia; en septiembre la siembra y la recogida. La tarde del primer día de noviembre se asan las castañas y se comen acompañándolas con vino. Desde el día de Todos los Santos, la fiesta del *fiadeiro* y las *esfolladas*, en donde los mozos y las mozas terminaban bailando en la cocina. Luego viene la matanza del cerdo: chorizos, zorza. Filloas y orejones. Durante todo el año subir al monte a por el tojo, acompañar al ganado,

recoger la leña menuda, mezclar el estiércol en la plaza.

Estaban allí los de siempre. Convencidos de que el mundo terminaba en la curva de la espina de pescado en donde dejaban de verse las casas de Tierra de Chá.

Las mismas caras, el mismo vino, el tojo, las medias de las mujeres estrangulándoles las pantorrillas. El olor dulzón del estiércol extendido por la plaza.

El mismo gesto de fastidio. Todo tenía el sabor de antes.

Los mismos y a la vez otros, para observarlas. Para tener algo que hacer al observarlas.

Entre perros y niños que les abren paso, ascienden el monte, una Invierna en cabeza, la otra detrás, seguidas de la vaca y las cuatro ovejas: eso es todo.

Las mujeres y las bestias.

El monte.

(Los pies recuerdan,
y ellas los dejan caminar.)

Vuelven al atardecer, envueltas en el sonido de los cencerros. Siembran patatas, sacan agua del pozo, dan de comer a las gallinas, asan carne y hacen sopa.

Se sienten cómodas en la lentitud.

Cuanto menos hablen, mejor; las palabras enredan, confunden, engañan y no las necesitan para sentir. Están a gusto, y el mero hecho de estar juntas, de estar solas, de compartir la situación, una sopa, el anís, las hace sentirse bien. No esperan más y no desean más.

Todo las sobrecoge: una gallina pone un huevo o germina una planta entre los grumos de la tierra y las vence la certeza de que Dios está allí.

La vida les parece un milagro.

Pero no es Dios quien hace los milagros: es la repetición.

Por la tarde, mientras cosen con la Singer, escuchan la novela de la radio que casi siempre las hace llorar.

Después cierran la puerta de la casa y se quedan a solas,
debajo de la manta,
en el calor de la soledad escogida.

Capítulo 6

Sólo en las noches de mucho viento la rutina queda en suspenso.

En la oscuridad de su habitación, desde las camitas de hierro, las Inviernas se permiten hablar de aquello que es su secreto.

Una voz (¿o es el viento?) rasga el silencio.

—Oye, Sala...

Y la otra:

—Qué...

—Aquel día, tú...

—Sí...

—¿Tú crees que hicimos bien, Sala?

—Hicimos lo que teníamos que hacer, Dolores.

Y al rato:

—Oye...

Saladina enciende el candil. Estira un brazo hacia la otra cama y toma la mano de su hermana.

—Qué, Dolorciñas, qué...

La piel despide oleadas de calor; la luz, el batir del corazón y el contacto de la carne sosiega a las mujeres. La respuesta acecha en la oscuridad.

—Nada.

Vuelven a apagar la luz y se duermen. Al amanecer, la misma fiesta. El desayuno, la vaca, la huerta y las gallinas, la confitura, la novela de la radio que las hace llorar, *chuc, chuc, chuc*, la máquina de coser..., Dolores y Saladina, el remordimiento.

Capítulo 7

Muchas cosas en este mundo son indescriptibles; pero lo maravilloso de la mente humana es cómo se adapta cuando ocurre lo peor. Más allá de lo peor, piensa, no puede haber nada. Lo inimaginable ha tenido lugar, y al otro lado está la muerte, el caos, el fin. Pero lo peor acaba de ocurrir y la mente sale del silencio. Sabe salir. Da palos de ciego, está conmocionada pero sale a flote. Sube hacia el ruido. Se pone en pie y se enfrenta. *Se acostumbra.*

Remordimiento, un pulpo con tentáculos.

Remordimiento, ¿de qué?

Sólo ellas lo saben.

El grupo de mujeres que escudriña a través de las telarañas de la puerta no sospecha nada. Aunque ya saben algo más. Saben qué oficio han aprendido y ejercido mientras estaban fuera, saben que les gusta el cine, que una de ellas se casó, que su marido murió y que no tiene hijos, saben la edad que tienen: treinta y muchos, tal vez cuarenta, o cuarenta y dos.

Las Inviernas les han ofrecido café y aguardiente, y les han contado todo eso; y saben también que siempre quisieron volver a la casa del abuelo, el lugar que recordaban con verdadera nostalgia. «Un país», dicen, «quiere decir no estar solos, saber que en los árboles, la lluvia y la tierra hay algo tuyo, parecido a la sangre, que aunque no estés, te sigue esperando». Eso les gusta oírlo a las mujeres. Crea un vínculo.

La casa y la higuera.

La vaca.

Verdes prados bajo la lluvia.

A las mujeres de Tierra de Chá, como a todas las mujeres del mundo, les gusta que otras mujeres les cuenten cosas, en dosis adecuadas, en tono humilde y confidencial.

Lo que más les gusta que les cuenten es lo que las Inviernas ya no quieren recordar. Pero allí sentadas, el camisón subido hasta los muslos, se ven obligadas a hacerlo: una tarde de verano de 1936, cuando volvían de recoger genciana y manzanilla del bosque, corrieron a la cocina con la confianza de encontrar allí a su abuelo, con quien vivían desde que eran huérfanas, sentado junto al fuego de la lareira: pero don Reinaldo no estaba. Sólo estaba la pota en la que solía cocer las hierbas para hacer las tisanas, el líquido derramado por el suelo. Las niñas no comprendieron nada, y unos días más tarde regresó el abuelo, flaco y demacrado, gritándoles que tenían que huir.

Metieron lo que pudieron en unos morrales y huyeron a través de la fraga. Durante tres días durmieron bajo los árboles, comieron moras y chuparon las raíces de los árboles. Pero no fueron muy lejos porque una pensaba en los lobos y la otra en

los gatapedros. Volvieron a casa. El abuelo aún estaba allí pero al cabo de pocos días vinieron a por él. Delante de ellas, lo desnudaron, lo insultaron y se rieron de él haciéndole correr de un lado a otro para esquivar las pedradas. Cuando cayó inconsciente lo ataron de manos a la cola de un caballo y lo llevaron a rastras hasta el paraje donde fue fusilado.

Entonces alguien, tal vez fuera una mujer de una aldea vecina, las metió en un autobús y las acompañó hasta el puerto de Bilbao; les entregó unas maletas de cartón. «Adiós», les dijo, y se dio la vuelta. Las niñas apenas la conocían, pero la visión de aquella mujer gruesa dándoles la espalda, desfilando por el muelle a grandes zancadas, sin volverse ni una sola vez para mirarlas, todavía las persigue.

Junto con otros muchos niños, casi todos vascos, zarparon en el buque *La Habana*. Nunca habían visto el mar, lo vieron por primera vez desde aquel barco. Las niñas estaban convencidas de que las llevaban a Cuba para coger esas monedas de oro que crecían de los árboles como racimos de uvas.

Pero tras cuarenta y ocho horas de viaje, entre mocosos que lloraban y vomitaban, llegaron al puerto de Southampton. Había banderitas por todas partes y no hacía calor. El día antes, había tenido lugar la coronación de Eduardo VIII de Inglaterra, pero ellas quisieron pensar que las banderitas las habían puesto para celebrar su llegada a La Habana. Cada niño llevaba únicamente dos mudas de ropa y un cartón con sus datos personales. Un señor las recogió y las llevó a un campamento. Aquello no era como lo que contaban en la lareira. Llovía, hacía frío, y no había loros parlanchines ni mulatas. Tampoco había oro colgando de los árboles. El señor que las recogió les aclaró con una media sonrisa que no estaban en Cuba sino en Eastleigh.

En ese campamento estuvieron varios meses. Cantaban, bailaban y eran educadas en la lengua inglesa. Nunca las trataron mal. Tampoco exactamente bien. Cuando terminó el verano, las separaron y las pusieron a trabajar.

Una de ellas fue a una casa con muchos niños. Por siete libras al mes se encargaba de todo lo que estaba a su alcance: lavaba en el pozo con piedras pulidas, pelaba patatas, oreaba las sábanas, cargaba bateas de ropa en la cabeza y fregaba los suelos de rodillas. Trabajaba mucho y la señora que la contrató nunca tuvo motivo de queja; pero sólo estuvo unos cuantos meses y, sin darle explicación alguna, la cambiaron de casa. Siempre, por algún motivo, acababan cambiándola de casa.

La otra trabajó primero en un hotel haciendo camas y limpiando habitaciones, luego en un restaurante y por último en un hospital. Los domingos las dos hermanas se reunían en un parque, bajo el cielo gris surcado de gaviotas. Comían un sándwich de plátano machacado y se contaban todo lo que había sucedido durante la semana.

Era el momento más feliz porque entre ellas hablaban de la aldea. Se acordaban de cuando iban a bañarse al río, del olor agrio del tojo recién cortado, del resplandor del follaje humedecido por la lluvia, de aquel lobo que encontraron fulminado por un rayo, de las carballeiras, de los praderíos, de las voces de las gaitas, de los pájaros de Tierra de Chá y de un loco al que llamaban Camión de Taragoña porque recorría

cuarenta kilómetros al día pensando que era el coche de línea.

Cuando oscurecía iban al hotel en donde dormía una de ellas, y seguían hablando en la penumbra de la habitación, hasta romper el día. Los olores de la tierra y el profundo misterio de la fraga seguían allí. El aliento cálido, el temblor de las manos, los ojos a la altura de la axila, unidas y vencidas —dejarlo medrar, *mentir*— volvían a encontrarse, a ser las dos una.

Los años pasaron de esta manera más o menos tranquila —al cabo de un tiempo, ahí también estalló una guerra— hasta que cumplieron los veintitantos, después de haber vivido ocho o nueve en Inglaterra.

Entonces, un día, cuando ya empezaban a hablar el idioma con cierta soltura y a encontrarle gusto a esa vida insulsa, les dijeron que la guerra en España se había acabado hacía un buen tiempo y que era hora de volver para casarse y buscar un oficio.

Esto es lo que más les gusta escuchar a las otras mujeres del relato: casarse y buscar un oficio.

Las reconforta y las hace sentirse bien porque, al fin y al cabo, no hace falta irse tan lejos para vivir.

Una familia y un oficio es lo que ellas tienen.

Capítulo 8

¿Oficio?

Las mujeres de Tierra de Chá preguntan con cierta inquietud si son también menciñeiras, o tal vez meigas, es decir: si han heredado las artes curativas del abuelo, si han vuelto con la botica secreta y el arsenal de artes mágicas que, a la postre, tantos problemas causaron en la aldea durante la guerra. A lo que las Inviernas contestan que no, ¡Jesús!, que pueden estar tranquilas porque de esas artes no recuerdan nada.

Al volver de Inglaterra, en un taller de costura de la calle Real de Coruña las enseñaron a coser en la Singer. Trajes de difunto, ajuares de novia, pañuelos bordados y vestidos para el día del Apóstol.

Al principio iban de casa en casa con la máquina en la cabeza, bajo un molido hecho con trapos enrollados. Les pagaban los arreglos y les daban de cenar. Como lo hacían bien, enseguida montaron el taller. Dos máquinas, dos mesas con sus sillas, un retrato del Generalísimo y dos mujeres. En Coruña se quedaron a vivir.

Se hicieron costureras.

Las Inviernas odiaban la costura.

Pero las cosas habían cambiado mucho. Aquél ya no era el país que habían dejado cuando eran niñas. Nadie les prestaba atención. Todos tenían en qué pensar: en el hijo muerto, en la estufa sin leña, en el frío, en el hambre. Por las calles pululaban vendedores, contrabandistas, guardias civiles, estraperlistas, curas o mujeres en parejas y marineros. Las colas señalaban los días de reparto de los víveres racionados como la harina o el aceite. Había un tufo rancio en la educación, en las puntadas que daban al coser, en la ropa y en el aire que respiraban. Las Inviernas asistieron a los cursos de la Sección Femenina, en donde les explicaron que tenían que ser hormiguitas graciosas y amables.

Y eso es lo que fueron.

Eso es lo que eran.

Hormiguitas graciosas.

Los domingos iban al cine, el único que había en la ciudad, aunque veían las películas a trompicones porque los apagones eran frecuentes y las escenas más escabrosas se censuraban.

Dolores, la más guapa, encontró marido. Un tal Tomás, pescador de pulpos y fanecas, que vivía en Santa Eugenia de Ribeira. Tomás tenía un pulpero y una dorna y salía a faenar al amanecer, bajo las estrellas. Acababa de enviudar y buscaba una mujer que se ocupara de la casa.

—Medítalo bien —le recomendó su hermana, mientras remataba un pantalón—, que aquí, conmigo, no te falta de nada. Tú y yo formamos un buen equipo —escupió el hilo—, además los hombres, al poco de casados, desarrollan vicios. Ya verás. Por la noche roncan... y piden cosas.

—¿Qué cosas?

—Ay, pues cositas... Ya verás. No tienes ninguna necesidad de marchar.

—Habló la voz de la experiencia —le contestó su hermana—. ¿Y qué sabrás tú de la vida matrimonial? Pienso que nada tiene de particular que un hombre y una mujer se entiendan... Además, tú también roncas y a veces me pides cosas. Por ponerte un ejemplo: ayer mismo me pediste un vaso de agua.

En realidad Dolores no sabía muy bien por qué se había decidido por aquel pescador de pulpos y fanecas que sólo había visto en una ocasión, un día en que fue a entregar un encargo a una tienda de confección. Tal vez esperaba encontrar en el matrimonio la vida estable que no había podido tener durante su infancia; pero el solo hecho de que ahora fuera su propia hermana la que pretendía marcar el rumbo de su vida le pareció un insulto a su inteligencia.

—No, nada tiene de particular que un hombre y una mujer se entiendan. Pero tú no conoces a ese hombre. Y para que te enteres: el vaso de agua que te pedí no era para mí; era para meter los dientes.

—Lo que pasa es que me tienes envidia. ¡Quién te diera a ti casarte!

—¡Pero, mujer, no discurras barbaridades! Yo, si siquiera, los tendría a puñados. Lo que pasa es que no quiero amigarme...

—¿Tú? ¿Fea y sin dientes?

Fue decirlo y ya se estaba arrepintiendo. La hermana paró la máquina, *chuc*, y alzó la cabeza lentamente. Llevaba unas gafas muy grandes para coser, con montura de nácar y cristales que agigantaban sus ojos. Le vibraba el mentón.

—¿Cómo dijiste? —dijo.

Pero la otra no quiso repetirlo. Detrás de aquellos ojos protegidos por los cristales sólo había debilidad, y su hermana lo sabía.

Se separaron sin intercambiar ni una sola palabra más, con las narices en alto. Poco después, Dolores se fue a vivir a Ribeira con el pescador de pulpos.

Pero una mañana, tan sólo ocho días después del casamiento, alguien llamó a la puerta. Era ella. Más delgada, vagamente asustada, las picaduras de la viruela de la infancia resaltaban como nunca sobre sus escuálidas mejillas. Un ánima en pena.

Su hermana alzó una mano lenta, vacilante, manoteó en el aire tratando de alcanzarle la mejilla, una caricia o tal vez una bofetada.

—Soy yo...

—Ya me hago cargo... —contestó Saladina. La dejó entrar con gran frialdad, disimulando el rubor de alegría que le encendía las mejillas.

Se contemplaron en silencio. La Invierna que había vuelto estaba encogida y cabizbaja. La otra parecía un sapo inflado con su repentina presencia.

—Mi marido está embarcado —dijo—. Quiero volver a coser contigo.

Nadie le preguntó qué había pasado, y como ella tampoco era de dar explicaciones, los ocho días de matrimonio quedaron en el más oscuro de los misterios.

Si se había marchado con altivez, la Invierna volvió a incorporarse a los quehaceres de la casa con humildad. Al mes ya estaba atornillada a la rutina consoladora y volvía a ser la hermana de siempre.

Pero después de un tiempo, sobre todo al atardecer, descendía sobre su rostro una sombra de inquietud. Su hermana entraba en la habitación para hablar con ella.

Si le preguntaba qué era lo que la inquietaba, Dolores, sentada a la orilla de su cama, emitía un gemido largo y melancólico, como el de una ballena herida.

Decía que nada la inquietaba porque estaba bien así: costurera.

Y si Saladina le preguntaba si no se había arrepentido nunca de volver, Dolores decía que ahora se sentía bien: costurera.

Y cuando le preguntaba, con la voz quebrada por el miedo (el miedo a la respuesta), si volvería a ver al tal Tomás, Dolores se ponía a hacer aspavientos de perro atragantado, soltaba el fuelle y se deshacía en lágrimas.

El llanto brotaba de las tripas y subía a borbotones hasta la boca llenando con su sonido inmenso la confusión y el vacío de su alma.

Capítulo 9

Pero todo eso era ya parte del pasado y ahora, por fin, volvían a estar en la aldea, como siempre habían deseado: la pequeña casa lejana, verdes prados bajo la lluvia.

Por la mañana, la comitiva compuesta por las dos Inviernas, la vaca y las cuatro ovejas atravesaba silenciosamente la plaza. Pasaban por debajo de unos manzanos en flor, a continuación por delante de la casa del cura y un poco más allá, del horno comunal. Después vadeaban la era para meterse en unos terrenos que conducían hasta el monte.

Los baches y las piedras del camino las desequilibraban, pero las Inviernas seguían caminando muy erguidas, imperturbables como las bestias. «Mira, allí van las Inviernas con su vaca de andar balanceado», decían al verlas pasar.

La alta y la no tan alta; la guapa y la fea; la que desayuna café y la que desayuna migas con vino; la que tiene dientes y la que los perdió mordiendo el pan hecho con piedras. La que es virgen y la que sabe Dios lo que será...

La que refunfuña y la que canta.

Una mujer, dos mujeres. ¿Nada más?

(Los pies recuerdan,
y ellas los dejan caminar.)

Una vez arriba, Dolores se sentaba sobre unas peñas. La pradera estaba cubierta de plantas de fresas silvestres y el monte despertaba con los primeros trinos de los pájaros. Además de la botella de anís, se subía el *Superestrellas del cine*, una revista que compraba en Coruña y que salía mensualmente con las últimas noticias y rumores, los estrenos y las fotos de actores y actrices de Hollywood: Humphrey Bogart, Grace Kelly, Marlene Dietrich, Clark Gable. De las películas más recientes, de los matrimonios y divorcios de los actores y, en general, de todo lo que conocía por el *Superestrellas*, les hablaba a las ovejas y a la vaca. Les hacía preguntas en un tono de voz y ella misma se las contestaba en otro.

Las Inviernas habían adquirido la afición por el cine en Inglaterra. Una tarde, en el parque en donde se reunían después de trabajar, un señor las oyó hablar en español. Al enterarse de que habían llegado hasta allí como refugiadas, les dijo que dirigía una productora y les ofreció participar en un documental sobre la guerra española. Se llamaría *Huérfanos de la Tormenta* y trataba sobre la acogida de los niños vascos y gallegos en Gran Bretaña. Las luces, las cámaras, el maquillaje..., fue una experiencia de la que jamás se olvidarían. ¡Y hasta les pagaron!

Después de eso se aficionaron a ver películas. En el pueblo en el que vivían había

una sala de cine oscura, con olor a palomitas rancias y a desinfectante, y los domingos, después de comer juntas, se metían en la sesión de la tarde para espantar la humedad y el aburrimiento. Por aquella época ya se estrenaban allí películas que todavía tardarían muchos años en llegar a España: *Rebeca*, *Ciudadano Kane*, *Tierra de pasión*, *Lo que el viento se llevó*...

—Y tendríais que ver —les explicaba Dolores a las atónitas ovejas— cómo arrancaba Scarlett O'Hara las cortinas de los ventanales para hacerse un vestido con ellas...

Y ella misma se contestaba:

—¡Claro, como que no tenía otra cosa...!

En el monte las Inviernas estaban solas pero se encontraban bien. «Tendríamos que haber nacido ovejas», le decía una de ellas a la otra. «O vacas», le contestaba su hermana. Y se echaban a reír.

Por la tarde volvían a bajar el monte, más alegres y habladoras, achispadas por el anís. A veces entonaban rimas y cancioncillas aprendidas en el campamento de Eastleigh, Baba, baa, black sheep, have you any wool?

Y la otra: Yes, sir, yes, sir, three bags full.

Además de su interés por el cine, habían desarrollado una inclinación especial por los detalles escabrosos de enfermedades, mujeres violadas, asesinatos, niños quemados y demás morbos ajenos. Y de eso hablaban mientras descendían el monte, al mismo trote lento y bamboleante que la vaca.

—¿Y no te acuerdas tú... —le decía una a la otra— de cuando al hijo de la de la casa de arriba le arrancó un cerdo la oreja?

—Me acuerdo, me acuerdo... como que aquí, en Tierra de Chá, los cerdos son más grandes que las vacas, ¡qué miedo nos daba a todos! ¿Y no te acuerdas tú de cuando aquel señor vecino de Sanclás se chocó contra la pared y se le cayeron todos los dientes?

—Tú tampoco tienes dientes...

La otra quedaba en silencio.

—Y tú —decía suspirando un poco—, ¿es que te crees la flor de las cáfilas? Tienes el trasero bastante gordo.

—¿El culo, quieres decir?

—Dije el trasero.

—¡Antroido!

—¡No me llames eso que es feo!

Ambas bajaban la cabeza.

—Callar —murmuraba una de ellas.

—Sí, callar —murmuraba la otra—. Ahora creo que debemos callar.

—¡Callar y callaremos! —declamaban a dúo, justo cuando entraban en el carreiro.

Por la tarde daban de comer a las gallinas, perseguían serpientes, cosían y

preparaban una sopa de verdura. Cenaban, escuchaban la radio, dormían y eran felices. Los martes tocaba bañarse, así que, en lugar de coser, bajaban hasta el río al atardecer. Los domingos no abandonaban la casa ni un solo momento, sino que la limpiaban con primor y cambiaban las sábanas de la cama.

A veces, cuando bajaban del monte había en la plaza hombres amontonando el tojo para hacer el estiércol, y entonces avanzaban a grandes trancos (una de ellas tiraba del brazo de la otra), desoyendo las picardías y crudezas, guapa, cuerpo, que sólo iban dirigidas a Dolores.

Al llegar a la casa, los días en que esto sucedía, Dolores se ponía a preparar la cena o iba a coger agua del pozo. En cambio, Saladina ardía por dentro. Los músculos de la cara se le contraían; los labios, antes apretados, estallaban como una flor. Revirando los ojos y riendo convulsamente, una catarata de risas; entraba en el cobertizo como un relámpago.

Volvía a salir con la vista fija en algún punto del paisaje, seria, con una escalera al hombro y la cizalla en la mano.

La necesidad de reprimirse le había creado el hábito de podar.

Podaba la higuera con tal ímpetu que a veces arrancaba varias tejas. Las ramas, los higos, *chas, chas*, las hojas y las tejas volaban por los aires y las gallinas corrían a esconderse.

Cuando terminaba, el suelo de la huerta era una papilla de higos y hojas. Quedaba extenuada y entraba en la casa encogida sobre sí misma, la cara llena de mocos y lágrimas, los ojos hinchados de reír y llorar a un tiempo. Su hermana le traía la botella de anís y un vaso, y le ponía los pies en alto. Luego salía a barrer las ramas y los higos aplastados.

Capítulo 10

La hora más hermosa en Tierra de Chá llegaba cuando el sol se cernía inmóvil, el río estaba tranquilo y las gallinas cacareaban tras poner el huevo.

Martes por la tarde. Fuera los zuecos, fuera las medias. Era la hora del baño. Fuera la falda y las bragas. Fuera los jubones.

De la mano, haciendo movimientos enérgicos y cantando muy alto para espantar el frío, las Inviernas se metían en el río bufando como gatas. Una vez por semana, si hacía sol, se enjabonaban de pies a cabeza.

Se frotaban mutuamente los pechos de pezones erectos, la cintura, las nalgas de piel de mandarina y las piernas de carnes abundantes.

Un día, justo cuando se aclaraban el cabello, vertiéndose agua con un cazo, les llegó una ráfaga nauseabunda, un olor rancio a naftalina o a jersey.

Olfateando el aire, una Invierna dijo:

—Es el cura.

Oyeron a continuación lo que parecía el chirriar de un carro viejo. La otra Invierna contestó:

—Viene a cobrar la oblata.

A un tiempo, se sumergieron en el agua, dejando sólo la cabeza al descubierto.

En un principio, el cura, que pasaba arrastrando el carro, no las vio. Pero, al descubrir la ropa sobre un arbusto, se detuvo y se volvió.

—¡Hijas de Dios! —exclamó, tapándose los ojos con la cuenca de las manos—. Pero si estáis ahí. En el agua...

Retrocedió con los párpados apretados hasta la orilla del río para hablar con ellas.

—No salgáis, ¡no! —dijo al percibir el movimiento de los cuerpos, escondiéndose tras un arbusto—. ¿Qué hacéis metidas en el río?

Las Inviernas explicaron que sólo estaban bañándose. Agua y jabón. ¿Es que en Tierra de Chá no se bañaba la gente? En Inglaterra no les hacía falta salir fuera para lavarse; se bañaban dentro. Cada casa tenía su bañera.

El cura escuchaba perplejo.

—¿Y las bestias también se bañan en la bañera?

—Será bruto... —susurró una cabeza desde el agua.

—Viene usted a pedir la oblata, ¿no es así? —gritó la otra cabeza—. Pues que sepa que no nos engaña; nosotras no tenemos que pagarla. No vamos a la iglesia.

Dolores salió del agua y se vistió a toda velocidad. Don Manuel miraba sin querer mirar desde el arbusto. Lo primero que notó, cuando ella se volvió ya vestida, fueron los cabellos. Eran diferentes de los cabellos de las mujeres que él conocía de la zona, no eran crespos, ni lacios, sino levemente ondulados. Tenía los ojos grandes, casi verdes, con pestañas fuertes, la piel levemente rosada. La cintura fina, las caderas anchas. Y los pechos, de los que no conseguía apartar la vista...

Salió de su escondrijo. Dijo que no venía a cobrar la oblata sino a resolver un pequeño asunto que últimamente no le dejaba vivir y que tenía que ver con la vieja del monte Bocelo. Se inclinó para colocar lo que tenía en el carro y se quedó pensativo. ¡Oh, ya no podía más! La vieja era el mismo diablo. Todo el día ordenándole que subiera a verla. Y ahora se le había metido en la cabeza lo de recuperar «el papel». Colocó el azúcar para que no se cayera del cucurucho y echó un vistazo al repollo que le había dado la panadera (¿repollo?).

¿Se acordarían las Inviernas de la vieja?

En el monte Bocelo, muy cerca de Tierra de Chá, había un *rueiro* con tres o cuatro casas muy pobres, unas chozas muy bajitas, con forma de cajón, techumbre de paja y suelos con tierra apisonada en cuyo interior no había más que una lareira con un fuego permanentemente encendido y unos nichos en la pared, oscuros como la boca de un lobo, con jergones y mantas de tecelata que hacían las veces de camas.

En una de estas casas —las Inviernas se acordaban, ¿cómo no se iban a acordar?— vivía una vieja con cara de raíz, muy pequeña y nudosa, casi una enana, que olía a humo y a manta vieja. Estaba muy enferma, así que todos los días, desde hacía muchos años, don Manuel subía a caballo para darle consuelo y, si la cosa se ponía fea, la extremaunción.

Ya podían caer chuzos, ya podía el valle estar envuelto en la niebla más insidiosa, que, por la mañana temprano, el buen hombre montaba en su caballo, zigzagueaba por el monte luchando con la cuesta y se presentaba en la choza para administrarle los santos óleos y susurrarle al oído palabras celestiales. «Ae, viejita, ya quedas con Nuestro Señor».

Y, tratando de mostrar los dientes, la vieja sonreía un poco en señal de agradecimiento. Los pocos dientes que le quedaban eran amarillos y sucios, como los de los caballos.

Ese día, el día en que se encontró con las Inviernas en el río, don Manuel había tenido que adelantar la visita. A primera hora de la mañana, mientras tomaba un mostillo en la taberna, entró un paisano gritando que la vieja del monte ya casi no respiraba y que tenía que subir el cura a darle la extremaunción. «¡Qué se va a morir, oh!», gritó él desde una esquina de la barra. «Ayer mismo estuve ahí». «¡Que le digo que sí, padre, que esta vez sí!».

Así que a don Manuel no le quedó más remedio que beberse el mostillo de un trago, pasar por su casa, meter los santos óleos en el zurrón y dirigirse una vez más al monte.

Llovía a mares. Antes de llegar, según subía el monte y pensando que tal vez sería la última vez, no pudo evitar sentir un temblorcillo de gozo en el corazón.

Al llegar se encontró con que la vieja efectivamente estaba muy malita. Emitía un ronquido bronco que se confundía con el chaparrón que caía fuera.

El cura pensó con cierto remordimiento que los pensamientos que acababa de tener eran poco cristianos.

—Viejita, viejita. —Le hizo, como cada día, las unciones en los ojos, en la nariz y en los pies, y le dijo que Dios la tenía ya en su gloria.

Cayó el silencio. Había dejado de llover y el cielo quedó limpio. Un espléndido arcoíris lo surcaba. El cura pensó que era una señal: Dios le agradecía todos esos años de sacrificio.

Al cabo de un rato, la vieja abrió los ojos de golpe. Tenía la cara muy enjuta y apergaminada, surcada por diminutas arrugas, abundantes sobre todo cerca de los ojos, muy pequeños y secos, la nariz afilada, como el pico de un ave. No le quedaba más que un mechón de cabellos grises. Miró a su alrededor y, al percibir la claridad que entraba a través de las rendijas de la choza, suspiró: «Ay, parece que me encuentro un poco mejor».

Al oírla, al cura, que ya había guardado los óleos y estaba a punto de marcharse, le subió la sangre hasta la cara. Bramó:

—¡A morir, coño, que para eso estamos!

Entonces la vieja, un tanto desconcertada por las palabras, se incorporó. Dijo:

—No puedo, padre.

—¿No puedes qué?

—Morir.

—Ya estamos. El papel. No puedes morir por un papel que firmaste hace treinta años. ¡Con lo fácil que es morir! ¡Todos los días muere la gente!

La vieja pidió al cura que se acercara. Le susurró:

—Dicen que andan por la aldea las nietas de don Reinaldo. Que han vuelto...

—Las Inviernas —dijo don Manuel.

—Esas —dijo la vieja—. Tráigamelas. Tengo que hablar con ellas para resolver lo del papel. En cuanto lo tenga resuelto, me largo de aquí a toda velocidad, ya verá usted, padre.

La vieja volvió a tumbarse y se tapó hasta las orejas.

—Es usted muy feo, padre —dijo, destapándose un poco—. Y apesta.

Capítulo 11

Don MANUEL terminó de colocar las viandas que traía en el carro. Se quedó de pie con las manos entrelazadas y los pulgares dando vueltas, adelante y atrás.

—Dice la vieja que quiere veros. Se enteró de que andáis por aquí y quiere pedir algo. Dice que tiene que ver con vuestro abuelo y que hasta que no lo resuelva, no se va.

—¿Adónde? —dijo la cabeza que seguía en el agua.

El cura detuvo los pulgares y sopló por la nariz.

—Insiste en algo de un papel firmado —dijo—. Le he prometido que vendrías mañana conmigo.

Mientras esperaba la respuesta, el cura se dispuso a escoger un bocado de lo que tenía en el carro. Aquella mañana había recaudado unas filloas, pan y un tarro de miel, azúcar, un repollo (¿es que la panadera iba a comenzar ahora a hacerle la puñeta con verduritas?), y se relamía de gusto. La subida al monte Bocelo le había abierto el apetito.

—En todo caso, ya es hora de que volváis al redil —añadió, metiéndose una filloa en la boca—. Todo aquello nunca tuvo que ver con vosotras.

Alzó la cabeza y ahí estaba la otra Invierna. La comunicación que se estableció entonces entre los tres fue absurda: mientras la Invierna más guapa se empeñaba en dar sus razones, la fea y el cura se examinaban mutuamente en silencio como animales asustados.

—¿El qué? —dijo la Invierna.

Mientras pensaba la respuesta, don Manuel masticaba la filloa con la boca abierta y sin dejar de vigilar a la otra.

No siempre había sido así, don Manuel; todo comenzó a raíz de la muerte de su madre. Las Inviernas recordaban que antes de dejar la aldea, allá por el 1936, todavía vivía con ella. Era una mujer inválida y cotilla. Como no salía de casa en todo el día, la madre quería que el hijo le contase todo lo que acontecía en la aldea. Después de que el pobre contara con lujo de detalles los secretos más íntimos de la confesión, cosas como el adulterio de cierto personaje o la lujuria de otro, la madre siempre contestaba lo mismo: «Baj, ¿y eso es todo lo que me traes hoy? ¡A ver cuándo un día me cuentas algo interesante!».

Pero eso era parte del pasado, esa mujer estaba muerta y ahora el cura sólo ejercía de una cosa: de glotón.

—Aquello —repitió el cura tragando la filloa.

—¿Qué es «aquello»?

El cura dejó entonces de sostener la mirada.

—Os decía que es hora de que os juntéis con los de la aldea...

—¿Nos está llamando ovejas? —dijeron las Inviernas a dúo. El cura abarcó con la

mirada la casa: la huerta. Las gallinas.

La higuera torcida y desparramada sobre la casa. Las ramas invadiendo las ventanas sin cristales.

—Estáis muy solas aquí...

—Estaríamos más solas sin la soledad —contestaron ellas.

—Todos somos ovejas o acabamos siéndolo. La masa es buena, da calor y reconforta —dijo don Manuel, volviendo a tomar el asa del carro—. Mañana temprano no subáis a las bestias al monte; vendré a recogeros para ir a visitar a la vieja.

Y así fue; al día siguiente, antes de que saliera el sol, ya estaba don Manuel en la casa de las Inviernas, esperando a que salieran.

Al verle en la puerta delantera, las Inviernas quisieron huir por la trasera. No hubo manera. Don Manuel había atrancado el carro para impedir que salieran.

A las Inviernas no les quedó más remedio que subir al monte Bocelo con él. Mientras se preparaban para salir, le invitaron a esperar en la lareira. Pero, al bajar del dormitorio, don Manuel no estaba donde le habían dejado. Lo encontraron husmeando en el establo, echando un vistazo a la vaca.

—Está gorda la vaca... —dijo al oírlas entrar.

—Come —dijeron ellas.

Las Inviernas se acercaron poco a poco; una por un lado, otra por el otro le empujaban disimuladamente hacia la salida.

—Menuda peste tenéis aquí —dijo entonces el cura sin dejar de mirar a un lado y a otro.

—La peste habitual —dijeron ellas algo nerviosas, sin dejar de empujarle—, la de todos los establos...

Pero el cura fruncía la nariz para olfatear el aire y no parecía querer irse de allí.

—El caso es que huele fatal, pero no a vaca ni a estiércol ni a tojo. Huele a...

Pero antes de que acabara la frase las Inviernas ya le tenían fuera («woolly bear Caterpillar, tú sí que hueles a...»).

Estaban listas para subir al monte, cuanto antes mejor, pues tenían mucho que hacer, ¿a qué estaba esperando él?

Era la primera vez que se veían obligadas a interrumpir su rutina y esto las inquietó un poco. Durante el camino, el cura quiso hacer conversación. Les preguntó cómo era Inglaterra.

—Lluviosa y melancólica —dijo una de ellas.

—Sosa... —añadió la otra mirando al suelo.

También quiso saber don Manuel si era verdad aquello que había oído de que allí los curas podían casarse. Las Inviernas contestaron que sí, que allí los curas podían casarse.

Él ya no quiso preguntar nada más.

Entraron en la choza bajando la cabeza y pisando con cuidado. Encontraron a la vieja durmiendo. Don Manuel tuvo que sacudirla varias veces.

—Te traje a las Inviernas, viejita.

Olía a humo. La vieja no se inmutó. Parecía abatida. El cura la destapó bruscamente y comenzó a extenderle los santos óleos por los pies. Tenía los pies muy largos, resquebrajados y sucios. Por fin la vieja cacareó:

—¿A quién dice que me trajo?

—Aquí tienes a las niñas —gritó don Manuel—. Ya no son tan niñas...

Apoyándose en los codos, la vieja se incorporó para observar a las Inviernas. Durante un rato las miró de arriba abajo, con sus ojos pequeños y brillantes. Dijo, limpiándose el bozo con la manga:

—Son ellas. Necesito el papel.

Entrelazadas y temblando un poco, las Inviernas la miraban sorprendidas. ¿De qué papel estaba hablando?

Fue entonces cuando la vieja habló con detalle sobre el papel que había firmado a su abuelo, don Reinaldo, y que ahora le impedía morir. Un día que andaba ella limpiando la entrada de la choza, contó, pasó don Reinaldo que venía de visitar a otro vecino. «Buenos días, vieja, cómo vamos», me dijo. «Fatal», contesté yo. «¿Y luego?», dijo él. «Tengo tanta hambre que no puedo ni pensar», dije yo. Entonces se me quedó mirando fijamente y me dijo: «Pues cerebro tienes, viejiña». Y situándose detrás de mí y luego delante para mirarlo mejor: «Tienes un cerebro como la catedral de Santiago». Y yo, claro, no le entendí. «¿Quieres dejar de pasar hambre?», dijo él de pronto. «No estaría mal», contesté yo. Entonces me propuso algo que yo acepté de buena gana: comprarme el cerebro para investigarlo. Él me lo pagaba, por adelantado, y yo sólo tenía que cederlo cuando muriera.

Así que fijaron un precio y ella puso una cruz en un papel. Don Reinaldo le pagó y ella quedó comprometida a entregar (o más bien a que alguien le extrajera) su cerebro cuando se muriera para que él pudiera estudiarlo. Porque estaba estudiando, le explicó don Reinaldo, los surcos y las diferencias entre el cerebro del hombre y la mujer.

—Pero ahora pienso distinto —añadió la vieja—. Mi cerebro es lo mejor que tengo, no pienso irme al otro mundo sin él. A ver si lo voy a necesitar para pensar allá arriba. Ponle que allí también haya elecciones como las que hubo en el 33. Necesito el papel.

—¡Nadie te va a quitar el cerebro, mujer! —intervino de pronto don Manuel. Durante el tiempo que la vieja había estado hablando, él estaba abstraído, con la vista fija en el paisaje—. Ya hace mucho que murió don Reinaldo, y además eso de vender órganos está prohibido por la ley.

—Nunca se sabe —reflexionó la vieja—. Los papeles firmados son traicioneros y un cerebro suelto es capaz de cualquier cosa. ¿Sabía usted, padre, que en realidad en

un mismo cerebro hay tres? Eso también me lo contó don Reinaldo...

Se incorporó un poco más: Aquí debajo, dijo señalando con un dedo artrítico bajo el colchón relleno de cáscaras de maíz, tengo todos mis ahorros. No peso mucho. Me levantáis entre los tres y los cogéis. Yo devuelvo el dinero y vosotras me entregáis el papel.

Las Inviernas se encogieron de hombros: ni cogerían el dinero ni buscarían el papel.

Al salir de la choza, lo primero que les dijo el cura es que esa historia era mentira. La vieja chocheaba y ya hacía tiempo que andaba obsesionada con su cerebro, contando muchas patochadas.

—No le hagáis ni caso —añadió—. Un día dice lo del papel y al siguiente otra cosa. —Quedó en silencio. Dibujaba círculos en la tierra con el pie—. Oye una cosa, y los curas ingleses, ¿también tienen hijos los curas ingleses?

Pero esa misma noche las Inviernas buscaron el papel entre los objetos del abuelo. Al llegar a Tierra de Chá se habían dedicado durante semanas a hurgar en la montaña de restos de ropa, enseres y libros de hierbas y medicina que invadían el sobrado de la casa. Todo estaba tirado por el suelo, escobas sin palo, tablas rotas, un paraguas, cajas repletas de papeles desordenados, como si alguien antes que ellas también hubiera rebuscado por allí. De los armarios y cajones salieron ejércitos de chinches huyendo de la luz, folios y más papeles con dibujos de cráneos, anotaciones, además de sábanas y mantas con olor a naftalina, una estufa, una palangana hecha añicos. Pero allí había tantas cosas que no era cuestión de buscar en una sola tarde.

Esa noche, al ver todos esos insectos huyendo de la luz, Dolores dijo:

—¿Te acuerdas de aquel saltamontes que teníamos en Inglaterra al que llamábamos Adolf...?

—Adolf Hitler..., sí, ¡qué asco!

Dolores se acordaba. Cómo no se iba a acordar. De pronto dijo:

—A lo mejor no es tan malo ser oveja como dice el cura.

Y la otra, tirando de un cajón:

—¿Cómo dijiste?

—Las ovejas se camuflan entre sí.

Y la otra, volviendo a tirar de la manilla del cajón.

—Ya estás con tus adivinanzas. Me traes por la calle de la amargura, Dolorciñas. Habla claro.

—Quiero decir... —Dolores estudiaba ahora las esquinas de ese enorme cajón cerrado para ayudar a su hermana— que ya es hora de salir de la casa, mezclarnos con las gentes.

Saladina detuvo las manos en el aire y quedó rígida.

—¿Y lo nuestro? —graznó—. Te recuerdo que no podemos andar por el mundo

como si nada...

—Nadie sospecha nada de *lo nuestro*. Somos jóvenes, hemos cruzado fronteras, ríos, puentes, ciudades, hablamos inglés, hemos visto el mar y hemos hecho cine. ¿Qué vamos a estar, aquí escondidas como las chinches y cerradas al mundo, con magníficos secretos en nuestro interior, como este cajón que no se quiere abrir?

Volvió a tirar de él.

La otra Invierna se quedó un rato pensativa. Estaba el miedo. Ruidos que brotaban del exterior, de la cocina, del establo, de todo un mundo de sonidos, voces, ruidos, golpes y animales que parecían vivir encerrados en la piedra de aquella casa. Por la noche tenían miedo y les parecía que alguien arañaba la puerta. Pero también era cierto que no se encontraban mal en Tierra de Chá. La fruta de la huerta les sabía mejor que ninguna fruta, el silencio en compañía de las bestias en el monte les parecía vivificante, se encontraban recíprocamente mejor cara...

Al rato Saladina dijo:

—... si eso es lo que deseas...

Capítulo 12

La ocasión para ser oveja y comenzar a mezclarse se les presentó en la fiesta de la Virgen, en donde sabían que no faltaría ni un solo habitante de Tierra de Chá. Así que se pusieron trajes floridos, medias, las pestañas postizas traídas de Inglaterra, y se echaron al camino. Bajaron por la calle principal agarradas del codo y se metieron en la iglesia. Allí estaba don Manuel hablando a su grey del miedo a la libertad, del lacón con grelos cocinado a fuego lento y de la comunión de los santos. Pocos le entendían, pero a la gente le gustaban las palabras que elegía. Les reconfortaba y les hacía sentirse bien.

En el primer banco se sentaba un joven desgarrado, más alto que bajo. Lo reconocieron al instante: era Ramonciño, Ramón, el hijo de la criada que mamó hasta los siete años. En el segundo estaba tío Rosendo, acompañado por la imperturbable viuda. Un poco más allá, muy elegante y sonriente, el señor Tiernoamor.

Las Inviernas entraron saludando tímidamente con las cabezas y se sentaron en un banco al final de la nave, bajo el coro. Iban entrando los feligreses de dos en dos y colocándose en fila delante de ellas, permanecían unos segundos mirando al vacío, hasta que por fin se sentaban y esparcían la vista alrededor para fijarla en ellas.

Cuchicheaban.

Como la iglesia estaba en penumbra, no se habían dado cuenta de que estaba allí, sentado casi junto a ellas, «ya sabes quién», le susurró una a la otra propinándole un codazo, el criador de capones, ¿te acuerdas? Al ver de cerca a todos los habitantes de Tierra de Chá volvieron a pensar que el tiempo se había detenido. Era verdad que había detalles que indicaban que ya no estaban en 1936, como las canas de tío Rosendo, la espalda ligeramente encorvada de la viuda, las arrugas en el rostro del caponero, Ramón, que estaba hecho un mozo, pero... ¿no seguía todo *casi* igual?

No era el momento de filosofar. Cantaron las canciones de su infancia hasta desgañitarse. Antes de salir de la iglesia, don Manuel dio un responso de pobre y leyó en voz alta y para conocimiento general los nombres de los que no habían ido a comulgar esa semana: Tiernoamor y tía Esteba. A continuación se sacó a la Virgen. En Tierra de Chá la Virgen estaba en la capilla de la casa del cura y la encargada de componer la peluca de rizos de cabello natural y el traje de raso y perlas era la viuda de Meis. Para ello se levantaba a las cinco de la mañana y no dejaba que nadie la ayudase.

Terminada la misa y la procesión, tocó baile y sarao. Girando sobre sí mismas, las mujeres bailaban *airinhos*, muñeiras y alguna que otra jota gallega. Al fondo, la banda venida de Pontevedra con el bombo, la gaita, los panderos y la trompeta.

Los carros estaban dispuestos en círculo en torno al atrio de la iglesia y se vendían castañas, pantrigo, rosquillas y churros. También había vino y los mozos iban y venían para beber.

Las muchachas esperaban a que las sacasen, y si no era así, alguna hacía el oficio del hombre y se entrelazaba con la más cercana. Un hombre le dio unas palmadas en las nalgas a Dolores, que se volvió y le contestó con una fresca.

Cuando empezó a oscurecer se sacaron los candiles de carburo, una luz amarilla y temblorosa que proyectaba sombras de pesadilla.

Un poco más allá de la iglesia, bajo una carpa, sentada junto a una mesa, había una mujer que reposaba las manos sobre una enorme bola de cristal de colores. Se trataba de una vieja con piernas largas y colorete en las mejillas, con pelos duros y despeinados, como las cerdas de una escobilla.

Vivía agazapada en el monte y sólo bajaba durante las romerías para adivinar el futuro de las gentes o, en casos contados, para advertir que se le había aparecido el espíritu de la persona que iba a morir. Decían que con sólo mirarle a uno, por las marcas de la piel, por la sonrisa o la caída de los ojos, ya lo sabía todo de la persona, tanto por dentro como por fuera.

La viuda de Meis y tío Rosendo se acercaron a la carpa de la mano: «Venimos a que nos digas qué tal nos irá», dijeron con la voz temblorosa. La vieja vidente, que se llamaba Violeta da Cuqueira, les miró de reojo, sin mostrar mucho interés.

—Violeta da Cuqueira... —insistió la viuda—, venimos a que nos leas el futuro. Ya sabes, si esto y aquello y lo de más allá, y si...

—Lo que quiere saber la viuda es si... —interrumpió tío Rosendo.

—¡Tú calla! ¡Ya sabe ella lo que quiero decir!

La vidente les miró en silencio, acariciando su bola. Respondió al cabo:

—Veo dos árboles robustos...

—¿Sí...? —dijeron la viuda y Rosendo a un tiempo.

—Dos árboles robustos, sí, tal vez sean cerezos, y nuevos brotes.

La viuda de Meis soltó una risotada nerviosa.

—¡Espera...! —la tranquilizó Rosendo cogiéndola del brazo—, espera a ver qué dice la vieja...

Violeta da Cuqueira chasqueó la lengua.

—Veo hijos, aunque no sé cuántos —prosiguió.

—¿Estás segura? Mira que éste es mi segundo matrimonio y yo ya no soy tan joven.

—Segura —sentenció Violeta.

La viuda de Meis abrazó a su marido y se echó a llorar.

Tío Rosendo, que evidentemente no había creído lo de los hijos, dijo:

—¿Y no ves ninguna desgracia? Dinos la verdad, Violeta. Estamos preparados para todo. Por ejemplo, ¿aprobaré mi examen de convalidación de títulos?

Todos en la aldea sabían que, no hacía mucho, el gobernador civil de la provincia de Coruña les comunicó a los maestros de la región que aún cobraban en ferrados que

si querían seguir enseñando tenían que ir a Coruña para convalidar el título. Tío Rosendo había empezado a estudiar —¡con libros!, le contaba a todo el mundo—, y muy pronto la escuela cerraría para que el maestro pudiera dedicar todo su tiempo al examen.

La vieja Violeta se removió en el asiento. Esbozó una mueca feroz.

—Una plaga... de mariposas, o tal vez de polillas, que asolará Tierra de Chá puede causar estragos sobre vuestro huerto. Sin embargo, todo acabará pasando y la savia de los árboles se fortalecerá.

Tras pagar lo que la vieja les pidió, que no era ni poco ni mucho, la viuda y tío Rosendo se marcharon, nadie supo decir si tristes o contentos porque iban discutiendo mucho.

Las Inviernas, que habían observado la escena, se acercaron sigilosas. También ellas querían conocer su futuro, su nueva vida en la aldea, pero no se atrevían a preguntar.

Violeta da Cuqueira las dejó merodear por allí sin decir nada. Al cabo de un buen rato, cuando comprendió que nunca se atreverían a preguntar, dijo:

—Tenéis un secreto que os aprieta el alma como una boa, algo tenebroso..., lo leo en las arrugas de vuestros ojos.

Las Inviernas pegaron un respingo.

—¡Oh, no! —dijo inmediatamente Saladina, mirando a un lado y a otro, temerosa de que alguien más hubiera oído—. Nosotras no tenemos secretos. Somos transparentes como el agua.

—Todos tenemos secretos —dijo la vidente. Levantó la vista y miró a Saladina—: Además, tú... tú te vas a enamorar.

Saladina se puso del color de la grana.

—¿A enamorar, Saladina? —dijo Dolores, y le dio un ataque de risa—. Pero si no ha tenido un pretendiente en la vida...

—¡Y tú qué sabrás! —la interrumpió su hermana propinándole un codazo—. ¡Déjala hablar!

—No diré nada más sobre eso, estoy cansada de chismes —dijo la vidente, y, alzando un dedo retorcido, señaló a Dolores—: Sólo añadir que tú cumplirás tu sueño.

—¿Mi sueño? —preguntó Dolores.

—Tiene que ver con algo... —La vieja Violeta bajó los ojos. Durante unos segundos, rebuscó en el fondo de su cabeza—. Tiene que ver con el mundo del espectáculo, ¿bailas?

Saladina comenzó a retorcerse de la risa; ahora le tocaba a ella.

Dolores dijo que no, que no bailaba.

—¿Eres actriz?

Dolores sintió que se le helaba la sangre.

—Yo..., sí... No, pero me gusta el cine. A las dos nos gusta. ¡Eso sí!

—Pues entonces ahí está. Tu sueño tiene que ver con el cine.

Violeta da Cuqueira no quiso decir nada más. Tampoco quiso cobrarles, a pesar de que las hermanas, contentas con las informaciones recibidas, ya habían abierto el monedero para pagar. La vieja se levantó, se envolvió en su capa y se largó.

A través de los puestos de limonada y las ristras de rosquillas, sorteando a las gentes y oculta tras las sombras, las Inviernas la vieron esfumarse.

Con los dedos encorvados en el aire, parecía una bruja.

Capítulo 13

«¡**P**asen, señores, pasen y vean al burro que lee el periódico! ¡La gran estrella de la Cultura, aquí en persona!». Un poco más allá del atrio, había una caseta en la que unos feriantes —los mismos que años atrás trajeron a la Mujer Barbuda— habían metido un burro que sabía leer. Todos y cada uno de los habitantes de Tierra de Chá desfilaron por allí, previo pago de tres pesos, para ver la proeza.

Las Inviernas miraban atónitas. Recordaban que un día, en Inglaterra, habían visto a un oso paseando por la calle con su dueño, con una cadena atada a una argolla que le perforaba la nariz. Pero esto era mil veces más fascinante porque el animal tenía conocimientos. Ya habían preparado el dinero para entrar —ya tendrían el gusto de contar luego, cuando fueran de visita a Coruña, que en Tierra de Chá había burros que sabían leer— cuando se les ocurrió preguntar a la gente que salía por la puerta trasera si aquello del burro era cierto. De la caseta salía un joven que resultó ser Ramonciño, el hijo de Esperanza.

La misma cabeza grande y las orejas diminutas como cerezas. Según tenían entendido, en cuanto pudo se largó de la aldea. Ahora era marinero y pasaba largas temporadas fuera. Venía a Tierra de Chá sólo durante las romerías.

Ramón se quedó admirando a Dolores; luego le dijo que se acordaba de ella y que no hacía mucho, la había visto por Ribeira.

—¿Por Ribeira? —dijo ésta algo azorada—. Yo en Ribeira estuve poco. Siempre he vivido con mi hermana en Coruña. Teníamos un taller en la calle Real. No. No nos hemos visto desde que éramos niños, ¿te acuerdas de que jugábamos juntos?

Ramón llevaba bigote y tenía los ojos grandes e intranquilos.

—Te casaste con Tomás y fuiste a vivir Ribeira —dijo sin contestar a la pregunta—. Yo estuve en tu boda. No olvidaría tu cara de susto en la vida.

Las Inviernas se miraron de reojo.

—¡Jesús! —dijo inmediatamente Saladina—, ¡qué barbaridad! Debes estar confundiéndola con otra. Mi hermana en Ribeira sólo estuvo de pasada, acaba de decírtelo. Nos gusta más Coruña...

—Hace mucho que no veo a Tomás —prosiguió Ramonciño, pensativo—. Cuando vuelva tengo que ir a visitarle. ¿Qué pasó? ¿Te largaste de allí? Tomás tiene fama de insoportable.

Volvió a irrumpir la voz del feriante: «¡Señoras y señores, entren y vean, últimos pases para ver y escuchar al burro que lee!». Quedaron todos en silencio.

—Bueno... —dijo Dolores—, creo que vamos a entrar a ver al burro.

—Sí —corroboró Saladina—, vamos a ver esta proeza de la naturaleza.

—Por cierto —dijo Ramón sin dejar de mirar a Dolores de arriba abajo—, me preguntabas si es cierto que el burro lee. Pues bien: sí. Lee estupendamente. Y además es médico o farmacéutico.

Sin pensárselo dos veces, las Inviernas pagaron los tres pesos y entraron en la caseta. Quedaron un rato apoyadas contra la pared, asimilando la conversación que acababan de mantener.

Al otro lado estaba el burro, muy quieto con los anteojos y un sombrero de paja del que despuntaban unas florecillas de plástico. Frente a él, un periódico abierto. Estuvieron esperando un rato y nada ocurrió. Pero cuando ya pensaban en salir a reclamar su dinero, oyeron cómo el burro se aclaraba la voz (cacareó, más gallina que burro) y luego recitaba en alto un anuncio del periódico:

*Solución Pautauberge. El remedio más eficaz
para curar las enfermedades del pecho,
las toses recientes y antiguas
y las bronquitis crónicas.*

Se trataba de la voz más solemne y aterciopelada que jamás habían escuchado. Cuando decía aquello de las «bronquitis crónicas» no parecía un médico como les habían dicho, sino un obispo. A Saladina le brincaba el corazón. Cuando el burro terminó de leer, se acercó a él. Echándose hacia delante, en un acto de valor, pues no solía dirigirse a nadie que no conociera de antemano —y menos a un burro—, le susurró:

—Hola, burrito. Soy Sala, Saladina, costurera, y estoy encantada de conocerte. Me ha gustado mucho tu lectura y me gustaría escucharte más a menudo.

El burro se removió en su asiento. Alzó la cabeza y a través de los anteojos miró a la alelada Saladina. Los ojos eran cristalinos y saltones como los de una pescadilla.

—Ni disfrazado de burro quedo yo contigo, fea —dijo la misma voz aterciopelada que había leído el periódico.

Saladina permaneció un rato inmóvil y sonriente, como si la hubieran disecado, sin saber qué hacer.

Al salir de la caseta, tuvo que agarrarse al brazo de su hermana para no caer. Dijo que quería volver a casa.

En ese momento les interrumpió un joven muy excitado. Estaba interesado en entrar en la caseta y les preguntó si era verdad que el burro leía. Sacando fuerzas de flaqueza, Saladina se adelantó dos pasos para contestar:

—Lee estupendamente. Hasta las frases más complicadas. Y es cura o farmacéutico.

Aunque las desagradables palabras del burro pesaban en la cabeza de Saladina como la peor de las humillaciones, su hermana, que no se había enterado bien de lo ocurrido, la convenció para que no se marchara. El resto de la romería lo pasaron las Inviernas yendo de grupo en grupo para darse a conocer.

Al oírlas intercambiar unas palabras en una lengua que no entendían, les preguntaron qué era aquello que hablaban. Las Inviernas dijeron que inglés, pero los

habitantes de Tierra de Chá no podían creerlo. Un inglés hablaba inglés, un francés, francés y un portugués, portugués. No podían entender que ellas, que no eran inglesas, hablaran inglés.

También les volvieron a preguntar si era verdad que allí, en Inglaterra, los curas podían casarse. Las Inviernas contestaron que sí porque eran protestantes.

Don Manuel, el cura, que también andaba muy pendiente de la conversación, se acercó. Dijo:

—¿Y es verdad que los protestantes tienen rabo?

A lo que las Inviernas contestaron que sí. Había protestantes con rabo y hermosísimas catedrales en Inglaterra.

—¿Y maestros? ¿Hay maestros de ferrado en ese país o todos convalidaron ya el título? —intervino tío Rosendo.

Las Inviernas contestaron que ni idea, pero que suponían que allí todos eran maestros con mucho estudio y titulados, que en Inglaterra no se andaban con apaños. Al oír esto, Rosendo sintió que el miedo le trepaba por las piernas.

Mientras que a Dolores se le acercaba un hombre y le preguntaba si podía convidarla a unos churros o tal vez sacarla a bailar, y que no, muchas gracias, no tenía ni hambre ni sed ni ganas de bailar, vio que su hermana, en un momento dado, se escabullía del gentío y se internaba dando tumbos en la oscuridad del atrio hasta quedar apoyada contra la pared de la iglesia. Unos minutos después, se le acercó el mecánico dentista, el señor Tiernoamor, que fue el único hombre que mostró interés por ella en toda la noche. Mientras le hablaba, Saladina bajaba la cabeza. ¿Qué estarían comentando?

Cuando ya regresaban a casa por el camino, Saladina volvió a sentir el zarpazo de la humillación: unos mozos se acercaron a Dolores para piropearla, pasando por delante de ella como si no existiera. Y aunque Dolores no pudo evitar sentirse halagada, por no disgustar a su hermana (a quien nadie había querido sacar a bailar en toda la noche), siguió caminando como si nada hubiera oído. Pero mientras pasaban por las últimas casas, notó que a Saladina se le había ido subiendo la sangre a la cara y que, a la altura de los manzanos, se había abandonado en un llanto seco.

—¿Por qué lloras, mujer? —preguntó Dolores—. Si esos hombres no se han fijado en ti es porque no vales para ellos. ¡Es la verdad! La que tenía que llorar soy yo. Escucha, me quedé preocupada, ¿tú crees que Ramonciño sabe algo de *lo nuestro*?

Es por los dientes —hipó Saladina, ignorando la pregunta. Ahora las lágrimas le rodaban por las mejillas y las iba secando con el hombro—. Todo lo que me ocurre es por los dientes. Notan que son falsos, y eso repugna.

—¿Qué dientes, caray!

—¡Repugna, te digo! ¡Soy una rana!

—Eres mil veces mejor que una rana, y por ello tienes que esperar tu oportunidad. Ya oíste a Violeta da Cuqueira, pronto te enamorarás.

Este último comentario, que sólo tenía la intención de sosegar los ánimos, fue una auténtica ofensa a su tristeza; a Saladina se le extraviaron los ojos y comenzó a jadear.

A grandes trancos acelerados por la humillación, con las manos sudorosas y el cuerpo rígido, consiguió llegar hasta la casa. Allí fue derecha al cobertizo. Salió con la cizalla y la escalera, subió, y a la luz de la luna comenzó a podar las ramas de la higuera.

Chas, chas.

No se bajó de la escalera hasta que no quedaron más ramas por podar.

—Ae... —la consoló su hermana tomándola del brazo para meterla en la casa como si fuera una niña—, ahora vamos a dormir.

Capítulo 14

Saladina estaba tan extenuada que se dejó hacer. Su hermana le quitó el vestido y le puso el camisón. Le deshizo la trenza, le quitó la dentadura y la introdujo en un vaso con agua, la metió en la cama, la tapó cariñosamente y le contó el cuento del Camión de Taragoña que corría de aquí para allá en taparrabos.

Cuando ya parecía que iba a dormirse, asomó la cabeza con los pelos revueltos por entre las sábanas. Alargó el brazo, tomó la dentadura y se la puso, *ploc*.

Dijo, sorbiéndose los mocos:

—¿Qué...?, ¿te gustó ser oveja?

Dolores se encogió de hombros. Estaba acostumbrada a las ironías de su hermana y no le sorprendió mucho la pregunta.

Saladina saltó de la cama de un brinco y se puso a cuatro patas.

—Ba ba black sheep, have you any wool? ¡Ovejas es lo que son!

—Aún estás nerviosa, Sala, cálmate...

—¿Y te percataste, Dolorciñas, de que nadie quiere hablar de nuestro abuelo?

Dolores no contestó.

—En cuanto sacas el tema, se quedan mudos y se ponen nerviosos. Y luego está lo del papel de la vieja, ¿tú crees que será verdad eso de que el abuelo le compró el cerebro?

Dolores no supo qué contestar; abrió la boca pero se quedó con el gesto interrumpido de ir a decir algo. Saladina se incorporó y se sentó sobre la cama. Dijo:

—Y ese mote que nos pusieron, las *Inviernas*, mira tú...

—En los pueblos todo el mundo tiene motes que esconden historias —le razonó su hermana—. Es lógico...

—Sí, es lógico.

—Por *lo nuestro*...

Se oyó un ruido procedente del establo. Dolores abrió la trampilla y echó un vistazo. Quedó un rato con la cabeza colgando del hueco de la trampilla, mirando y escuchando atentamente. Luego dijo: «Sólo es la Greta, se la comen los tábanos».

Callaron. Empezaron a cantar los grillos. Saladina tenía la cara sudorosa y brillante. Estaba muy excitada. Dijo de pronto:

—Estuve hablando con el señor Tiernoamor...

—Te vi.

La garganta de Saladina emitió un gorjeo parecido al de unas cañerías rotas.

—¿Me viste?

—Te vi.

—Ya. Y mira una cosa, Dolor..., ¿y si me pongo dientes nuevos?

Dolores le dirigió una mirada prolongada y penetrante. Luego se dispuso a remeter lentamente la sábana por debajo del colchón. Sentada junto a su hermana,

percibía el calor embriagador y amigo que exhalaba su cuerpo. No era amor lo que sentía por ella. Afecto; tal vez, ternura. O sí, qué tonterías decía, ¿cómo no iba a quererla? Le exasperaban sus accesos de mal genio, sus gruñidos y sus voces estridentes, pero también era un regalo de la vida tener a alguien con quien reír y hablar cada día. Saladina la necesitaba, casi como a una madre, y Dolores vivía pendiente de esa necesidad. *Necesitaba* aquella necesidad. Simplemente era eso.

No volvería a confundir sus sentimientos: nunca más. Una vez había sido suficiente.

Con un escalofrío de inquietud, se acordó de aquella noche, dos o tres días después de llegar a Tierra de Chá. Acababan de acostarse. La hora en que el cielo se cuaja de colores y palpitan las estrellas. Un instinto animal y casi bíblico las hizo sentir que debían entenderse. En su naturaleza ese instinto era semejante a la añoranza: se arrancaron los camisones a zarpazos, apartaron la mesilla, juntaron las camitas de hierro y se fundieron en un abrazo.

Se conocieron una sola vez.

Bajo el crucifijo y la foto de un Clark Gable sonriente, crujieron los colchones rellenos de cáscaras de maíz.

Al día siguiente estaban abochornadas. Se excusaron. «Perdóname». «No. Perdóname tú». «Perdónanos, Clark». No volvieron a hablarse hasta caer la noche del día siguiente.

Nunca más volvería a ocurrir.

Ahora Saladina esperaba la respuesta. Aparte de la expresión crispada que tenía cuando estaba sola, cuando cosía o lanzaba el pienso a las gallinas y pensaba que nadie la observaba, tenía otra de atenta espera, en la que apretaba los labios haciendo un ruido asqueroso, con los dientes postizos de arriba sujetos entre la lengua y el paladar. Esa era la expresión que tenía en aquel instante.

—¿Dientes nuevos, dices?

No era amor lo que sentía por ella; era miedo. Porque el miedo, a veces, adopta fórmulas caprichosas: es cariño monstruoso. Como aquella noche. El miedo confunde. Lo peor acaba de ocurrir y el miedo aturde. Dolores necesitaba las manías de su hermana, su disciplina ascética, su manera de estar en el mundo, entre la locura y el vacío: en Saladina hallaba una mezcla de caos y orden que le fascinaba.

La vaca Greta emitió un largo mugido en el establo.

Con tantas novedades, nadie se había acordado de ordeñarla.

Capítulo 15

Más o menos a la misma hora, entraba el señor Tiernoamor en su consulta. Su casa estaba detrás de la aldea, agazapada en el follaje de la fraga. Se llegaba a ella por un carreiro flanqueado de castaños, que al final se abría a un edificio de piedra comida por el musgo y el silencio. En el piso de arriba tenía la consulta, un cuarto amplio y bien ventilado que hacía las veces de laboratorio.

Prendió la luz e instantáneamente se apoderó de él una sensación placentera, la cosquilla gratificante de que aquél era su espacio, su nido caliente, su hogar. Como cada noche, se dispuso a hacer recuento y limpieza de material. Además, quería comprobar si tenía todas las piezas que mentalmente había escogido para la Invierna.

La Invierna Saladina.

Junto a la silla giratoria, en la que se sentaban los pacientes, había una mesa alargada con cajones de varios tamaños. De uno de ellos sacó la escobilla, la tijera, la lima, la cola y el martillo. De otro, un poco más grande, extrajo lentamente las espátulas, los calibres y las prótesis. Era lo primero que hacía siempre; le gustaba tener la mesa abarrotada de cosas: los objetos mitigaban el vacío, le hacían sentirse bien porque en el fondo sabía que jamás aprendería a vivir solo. Dispuso lentamente sobre el tablero las piezas y las contó. Luego se alzó de puntillas para mirarse en el espejo que colgaba en la pared. Movi6 la cabeza y un mech6n se le desprendió. Esbozó una media sonrisa, y haciendo una mueca que jamás había hecho delante de nadie, ni siquiera delante de ese espejo, se dijo que sí, estaban casi todas.

De joven Tiernoamor había sido militante del Frente Popular y había soñado con repartir las riquezas y transformar el mundo. Pero nada más comenzar la guerra, después de ser arrestado y torturado, comprendió que aquél era un ideal imposible y que no valía la pena enzarzarse en una batalla que de todos modos iba a perder. Juró no volver a reunirse con nadie que tuviera intereses políticos y se replegó en su trabajo.

Su padre había sido un buen mecánico que enseñó al hijo todo lo que tenía que saber del oficio. Pero Tiernoamor, ya desde niño, mostró un oscuro interés por las dentaduras. Conocía todas y cada una de las bocas de los habitantes de Tierra de Chá: fosas en las que despuntaban afilados dientes de cocodrilo, colinas separadas por valles y coronadas por muelas de oro, grutas insondables y podridas, puentes fijos y colgantes, cuevas como abismos con cascajos y guijarros que emitían pútridas vaharadas. Pronto supo darse cuenta de que en aquellas bocas desdentadas estaba su futuro.

Así que un día en que ayudaba a su padre a arreglar el motor de un coche, se le ocurrió unir sus conocimientos de mecánica con su interés por las bocas ajenas.

Poco después llegó la guerra y fue arrestado; viajó en un carromato con un compañero moribundo que le pidió el favor de que le llevara una carta de amor a su

esposa. A cambio, le dijo, podría quedarse con su muela de oro cuando muriera, pues no tenía nada más que ofrecerle. Tiernoamor nunca pensó que sería capaz de arrancar los dientes a nadie, y menos a un compañero del Frente, pero cuando el pobre chico falleció, sacó unas tenazas y le arrancó, una por una, las piezas que luego se guardó en el bolsillo.

A la vuelta en Tierra de Chá, después de entregar la carta, empezó su nueva vida: mientras sus compañeros, ahora convertidos en maquis, recorrían los montes de Galicia armados con fusiles y navajas, él se dedicó a recomponer aquella dentadura que había conservado en un vaso de leche. Jamás contó a nadie de dónde había sacado los dientes. Mientras tanto, seguía observando las bocas de las gentes y aprendiendo todo lo que podía sobre la masticación y la deglución.

En la verbena de la Virgen, Tiernoamor y Saladina habían conversado bastante. Nada más verla, se fijó en que llevaba dentadura postiza y aunque no le hizo ningún comentario directo para no herir su sensibilidad, sí le contó que guardaba en su casa piezas blanquísimas como perlas del Japón —dientes fabricados por él mismo, le precisó— para componer esqueléticos o dentaduras en cualquier momento.

Al principio, a Saladina, aquella idea de ponerse los dientes nuevos le pareció una frivolidad. Luego, pensándolo un poco mejor, se dio cuenta de que había mucha gente en Tierra de Chá que lo había hecho. Hasta tal punto llegaban la fama y la destreza del señor Tiernoamor, que se puso de moda en la aldea y alrededores arrancarse la dentadura propia para ponerse una postiza.

—Dientes nuevos como perlas del Japón —le explicó a su hermana con los ojos muy abiertos y brillantes—. Dientes nuevos, Dolor. ¿No te parece buena idea? ¿Qué me dices?

Dolores la miraba sin pestañear. Hacía tiempo que no veía a su hermana tan interesada. Poco a poco, la vida había ido arrebatándole la ilusión y, desde que volvieron de Inglaterra, apenas disfrutaba con nada. Una lucecita irónica iluminó sus ojos.

—Póntelos —dijo entonces Dolores.

—¿De verdad te parece?

Dolores siempre había tenido claro que la insatisfacción de su hermana tenía su origen en esa carencia, en la desgracia de haber perdido los dientes siendo casi una niña.

—No lo dudes.

Capítulo 16

Cuando Saladina entró en la consulta al día siguiente, encontró al mecánico dentista con una lupa en la mano izquierda y la lima en la derecha. La tarea de pulir los dientes para hacerlos casar demandaba concentración y paciencia benedictinas, y por eso no la oyó entrar.

Tampoco sintió su presencia hasta que ella le tocó en un brazo.

A Tiernoamor se le cayó uno de los calibres al suelo.

—¡Invierna! —dijo—. No te esperaba tan pronto.

Saladina se quedó muda.

—Sabía que acabarías viniendo, todo el mundo lo hace, pero ¡tan pronto...!

Ella asintió tímidamente. A la luz del día, Tiernoamor era mucho más atractivo que cuando le vio en la verbena: no era muy alto, iba bien arreglado, la tez morena, las facciones musculosas, el cabello rizado. Se peinaba con gomina, la raya a un lado, aplastando el pelo contra el cráneo. Olía débilmente a jazmín, o ¿era a rosas? Los botones de la camisa abiertos, mostrando parte del tórax. En toda su persona había algo abstraído y misterioso que hizo que Saladina retrocediera un poco y se quedara esperando a que él le diera instrucciones de algún tipo.

—No te apures, mujer. Ya te dije que en la aldea los tienen casi todos. Ese pan de la guerra relleno de piedras hizo mucho daño. Siéntate.

La hizo sentar en la silla giratoria.

—Ya te estaba seleccionando las piezas. Abre la boca —dijo.

Saladina abrió la boca.

—Quítate eso.

Saladina cerró la boca.

—No puedo —dijo—. Me da vergüenza que me vean sin ella. Parezco una rana.

Tiernoamor aprovechó que hablaba para meterle las tenazas; le sacó la dentadura de cuajo. La alzó para ponérsela a la altura de los ojos y la observó detenidamente. Ella se agarró instintivamente la mejilla dolorida.

—Qué mal las hacen por ahí. Se creen que por ponerlas blancas ya tienen todo hecho —dijo—, no tienen el menor respeto por el hueso. Todo el problema está ahí: en el hueso. El hueso es el principio de las cosas, es amor, la esencia de la vida. Hay que raspar y raspar hasta llegar al hueso...

Saladina escuchaba embelesada.

—¿Dónde la compraste? Dicen que estuvisteis en Inglaterra... No te preocupes. Yo te dejaré la boca como Dios manda. Tendrás que venir durante treinta y dos días, el número de piezas que tenemos, dieciséis en cada maxilar: ocho incisivos para cortar los alimentos, cuatro caninos o colmillos que sirven para desgarrar los alimentos, ocho premolares para moler, y doce molares que sirven para triturar...

La Invierna asentía con la cabeza.

—Es latoso porque tengo que introducirte diente a diente, pero merece la pena. Figúrate que hay gente que teniendo su propia dentadura en buen estado ha decidido cambiársela entera por una de las mías.

—Eso oí... —dijo la Invierna de pronto—. Por cierto que es raro que un hombre como tú, que sabe hacer estas maravillas, use todavía la misma dentadura con la que nació...

—Sobre eso habría mucho que hablar. Pero al grano: está claro que necesitas dientes nuevos. Mañana puedes...

—Que dice mi hermana... —volvió a interrumpir ella— que de qué están hechos...

El señor Tiernoamor tenía preparada la respuesta; en realidad, era la que había dado a todos los que se habían hecho dentaduras con anterioridad:

—Un amigo me trae el material: titanio. No se oxida. No se estropea. Se extrae de la arena de la playa. Aquí en Galicia hay mucho titanio.

—Ah...

El mecánico dentista dio por concluida la visita y prosiguió con su labor de pulido de las piezas. Justo cuando Saladina salía por la puerta, le dijo:

—Yo me acuerdo de cuando eras una chiquilla..., eras muy tímida. Eras muy guapa. —Levantó la vista y se apartó con la mano un rizo engominado de la frente—: Y sigues siéndolo. Siempre pensé que detrás de esa timidez había algo, algo que te hace especial y distinta al resto de las chicas.

Saladina pegó un respingo. No había nada en su rostro sudoroso o en sus rasgos huesudos que indicase que el comentario le había afectado, pero por dentro bullía. Se sentía deliciosamente salvaje, ella, la aburrida Saladina, ¿qué le estaba pasando? Por primera vez en su vida, alguien había descubierto la verdad, su verdad.

Pero acto seguido pensó que a lo mejor el mecánico dentista se había confundido con su hermana...

Fue incapaz de abrir la boca. Las palabras estaban ahí, pero la boca se negaba a abrirse.

—Además —prosiguió el mecánico dentista—, creo que tu abuelo era una bellísima persona, un hombre inteligente que sólo quería aprender. Me traía higos y se quedaba charlando conmigo muchas tardes..., ¡qué ricos aquellos higos! ¿Seguís teniendo la higuera? —Tiernoamor renegó con la cabeza—. No, no se merecía lo ocurrido...

Saladina no entendió.

—¿Mi abuelo? —farfulló—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Era un buen hombre...

Tiernoamor se inclinó sobre la mesa y se dispuso a limar un diente.

Saladina explicó entonces con mucha excitación lo que les había contado la vieja del monte:

—Pues dice que mi abuelo se la quedó mirando fijamente y le dijo: «Vieja, tienes

un cerebro como la catedral de Santiago», eso es lo que le dijo.

»Y después le propuso algo que ella aceptó de buena gana: comprarle el cerebro. Él se lo pagaba para investigarlo y la mujer sólo tenía que cederlo cuando muriera. La vieja aceptó. Fijaron un precio y ella puso una cruz en un papel. Mi abuelo le pagó, y ella quedó comprometida a entregar su cerebro cuando se muriera para que mi abuelo pudiera estudiarlo. ¿Qué te parece?

El señor Tiernoamor seguía limando la pieza.

—¿Conocías la historia? —le preguntó Saladina.

—Es una historia que vive en la aldea —contestó el mecánico dentista después de un rato—. Todo el mundo la oyó contar, en el prado atendiendo a las vacas, cociendo el pan en el horno, en la taberna, en la puerta del cementerio o en el cruceiro..., y todo el mundo la cuenta. Dicen que los contratos están en una caja de madera. La historia podía haberse olvidado o haberse quedado en cualquier casa de no ser porque ahora a la vieja le da por decir que no puede morir. ¡No le hagas mucho caso!

El mecánico dentista calló de golpe.

—Ahora tengo que seguir trabajando —dijo—. Mañana a las diez. Te espero para insertar el primer diente.

Saladina asintió confundida.

—Invierna..., se me olvidaba decirte que... para la siguiente visita...

Saladina se recolocó la falda y se atusó el cabello.

—¿Sí...?

Durante unos segundos sólo se oyó el sonido de la lima. Mientras esperaba la respuesta, la vista de la Invierna se fue hacia el suelo. Entonces se fijó en que por debajo del pantalón del mecánico dentista asomaba la punta de un zapato. Un zapato rojo de mujer.

—No comas ni ajo ni cebolla.

Capítulo 17

Dolores apoyaba una de las sienes en el vientre de la vaca y fijaba sus ojos verdes en la verde lejanía de los prados cuando vio llegar a su hermana, grande, pequeña, grande y muy grande, avanzando por entre el maizal.

Saladina entró en casa como una centella, dando muestras de una gran excitación. Dolores terminó con el ordeño y la siguió con el balde.

—¡Es cierto! —dijo Saladina.

Dolores dejó la leche en la cocina y se apresuró a atender a su hermana. Estaba radiante, con las mejillas encendidas por la carrera. Le cogió el bolso, le quitó el chal, la ayudó a ponerse la bata y se arrodilló para ponerle las zapatillas. La acompañó hasta la cocina.

—¿El qué, mujerina?

—Lo de nuestro abuelo. Compraba cerebros, es una historia que conoce todo el mundo. No sólo a la vieja de Bocelo. Toda la aldea le vendió el suyo.

Dolores encendió la Singer. Mientras cosía, escuchaba entre perpleja e incrédula.

—Los contratos están en una caja de madera. Me lo dijo el dentista. —Saladina comenzó a mirar desaforadamente a un lado y a otro, las manos suspendidas en el aire—. Vamos a buscarlos.

Dolores dijo que ya los habían buscado y que esa historia de los cerebros era una historia descabellada, de vieja chocha. El propio cura lo había dicho.

—¡Es que el cura también vendió el suyo! —le chilló su hermana, pateando el suelo—. ¡Fue el más caro!

Saladina ya estaba buscando. Miraba en la cocina, en la salita y en el establo. Luego subió al sobrado y se puso a tirar del cajón cerrado que todavía no habían logrado abrir. Dentro sonaba *plonc, plonc*.

La Invierna Dolores seguía cosiendo abajo. *Chuc, chuc*.

Plonc, plonc.

Hasta que por fin Dolores se levantó y se ofreció a ayudar a Saladina.

Pusieron patas arriba la casa y no encontraron nada. Por la tarde, sentadas frente a la Singer, comenzaron a dudar de las palabras de Tiernoamor. Muchas veces la gente de los pueblos inventaba, confundía...

Al día siguiente, Saladina volvió a la consulta para insertarse la primera pieza. Ese día se había levantado temprano, antes incluso de que mugiera la vaca Greta en el establo. Sentada a la mesa de la cocina con papel y lápiz, la puntita de la lengua fuera, se dispuso a elaborar una lista con todos los nombres de las piezas bucales que recordaba haber escuchado mencionar al señor Tiernoamor. A un lado, en la columna de la izquierda, estaba el diente, y a otro, en la columna de la derecha, el cometido del

mismo: incisivo-*cortar*, canino-*desgarrar* y premolar-*moler*.

A continuación, se subió a la escalera para coger unos higos. Los más dulces estaban muy altos, y tuvo que ponerse de puntillas sobre el último peldaño para alcanzarlos. Dolores la miraba desde abajo, mientras lanzaba el pienso a las gallinas. Saladina dio un traspie y se quedó colgada de una rama. Dolores dejó caer el plato con el pienso al suelo. Por fin subió por la escalera y rescató a su hermana.

—Mira, todo el pienso por el suelo... —le dijo una vez abajo—. Un día acabarás conmigo. Y todo por llevarle unos higos a ese dentista matasanos...

Pero no sólo fueron las visitas de Saladina a la consulta del señor Tiernoamor. Con el correr de los días, las Inviernas fueron abandonando su rutina atosigante para incorporarse a nuevas costumbres. Empezaron saludando amistosamente cuando las paraban de camino al monte:

—Y luego, ¿qué hacéis?, ¿vais al monte?

Y ellas:

—Vamos, ¿y luego?

Pronto aprendieron también que cada aldea tiene su idiosincrasia, su temple, sus leyes de pertenencia, y que la compañía tenía un precio: o se replegaban a las costumbres de la comunidad, con todo lo que suponía ir y estar en ciertos sitios, ir y estar en ciertos sitios *siempre*, o se quedaban solas.

Para formar parte de la comunidad de Tierra de Chá había que ir todas las tardes a la taberna, un antro con olor a mosto y soledad, de techo bajo, regentado por un hombre pelirrojo y su mujer, siempre acodados sobre un mostrador de maderas carcomidas. Pero no valía con pasarse por allí de vez en cuando. A las seis de la tarde o se estaba dentro o se estaba fuera de la taberna.

Entre tiras pegajosas que pendían de la pared para atrapar a las moscas, era donde se reunían ahora las gentes para jugar a la brisca y al tute, beberse unas tazas, ver la televisión y contarse las historias.

Sobre el mostrador había un candil de carburo y de la pared colgaba un calendario con una foto descolorida del Papa. El pelirrojo, ligeramente inclinado hacia delante, seguía las conversaciones con atención. Con la vista puesta en el televisor, su mujer se dedicaba a enjuagar las botellas de gaseosa vacías en un balde, haciendo muecas y gestos para sí misma.

Sólo existían dos aparatos de televisión en la aldea: uno era del cura (aunque negaba tenerlo y lo guardaba escondido) y otro estaba en la taberna. Se trataba de un cacharro que emitía una imagen borrosa en blanco y negro pero suficiente para atraer a buena parte de la clientela.

En una mesa próxima, sentado sobre una barrica o un cajón, se solía situar tío Rosendo. Llegaba a eso de las cuatro, cuando terminaban sus clases en la escuela, y empezaba a pedir sus tazas. Poco a poco, se le iban encendiendo las mejillas, la nariz se le ponía colorada y los ojos brillantes. Empezaba a recitar poesía o a contar disparates. A las siete en punto la barrica que lo sostenía caía hacia atrás con un fuerte

estruendo. Él quedaba en el suelo, tendido como un sapo.

Entonces el tabernero avisaba a la viuda de Meis.

Todas las tardes lo mismo.

Pum, y el tabernero llamaba a la viuda que en realidad ya no era viuda.

La mujer venía con el carro cargado con la hierba recién cortada, tirado por la vaca.

—Os digo que yo mismo la vi volar ayer noche —farfullaba tío Rosendo refiriéndose a ella, al verla entrar por la puerta—. Sobre la cama matrimonial.

—¡Lo que tienes que hacer es no beber! —le gritaba Tristán desde otra mesa—. Ay, si yo tuviera tiempo libre como tú... Si mis aves no me ataran a unos horarios tan rígidos..., ay, ¡la cantidad de cosas que haría! Además, ¿no ves que es el vino el que te hace ver cosas?

Y tío Rosendo, muy serio:

—Eso no es cierto: sólo vemos lo que ya sabemos.

Y el otro, que jamás penetraría en filosofías tan profundas:

—No deberías beber, que pronto tienes tu examen. ¿Estudiaste ya todas las lecciones?

Por un momento, Rosendo quedaba alelado. Pensaba en la cara de chinche de su mujer. Pensaba que lo peor que le podía ocurrir en el mundo era suspender el examen, no atreverse a regresar a Tierra de Chá y tener que dormir en una pensión de mala muerte, con olor a toalla usada.

Pero al cabo de un rato conseguía salir de su ensoñación. Decía:

—Están los que hacen y los que dicen lo que tienen que hacer los demás. Tú, Tristán, perteneces al segundo grupo. Te digo que vi volando a la viuda como una bruja.

Y desde la punta opuesta de la taberna:

—¡Un respeto por tu mujer, hombre!

Pero tío Rosendo no tenía ningún respeto por su mujer. Estaba convencido de que a la viuda le gustaba que él se emborrachara todas las tardes porque, en el fondo, lo que más le gustaba a la viuda era justo todo lo que decía que no le gustaba.

Tenía todo tipo de teorías para explicar la vida, y sobre todo los laberintos de la mente de su mujer; era a sí mismo a quien no comprendía.

En primer lugar, no alcanzaba a comprender por qué se había casado con una mujer así, tan distinta a él, que no hacía más que hablar de su anterior marido. La viuda de Meis: si la gente la seguía llamando viuda era porque en el fondo ejercía como tal. A veces, cuando ella no se daba cuenta, la seguía con la vista por la casa. Al pasar por el salón ella hablaba con el retrato de su difunto esposo y le lanzaba besos.

Era fea como Satanás. Su piel era de color ceniza y el pelo se le pegaba a la cara. Lo peor era que no era nada cariñosa. Ni siquiera cuando venía a buscarle con el carro mostraba un poco de ternura. Cada mañana tío Rosendo se levantaba preguntándose qué hacía con aquella mujer que ni siquiera se había quitado el luto de

su anterior marido. Estaba deseando dejarla y, sin embargo, caía la tarde y luego la noche y no la había dejado. Él se emborrachaba y ella iba a buscarle con el carro. La vida —y no las personas ni las cosas— era la que imponía sus leyes, y por mucho que uno se empeñara, poco se podía hacer por cambiarla.

De joven tío Rosendo había poseído a otras mujeres pero siempre tuvo claro que jamás se casaría. Conoció a la viuda en la lareira de la casa de las Inviernas, cuando todavía vivía don Reinaldo. Ella, recién enviudada, le hacía gestos apretando los labios, como si lanzara besos al aire, y él respondía sonrojándose y quitándose la gorra. Luego, después de la guerra, todo sucedió de manera vertiginosa. La viuda le esperaba por las tardes junto a la fuente de la plaza. Él era maestro de ferrado y mientras oían caer el chorro de agua fresca, le hablaba de poesía, de geografía y hasta un poco de filosofía.

—No sigas —le cortaba ella, plantándole la palma frente a la boca—. Nunca fui una mujer de esas «literatas». No me gustan los libros.

—Pues tendrías que escuchar algún poema de Rosalía de Castro, *Adiós, adiós, prendas do meu corazón* —le soltaba él, y le guiñaba un ojo—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Viuda. Viuda de Meis.

—Ya sé que te llaman así. Eso no es un nombre, ¿cómo te llamas de verdad?

—Pues no tengo otro. Tú tampoco eres tío y todos te llaman así.

—Dame un beso.

—¡Ni hablar! Nos puede ver mi marido.

Durante aquella época, tío Rosendo pensó que estaba perdiendo el seso. No entendía por qué le atraía una mujer como aquélla, que no se interesaba por nada que no fuera su marido muerto.

—Tu marido está muerto.

Ella fruncía el entrecejo:

—¿Y qué?

Tío Rosendo estaba hecho de otra sustancia; eso era algo que saltaba a la vista de todos. Tenía veinte años cuando por primera vez oyó un poema. Fue precisamente en la lareira del abuelo de las Inviernas. No recordaba quién lo leyó, tal vez fuera alguno de esos amigos de don Reinaldo —por allí circulaban alcaldes, abogados, poetas y sindicalistas—, o el propio don Reinaldo.

Hablaba del paso del tiempo, del amor y de la soledad, algo así, cosas sencillas pero profundas, nunca se sabe muy bien qué dice el poeta porque el poeta siempre habla de sí mismo. Pero mientras escuchaba aquellas palabras (frío, pájaros perseguidos por la luz, cal e hígado), empezó a sentir una extraña picazón por todo el cuerpo. Cuando terminó la lectura, él siguió junto al fuego, sin apartar la vista del lugar en donde había leído el hombre, con las mejillas arboladas. Estaba asustado.

Hasta entonces, tío Rosendo jamás había pensado que cosas como el paso del tiempo, la soledad, la cal y el hígado pudieran removerle a uno las entrañas. Hasta

que aquel hombre no habló de ello con hermosísimas palabras no sabía que el amor podía ser fuente de inquietud y que la vida era algo extraordinario.

Porque la vida era algo extraordinario: empezó a leer poesía y a enseñarla a los niños. Sin darse cuenta, no sólo enseñaba poesía sino todos los conocimientos básicos, desde que Eva sintió ganas de comer fruta en el Paraíso y extendió el brazo para tomar la manzana, hasta Napoleón y las guerras carlistas (todo embrollado), así como un poco de aritmética, el nombre de los continentes y el de algún animal africano como el león y la jirafa. Algunos padres le pagaban con ferrados de harina o de maíz; otros opinaban que de qué servía aprender a leer si en la aldea no había absolutamente nada para leer.

En el pajar de su propia casa montó la escuela. En la fachada colocó un cartel que decía: «Escuela infantil de Tierra de Chá» y debajo: «Tío Rosendo. Maestro de ferrado». A los niños les llevaba serpientes y murciélagos. Les decía: Hay algo en el bolsillo de mi abrigo para vosotros. Y los niños, que llegaban de todas partes caminando por los senderos de la fraga, metían la mano. La única razón por la que enseñaba era porque quería seguir aprendiendo.

Además descubrió que la poesía gustaba al tipo de mujer que siempre le había gustado pero a las que él nunca había gustado.

Poco después de eso, un día, entró la viuda en el granero. Dijo que no le gustaba la poesía pero estaba impresionada por lo de la escuela. Rosendo se puso a temblar. Sin saber por qué, lanzó la gorra al suelo, ¡carajolis!, empujó a la viuda contra la pared e intentó besarla.

—No hasta que no estemos casados —dijo ella sin sorprenderse demasiado, desembarazándose de él.

—¿Y qué más da? —dijo él, perplejo.

—Mi marido podría vernos.

Fue entonces cuando tío Rosendo decidió que jamás volvería a tratarse con aquella loca.

Se casaron en la iglesia de la aldea, la misma en la que ella se había casado por primera vez, en el mismo día y mes, porque la viuda decía que así no ofendían a su marido.

En la celebración, cuando estaban con los postres y los puros, ella desapareció. Después de buscarla por todas partes, la encontraron dándose un baño en la alberca. Según explicó, le estaba contando a su difunto esposo cómo había ido todo.

Por no ofender, tampoco quiso casarse de blanco: ni siquiera se quitó la pañoleta negra del luto en la noche de bodas. En esa ocasión, Rosendo calló.

Una vez la viuda le había contado que el luto por un abuelo era un año, por un hermano, dos, por un padre, tres, y por un hijo o un cónyuge, toda la vida. Así que no le dijo nada por respeto. Él sabía bastante de geografía, de álgebra y de poesía, pero de aquella enfermedad gris mental llamada duelo no entendía lo suficiente como para ponerse a opinar.

Tío Rosendo había vislumbrado en el matrimonio la llegada de una vida mejor, imaginando que tal vez la viuda suavizara sus bruscas maneras. Pero su mujer fue desde el principio la que mandaba; delante de todo el mundo, le ponía en ridículo y todo lo que hacía le parecía mal. Después de varios años de casada, la viuda seguía tan virgen (si es que alguna vez lo fue) y tan viuda como el primer día.

Decían por la aldea que al morir su primer marido la viuda había tomado una cruel determinación. Ya que no podía estar con el hombre al que de verdad amaba, no sería de ningún otro. Se prohibía para siempre el matrimonio y para ello qué mejor que contraer matrimonio con el más bobalicón de la aldea, es decir: tío Rosendo.

Con el tiempo, él se cansó de estar en casa con ella, suspirando por el marido muerto y los hijos que no llegaban (¿cómo iban a llegar?), y se aficionó a la taberna. Empezó a emborracharse todas las tardes y entonces muchas cosas reprimidas en él se liberaron.

Algunos días, después de que Saladina acabara en la consulta del señor Tiernoamor, las Inviernas se pasaban por la taberna. Al verlas allí, tío Rosendo se acordaba de don Reinaldo y se ponía a evocar viejos tiempos. Decía con añoranza que su abuelo fue uno de los mejores amigos que tuvo y que la aldea sin él ya nunca fue la misma. A medida que iba hablando se le soltaba la lengua y las Inviernas notaban que los demás danzaban a su alrededor y le mandaban callar propinándole golpecitos en el pescuezo o haciéndole gestos.

Un día contó cómo sanó don Reinaldo a un señor de «su propia infancia». El pobre hombre no paraba de renegar. Desde que se levantaba hasta que se acostaba renegaba de todo: de su madre, de su mujer y de sus hijos, del trabajo, del vino que le servían en la taberna, de la lluvia, de las flores y del sol. Cuando don Reinaldo llegó a su casa, se quitó la chaqueta de pana y se metió en la cama con él. Pasó allí la noche, acompañándole con las voces, las pesadillas y los sudores, y a la mañana siguiente el hombre se sentía mucho mejor.

—¡Oh, era una bellísima persona! —añadía tío Rosendo—. No se merecía lo que pasó. Fue el que verdaderamente ejercía de médico de todos, hasta que le acusaron de curandero y también de bolchevique. Pensaba que la riqueza estaba mal repartida y que era una injusticia social no ayudar a los más necesitados... Eso era todo. Don Reinaldo salió de la cárcel con una gran ansiedad, se sentía perseguido por todo el mundo, nunca comprendió el motivo por el cual le habían metido allí. Ese miedo le trastornó la cabeza. Empezó a hacer cosas raras... Fue entonces cuando...

De pronto, el tabernero subía el volumen del televisor.

—... como digo —proseguía tío Rosendo intentando que su voz se oyera más que la del locutor de la televisión—... pero también por entonces le dieron una paliza al pobre Tristán. Yo no sé... Llegaban aquellos pistoleros dando voces y pegando tiros al aire. De eso no se libró nadie.

No eran las siete pero, llegados a este punto, alguien le tiraba de la silla y adelantaba la caída.

Pum.

Poco después saltaba a tierra desde su carro, ligeramente encorvada, la viuda de Meis.

Capítulo 18

-¡T e dejé bien claro el primer día que no comieras ni ajo ni cebolla, Saladina! — protestó el señor Tiernoamor—. Es lo único que te pedí...

Últimamente, las visitas a la consulta del mecánico dentista, que comenzaron siendo breves —el tiempo exacto de hacer el hueco, insertar el diente, sujetarlo al hueso con cemento y suturar la herida de la encía—, se habían ido prolongando. Después de acabar con el trabajo, se quedaban charlando en la consulta y la conversación se fue haciendo cada vez más expresiva y personal. Como anestesia no tenía, el mecánico dentista utilizaba un aguardiente de hierbas del país, así que cuando Saladina se levantaba de la silla era otra mujer. Lejos de sentir molestias o dolor, le giraba la cabeza y sentía regocijo y atolondradas ganas de bailar.

Tenían puntos de vista comunes en muchas materias y Tiernoamor, además de ser simpático y mañoso, resultó ser un tipo con mundo y cultura. Saladina le hablaba del tiempo que pasaron en Inglaterra, de cómo eran allí las gentes, de cómo se vestía, de lo que se comía y de los estrenos que habían visto. Le contaba que allí nunca había tenido que trabajar pues vivía con su amante en una mansión, que había sido la actriz principal de dos películas y que se la habían rifado para ser protagonista de una tercera, papel que no había podido aceptar porque justo estalló la guerra; él la miraba con ojos grises y penetrantes.

A Saladina le gustaba la compañía de aquel hombre; había en su personalidad algo misterioso y reticente que le hacía interesante. De él, por ejemplo, era imposible conseguir una respuesta concreta. «Ya veremos», «ya se hablará». Ante la pregunta directa de cuánto le iba a costar el arreglo de la boca, contestaba con «oh, no tanto» o «tanto como te dije el otro día».

Un día, Saladina se atrevió a preguntarle por qué no se había casado nunca. Sabía por tío Rosendo que el mecánico dentista era muy discreto con su vida privada y que aquello era algo de lo que no le gustaba hablar. Tiernoamor contestó que había cosas que simplemente «eran» o «no eran» y no tenían explicación: ¿por qué casa el lacón con los grelos y no el pescado con el queso? «¿Pescado con queso?». Aquellos razonamientos disparatados eran lo que más atraía a la lúgubre Saladina.

Porque Tiernoamor tenía, entre otras muchas cualidades, mucho sentido del humor. A veces desaparecía de la consulta y se internaba en la penumbra de la casa. Al rato volvía a aparecer disfrazado de cura, de cabaretista, de monja o de soldado. Ropa casi siempre ajustada y oscura que marcaba el bulto enorme de su masculinidad.

Jugaban a eso. Tiernoamor desaparecía y Saladina tenía que adivinar el disfraz que traía puesto. En general, al mecánico dentista le gustaba mucho la ropa. Saladina conservaba unas medias de seda, muy atrevidas, que había conseguido hacía años en Inglaterra y que llevaba a la consulta sólo para llamar su atención. Cuando ella le

contó que en Inglaterra las mujeres se hacían ropa interior con los restos de los paracaídas de pilotos enemigos derribados, por poco se vuelve loco.

Un tema delicado era el de su participación en la guerra civil española. Había formado parte de los maquis, aquel batiburrillo de barbudos huidos que a partir de 1940 resistieron agazapados por los montes de Galicia, subsistiendo a base de moras, calditos hechos con huesos de animales y agua de los riachuelos. Saladina no hacía más que sacar el tema, sin imaginar qué rabia le daba a él oír la palabra «maquis». De hecho sí lo imaginaba (tío Rosendo de nuevo), pero la traía al paio. Le atraía el hecho de que él hubiera formado parte de ese grupo de hombres tan viril y resistente. En cuanto tenía oportunidad, volvía a preguntarle por qué ya no subía a los montes para llevar a sus compañeros mantas o algo de comer.

Saladina volvía a casa achispada, de excelente humor, y a Dolores, acostumbrada a su carácter avinagrado, le gustaba —y le desconcertaba— verla así.

En realidad, desde que había empezado a ir a la consulta del dentista, su hermana había engordado y tenía mejor aspecto. Se levantaba al amanecer y mientras silbaba rimas infantiles aprendidas en Inglaterra, iba de un lado a otro de la casa con nuevos y briosos aires, desplegando una actividad frenética. Tan pronto construía una leñera como fregaba el establo, vaca incluida, asperjaba los geranios, cocinaba o iba al río a pescar truchas...

Pero Dolores sabía —y esto es lo que no acababa de convencerla— que los periodos de buen humor de su hermana duraban poco y, por lo común, daban paso a un humor lúgubre y sombrío.

Hasta ese momento, Saladina no había estado enamorada. Ni siquiera había sabido entregarse. Tenía sus razones: salvo por Dolores y tal vez, en su día, su abuelo, no había sido amada por nadie. Como consecuencia, había construido en torno a sí misma un muro sin fisuras ni apegos conocidos: en Inglaterra había aprendido que eso hacían todos, y que sin duda era lo más práctico para subsistir.

Pero ahora, tras haber descubierto el placer de «sentirse enamorada» (porque con el tiempo estaba descubriendo que lo estaba, oh, sí, locamente, del señor Tiernoamor), parecía desenvuelta y mucho más independiente. Le gustaba, además, comprobar si los demás también se sentían como ella.

—Tío Rosendo, ¿tú, por la mañana, cuando ves a tu mujer, tienes mariposas revoloteándote en el estómago? —le preguntó un día al maestro cuando se lo encontró de camino al monte. Tío Rosendo le contestó que lo que sentía eran polillas.

O a don Manuel, el cura:

—Padre, usted ama a Dios, ¿no es cierto?

—Pues claro, hija, qué tonterías tienes.

—¿Y no tartamudea usted al hablar con Él? ¿No ruge y se remueve por dentro?

El cura desapareció sin contestar.

O a Tristán, el criador de capones, un día en que lo vio en la taberna:

—¿A ti no se te pone la piel de gallina al ver a una mujer que te gusta?

Y al llegar a casa elaboraba una lista de palabras asociadas al sentimiento: mariposa, ¿polilla?, piel de gallina, tartamudeo y rugido de león.

A estas alturas, era toda una experta en listas, y las tenía de todo tipo: listas de amigos y enemigos, lista de la compra, lista negra, lista de tareas pendientes, lista de los zapatos que no tenía, lista de actores con y *sin* Oscar. Era como si su caótica y asustada mente necesitara ese orden absurdo que sus listas le ofrecían. A través de las listas, ella ya era la que quería ser.

Pero ese día, en la consulta, Tiernoamor no tenía ganas de conversación y estaba muy arisco. Estaba empeñado en que Saladina había comido ajos o tal vez cebollas.

—Te juro por mi madre que no.

El mecánico dentista, que en ese momento pulía una pieza, la miró por el rabillo del ojo. Saladina tenía las mejillas encendidas y los ojos febriles. Como había ido caminando a través de la fraga, su falda había levantado de entre la hierba numerosas mariposas e insectos que ahora traía prendidos del pelo como horquillitas brillantes. Tenía la respiración agitada.

—Sí tal. Comiste. Lo supe desde que te vi, o más bien desde que «te olí» avanzando por el camino.

El mecánico dentista se dispuso a preparar el cemento con cara de mal humor. Saladina le miraba pensativa. Pensó que Tiernoamor tenía un rostro muy musculoso. También se dijo que debajo de esa tensión estaba agazapada la mentira y que cuando sonreía la expresión de los ojos no le cambiaba en absoluto.

Se atrevió a decir:

—Es por eso del titanio, ¿verdad? Ayer dijeron por el televisor de la taberna que se está agotando. Tú no te apures, hombre, ya encontrarás otro material para hacer los dientes. ¿Te falta alguna pieza de las mías? Puedo esperar...

Tiernoamor la miró y guardó silencio. Unas mosquitas se desprendieron del cabello de Saladina y comenzaron a revolotear en torno a su cabeza. El mecánico dentista dijo:

—No es por eso. Me faltan tres piezas. Pero ya las conseguiré. Estoy... estoy esperando que llegue el material...

—Entonces es porque aún no te pagué, ¿verdad, Tierno? ¡Es que no me has dicho lo que me vas a cobrar por el arreglo!

Tiernoamor se movió bruscamente, como agitado.

—A ver ahora como trabajo yo con esa cochambre de ajos que traes en la boca... Apestas, Invierna.

Saladina se puso triste.

—¿Por qué me tratas así? Y, sobre todo, ¿por qué me llamas así? Tengo un nombre...

Tiernoamor levantó los ojos hacia ella. Dejó el cuenco con el cemento sobre la mesa de mala gana. Le dijo:

—La verdad es que no sé por qué te llamo así: muchas veces la lengua es más

lista que las palabras... Mira —añadió—, ya que has venido, te voy a poner la pieza de hoy, pero para las tres restantes tendrás que esperar...

Así que aquel día Saladina tuvo que escuchar, con gran pesar de su corazón, que no le volvería a ver hasta que Tiernoamor la avisara.

Capítulo 19

Al atardecer, arrullada por el *chuc, chuc* de la Singer, cada vez con más frecuencia, ahora que estaban asentadas en la aldea —y sobre todo desde que su hermana era más independiente—, Dolores sentía un hervor en los riñones; tenía el palpito de que algo grande estaba por llegar.

No sabía muy bien qué era aquello, a veces lo confundía con una cierta sensación de incompletud.

Tal vez, se decía, fueran sólo tonterías de mujer.

Otras veces, sin embargo, pensaba que lo que esperaba ya estaba allí, junto a su hermana, la vaca Greta y su vida sencilla, bajo las estrellas y el cielo, en la casa con higuera de Tierra de Chá.

Fue al amanecer de un día caluroso cuando aquello que sentía empezó a cobrar forma. La tierra exhalaba un olor húmedo y las chimeneas alentaban un humo blanquecino. El campo resonaba con el canto de los insectos y los crujidos de la hierba. Había llegado el tiempo de cortar el maíz y de rapar las ovejas. Dolores salió al huerto para dar de comer a las gallinas. La ventana de la cocina estaba abierta y la radio puesta. Entonces irrumpió la voz del locutor que dio la noticia. La noticia que le desbarató la rutina; la noticia que quebró la monótona seguridad a la que las dos hermanas se habían acostumbrado desde su llegada: Ava Gardner, la famosa actriz estadounidense, «el animal más bello del mundo», vendría a España para filmar una película; en breve llegaría a Tossa de Mar para rodar *Pandora y el holandés errante*.

Decía el locutor que era una buena noticia, pues la película daría trabajo a mucha gente de la localidad costera. «Ava Gardner viene a España...», les dijo la Invierna a las gallinas.

Se encogió de hombros y siguió lanzando mendrugos de pan.

No volvió a pensar en ello hasta caer la noche.

Regresó su hermana de la taberna y subieron a las bestias al monte. Por la tarde estuvo cosiendo el dobladillo de un vestido —un encargo de una familia de Santiago que las Inviernas tenían todos los años—, fueron a la fraga a recoger leña menuda, hicieron confitura de higos, escucharon la novela, cenaron y se prepararon para dormir.

Pero antes de meterse en la cama, mientras se ponía el camisón, Dolores notó que un escalofrío le recorría la espalda; le escalaban arañitas por los huesos, le subían por la columna vertebral hasta el interior de la cabeza.

No quiso darle mayor importancia.

Pero, una vez tumbada, no paró de dar vueltas y más vueltas. No pegaba ojo. Pestañeaba como una gallina. Por fin se sentó a la orilla de la cama de su hermana y se puso a contemplarla en la penumbra. Pensó que Saladina dormida era aún más fea

que despierta.

—Oye, Sala —le susurró al cabo de un rato cuando vio que abría los ojos—. ¿Tú sabes dónde está Tossa de Mar?

Saladina, que de geografía no tenía la menor idea, tardó un rato en contestar. Por fin dijo:

—Pues dónde va a estar, cacho ignorante, junto al mar, su propio nombre lo indica. Tossa-de-Mar.

Quedaron en silencio. Dolores volvió a su cama y se cubrió con las mantas.

De pronto, Saladina volvió a emerger de su sueño.

—Háblame claro —graznó desde su cama—, ¿a qué viene esa pregunta en medio de la noche?

—No hay nada que hablar —dijo la otra, atemorizada, bajo la manta—. Se me ocurrió preguntarte. Se me ocurren cosas, tengo cerebro, no soy una gallina...

Permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad. La casa estaba en calma y de la trampilla abierta ascendían vaharadas de humedad. El olor del estiércol la reconfortó.

Oía los latidos de la sangre que le zumbaba en los oídos.

La vaca Greta Garbo mugió lánguidamente en el establo.

Pero esa misma noche, mientras dormían, creció un mar en la habitación de las dos mujeres.

Capítulo 20

Era un mar parecido al que Dolores conocía de las costas inglesas, o de Coruña, o tal vez del puerto de Santander, en donde fueron abandonadas con las maletas de cartón, aunque extraño, porque por él picoteaban las gallinas y vivían actores y actrices de Hollywood, Greta Garbo, Frank Sinatra con su poderosa voz, Audry Hepburn con su delgadez, Clark Gable, el «rey de Hollywood».

Durante los días posteriores, mientras se ocupaba de sus tareas cotidianas, Dolores lo oía, inmenso y poderoso, cada vez más cercano, convirtiendo su propio mundo en un lugar estrecho y aburrido, un océano arrastrándose hacia ella, llamándola, ¿has oído decir que viene Ava Gardner a España?

¿... a España?

¿... Ava Gardner a Españaaaa?

A veces, el mar era como un maizal, olas que vienen, olas que van. Dolores se encontraba en medio. Olía a sal, le olía la ropa y le olía el cabello.

La cabeza se le llenaba de arena, burbujas y gallinas. Se quedaba dormida con ese aroma y despertaba oyendo sollozos en su propio pecho, el oleaje profundo y grave del mar.

Ella era el mar.

Capítulo 21

Desde que a Dolores se le cayó el plato con el pienso al ir a rescatar a su hermana, las gallinas no hacían más que picotear bajo la higuera. Se ponían muy pesadas; no salían de allí en todo el día, y aquello se había convertido en una charca pestilente de excrementos, tierra, piedras, plumas y pitanza, en donde, además, las gallinas no paraban de propinarse picotazos entablando entre sí peleas salvajes.

Se palpaba una violencia, una agresividad extraña y gratuita, hasta tal punto que un día una de las gallinas apareció muerta; y desde entonces, por algún motivo, habían dejado de poner huevos.

Lo comentaron en la taberna y todos les recomendaron ir a hablar con Tristán, el criador de capones, que también tenía mucho oficio de gallinas.

Tristán era un tipo alto y taciturno. Tenía una casa magnífica junto a la fuente de un solo caño, y ventilaba sus días junto a sus aves, muy tieso, callado y solo.

Las habitaciones de la planta de abajo estaban enteramente dedicadas a las gallinas, que campaban a sus anchas con ínfulas de propietarias. En el piso superior, en una estancia con paredes cubiertas de una suciedad tan adherida que apenas dejaba ver las molduras y relieves, estaban los capones inmovilizados en jaulas, a los que cebaba con *amoados* para venderlos en las ferias. Tres veces al día, a las nueve, a las tres y a las ocho, Tristán subía pesadamente la escalera, abría las jaulas y les metía en el pico un bollo de pan y maíz triturado, mojado en agua y vino blanco.

Los capones más jóvenes reclamaban bolas más blandas y los mayores solían mudar de pluma, así que Tristán estaba siempre ocupado. Por no hablar de las navidades, periodo en que tres o cuatro veces al día tenía que emborrachar a los capones con una copita de coñac con el fin de que la carne resultara más sabrosa.

El capón es un animal desmañado, bobo y colérico, y no había duda de que el propio Tristán se había contagiado de ese carácter. Además, a fuerza de vivir rodeado de estas aves en una habitación pequeña, el caponero había llegado a parecerse físicamente: ojos turbios, papada, las uñas de las manos largas y afiladas, gordo y poco deportista, con la piel amoratada y un pelillo corto por todo el cuerpo.

Tristán y sus capones parecían de la misma raza.

Todo el día sentado junto a las jaulas, en silencio para no molestar a los animales, o con música de Chopin para engordarles, empezó a desarrollar manías y a volverse huraño y solitario. A las pobres aves les metía en el pico la bola y si la escupían las abofeteaba y las insultaba. Los capones agachaban la cabeza aterrados y huían a una esquina de las jaulas. Entonces Tristán tenía que meterse dentro, a cuatro patas, para tirar de ellos. Volvía a meterles la miga y los capones escupían. Tristán los abofeteaba y a continuación estallaba en denuestos.

Así ventilaba la vida.

De él se decían muchas cosas: que alimentaba a los capones con cianuro, que

mataba el gusanillo de la depresión bebiendo el coñac que en realidad estaba destinado a las aves, que dejó morir a su madre para cobrar un seguro y que así se compró la casa de Tierra de Chá, pero que, a cambio, había heredado la obligación de atender el negocio de las aves, que en realidad nunca le había gustado...

Habladurías.

—Las gallinas, de tan imbéciles que son, son listas —explicó Tristán sin levantar la vista, introduciéndole una bola de miga de pan a uno de los capones por el pico, cuando las Inviernas fueron a verle a su casa para exponerle el problema—, os quieren dar a entender algo. Si llevan días picoteando por ahí no es sólo por el pienso caído. Algo se cuece bajo la higuera que vosotras ignoráis.

Quedó en ir a echarles un vistazo a las gallinas cuando pudiera; su trabajo apenas le permitía ausentarse.

Una vez en casa, Dolores salió con una escoba y se decidió a barrer la zona de la higuera. No habían pasado ni cinco minutos cuando la escoba chocó contra algo duro. La Invierna se agachó para mirar. La tierra estaba ya muy removida, así que tuvo que escarbar poco. No, no era una raíz; tampoco una piedra. ¿Qué hacía eso ahí? ¿Era uno de los tesoros procedentes de Cuba de los que hablaba su abuelo en las noches frías de invierno?

Con el pálpito de que allí había algo importante, cogió una azadilla y llamó a su hermana.

Las Inviernas se pusieron en cuclillas para observar. Permanecieron con la vista fija en el suelo, en silencio, durante unos minutos. A continuación se pusieron de pie. Se abrazaron. Volvieron a hincarse de rodillas en el suelo.

—¡Por el amor de Dios, vamos a ver qué hay dentro! —chilló una de ellas.

—¡Tengo miedo! —dijo la otra, bailando sobre el mismo sitio.

—Yo también.

La Invierna Saladina se inclinó para escarbar con la azadilla. Pero de pronto se detuvo.

—Estamos removiendo el pasado —dijo—. ¿Crees que merece la pena, después de todos los sacrificios que hemos hecho para estar aquí? Llevamos ya un tiempo y nadie sospecha nada de *lo nuestro*..., no merece la pena. Además, lo que hay aquí no es tuyo.

—¡Ni tuyo!

La primera se abalanzó sobre la otra. Forcejeó para quitarle la pala. Pero la otra se defendía y se arrojó sobre ella como si fuera una pantera. Durante unos minutos, forcejearon sobre el suelo. Por fin Saladina se hizo con la azadilla y volvió a ponerse a cuatro patas. Se sacudió el polvo. Quedó jadeante, los cabellos retorcidos y revueltos, como pequeñas serpientes sobre los ojos. Volvió a cubrir con tierra lo que habían encontrado. Dijo casi sin aliento:

—De esto, ni una sola palabra a nadie.

Dolores jadeaba.

—¿Me oíste?

Capítulo 22

Fue entonces —pocos días después de haber estado escarbando bajo la higuera— cuando tuvo lugar el primero de una serie de sucesos más o menos concatenados que pusieron la aldea patas arriba.

La cosa empezó cuando murió Ramón en el establo de las Inviernas. Pero a nadie se le ocurrió pensar que lo que ocurrió aquel día era sólo el principio de todo lo que vendría después, que las cosas, como las personas y los animales, sólo ansían reposo eterno, y que mejor hubiera sido no haber removido las turbias tierras del pasado.

Ramonciño había anunciado que volvería a Tierra de Chá, y así fue. Durante el primer permiso que tuvo como marinero, se pasó por la taberna. Allí se encontró con el señor Tiernoamor, que preguntaba con interés a don Manuel si Violeta da Cuqueira había vuelto a bajar a la aldea.

—¿La bruja? —dijo el cura—. Dios nos libre... Si viniera es para anunciar una muerte.

A continuación preguntó el mecánico dentista si la vieja de Bocelo se había muerto de una vez.

—¡Qué se va a morir, oh! —comentaba el cura—, ¡ya lo dije yo! Subir el monte para luego bajar. ¡Soy el nuevo Sísifo! En lugar de una roca, cargo con los santos óleos. Condenado para el resto de mis días...

Tiernoamor no sabía quién era Sísifo ni le importaba un carajo; se removió en su asiento. Preguntó cuántos años tenía la vieja.

—Unos cien —calculó el cura.

—Ya... —contestó Tiernoamor—. ¿Y no convendría administrarle algo a esa matusalén...?

El cura le miró horrorizado.

—¡Nadie se va hasta que no le llegue la hora y cuando le llega la hora, se va! ¿Desde cuándo tienes tanto interés por las ancianitas?

Pero Tiernoamor agachó la cabeza, terminó su vino de un trago, se limpió el bozo y no dijo nada más.

Así se enteró Ramonciño de que la vieja de Bocelo andaba por la aldea, toda piel y huesos, diciendo que muy pronto tendría el papel sobre la venta de su cerebro que, según decía, era grande como la catedral de Santiago. También supo que todos y cada uno de los habitantes debían de tener su contrato de compraventa firmado por don Reinaldo.

Estuvo haciendo averiguaciones y a la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, se presentó en la casa de las Inviernas.

Dolores estaba sola. Saladina había amanecido con la boca alborotada. Ya desde la tarde anterior la dentadura estaba rara. No comía, devoraba; parecía arrebatada por un torbellino que trituraba los alimentos y los hacía desaparecer por el gaznate, para

volver a buscar y comer.

De nada servía tratar de apretar los labios, llamar a su hermana para que retirase de la vista los chorizos y el pan. El cuello, los brazos, el tronco seguían a remolque del impulso de la boca; si Saladina se esforzaba por mantenerla cerrada, corría el peligro de morderse la lengua, y las veces que acudió su hermana, recibió feroces dentelladas. Otras veces la boca se quedaba quieta, haciéndose la muerta hasta que de repente, zas, se abría y se cerraba o se echaba a reír como una loca.

Así que, a pesar de que Tiernoamor le había dado órdenes estrictas de no volver a la consulta hasta que él mismo la avisara, a Saladina no le quedó más remedio que acudir.

Sin que nadie lo hubiera invitado a entrar, Ramón empujó la puerta, se abrió paso entre las gallinas y se sentó en una banqueta. En la cocina ardía un buen fuego y sobre él, en una olla, hervía el desayuno. Colgaban, junto a la lareira, entre ristras de chorizos y morcillas, camisas y bragas húmedas, puestas a secar. Sobre la paleta y las tenazas se reflejaba la luz del fuego.

Mirando a su alrededor y respirando el olor de esa casa, Ramón sintió por primera vez en muchos años el zarpazo de la añoranza. Un olor en el que se distinguían las cosas que lo producían. El olor del chorizo que colgaba de la lareira, el de la bestia que dormía un poco más allá, en el establo, el de la lejía con que su madre limpiaba los suelos.

¿Tanto tiempo había transcurrido desde que acudía allí cada tarde con ella? Veinticinco años. Pero veinticinco años no eran nada, porque le parecía que fue ayer cuando las mujeres de la lareira le hacían bromas y le acariciaban los cabellos, cuando su madre se desabotonaba la camisa para sacarse los pechos y darle de mamar.

Al hablar de las gentes y de las historias que se contaban allí en invierno se le quebraba la voz. Luego, cuando recordó que allí mismo le destetó su madre a los siete años, se echó a reír. Sin poder dominarse se cubrió la cara con una mano, carcajeándose con una risa nerviosa y a ratos estremecedora. Reía o lloraba; por mucho que le miraba, Dolores no consiguió averiguarlo.

Por fin Ramón se limpió las lágrimas. Volvió a aspirar el olor. De pronto dijo:

—A mí madre también le compró mi cerebro. La muy bruja guardó el dinero, sin decirme dónde estaba, hasta que se murió. Me lo dijo Tristán, el caponero. Aunque de mi madre se podía esperar cualquier cosa...

Se atragantó con una risotada descarada que hizo volar a alguna gallina. Pero las lágrimas seguían rodándole por las mejillas.

Luego, sin venir a cuento de nada, y en un tono renovado, comenzó a hablar de su amigo Tomás, el pescador de pulpos y fanecas de Ribeira:

—Pues hace mucho que no veo a Tomás, la verdad. Y en la Compañía nadie sabe nada de él... Ni siquiera ha venido a recoger la paga. Están muy extrañados.

¿Tomás? La Invierna Dolores se puso súbitamente en pie. No sabía quién era

Tomás. Ya le habían explicado que en Ribeira estuvieron poco tiempo. Demasiada humedad para los huesos. Nos gusta más Coruña, que es ciudad ciudad, con calles, farolas, automóviles, comercios por donde flota el perfume de las señoras y el tabaco de los caballeros. Pero ahora estamos aquí: hombres lobo, fantasmas y ánimas en pena. También esto es muy bonito. ¿No le apetecía tomar nada?

—Leche —dijo Ramonciño con rotundidad, como si ya llevara la respuesta ensayada.

—Leche —dijo Dolores, chocándose contra sus piernas al girar, los brazos rígidos en el aire, mirando a un lado y a otro—. Pues...

En ese momento se oyó un canturreo lejano, una voz todavía indescifrable pero ciertamente familiar, procedente de la huerta. Miró por la ventana y vio acercarse al señor Tiernoamor cargando un bulto a las espaldas. Siguió mirando con atención: el bulto era el adefesio de su hermana.

¿Qué hacía Saladina pegada a la chepa de Tiernoamor, riendo y cantando, la muy hija de su mala madre?

Al abrir la puerta, él se desembarazó de la carga bruscamente. Saladina cayó al suelo sin dejar de cantar *ten green bottles* y de reír a trompicones, soltando mocos por la nariz.

—¿Qué le hiciste a mi hermana? —preguntó Dolores, horrorizada.

El mecánico dentista explicó con timidez que no había hecho nada que no fuera lo de siempre: darle un poco de aguardiente a modo de anestesia. Se conoce que Saladina no había desayunado y...

—¡Matasanos! ¡No deberías estar arreglando bocas! —chilló Dolores, enfurecida—. ¡No tienes titulación!

—¡Titulación, hum-hum! —comenzó Saladina desde el suelo, retorciéndose de la risa—. ¡Titulacióooooooooon, hum-Tierno-green, green bottles, ayay-hum-titulación hanging on the wall!

Dolores despidió al mecánico dentista, que, contrariado por el desaire, salió huyendo por el carreiro a toda velocidad, ligeramente ladeado. Luego ayudó a su hermana a meterse en la cama. Saladina subió las escaleras sin dejar de cantar, hum-Tiernoamor-ayay-hum, tituuuulación.

Una vez acostada su hermana, la Invierna se dispuso a atender —o más bien a despachar— a Ramón, que seguía esperando, divertido por el espectáculo que acababa de contemplar, a que le invitara a un vaso de leche.

Explicó la Invierna que leche no había pues la vaca estaba sin ordeñar, era la hora, y entre una y otra cosa, uf, ¡Jesús!, no he podido, ¿no oyes los mugidos? No, Ramón no oía los mugidos. Pues justo cuando tú viniste, me disponía a ordeñarla. Leche no hay pero te podemos ofrecer anís. A Saladina, se apresuró a explicar Dolores entre risitas nerviosas, el médico de Coruña para curarla de un flato le recetó anís, y mira tú, habiéndole tomado gusto al remedio, se aficionó a la bebida. Ya acabas de ver... Ramonciño no rio la gracia. Estaba absorto en sus pensamientos. De

pronto dijo:

—Quiero el papel. Puedes ir buscándolo porque a eso vine...

Se levantó bruscamente y añadió que, mientras la otra le buscaba el contrato de compraventa de su cerebro, iba a ordeñar la vaca él mismo, le traería buenos recuerdos.

Era temprano. Una mañana luminosa, próxima al verano. Humo sobre los tejados. Tañer de campanas. Últimamente caían con frecuencia fuertes aguaceros que las obligaban a permanecer en casa. Pero ese día el campo estaba tranquilo. El sol tenía ese fulgor que muestra después del temporal, estando el aire limpio y fresco. De vez en cuando se oía el canturreo de Saladina, mezclado con los sollozos, aunque cada vez más tenue y amortiguado; por fin parecía haberse quedado dormida.

A través de la ventana, Dolores vio a Ramón hurgar en el cobertizo. Entre el arado herrumbroso y los aperos, buscaba algo. Lo vio volver a entrar con dirección al establo, el cubo golpeándole la rodilla.

De niños, antes de que estallara la guerra, las Inviernas y Ramonciño habían sido amigos de juegos. Aunque él era unos años menor, juntos iban a la fraga a buscar genciana y mariquitas, hacían rabiar a los burros tirándoles de la cola y se bañaban en el río. En invierno, cuando hacía mucho frío, les gustaba meterse en los establos de la aldea, sobre todo en los grandes, y tumbarse sobre el lomo de las vacas. Los tres estaban necesitados de calor y las bestias se lo daban. A veces permanecían tumbados sobre los lomos de las vacas hasta que amanecía.

La madre de Ramonciño, Esperanza a la Puerta de Nicolasa, había sido la criada del abuelo. Desde que don Reinaldo desapareció, no había vuelto a encontrar trabajo y vivía de lo que la gente le daba como limosna y de unos paños de crochet que confeccionaba ella misma y que vendía en las ferias y romerías. El hijo había crecido sin apenas recibir educación, y cuando cumplió los dieciséis, se marchó a Coruña y se embarcó en el primer navío que le ofreció trabajo.

Entró Ramonciño en el establo y la Invierna subió al dormitorio a ver cómo se encontraba su hermana. Saladina no estaba dormida pero sí más serena, así que Dolores aprovechó para explicarle que tenían visita en casa, Ramón, Ramonciño, y que ahora estaba en el establo tratando de ordeñar la vaca.

—Estaba segura de que iba a besarme cuando me tenía cogida, y me estaba muy quietecita y muy pegadita, pecho contra espalda, paralizada, Dolor, sin mover ni un pelo para que nada ni nadie echara a perder ese instante —dijo Saladina, agarrada al embozo de la sábana.

Dolores la miró con desesperación.

—¡Qué me estás contando, bruta!, ¡borracha! ¡No quiero oír hablar más de ese matasanos! ¡No ves que está Ramón en la casa!

Saladina quedó muda. De pronto pareció haber emergido de su ensoñación. Saltó de la cama y dijo:

—¿Ramonciño? ¡En la casa!

La ventana estaba abierta y entraba el aire fresco de la mañana. A lo lejos, dobladas sobre la tierra, un grupo de mujeres trabajaba en las eras. Cavaban la tierra y cortaban la hierba con el azadón. El aire transportaba el hedor del tojo amontonado para hacer el estiércol. Una bandada de cuervos atravesó lentamente el cielo.

Abrieron la trampilla. Ascendió de sopetón el aroma rancio de la peste de la vaca: ahí estaba Ramonciño —ellas le veían a él, pero él a ellas no—, buscando el sitio más indicado para sentarse. Por fin situó la banqueta junto a la vaca. Las Inviernas suspiraron tranquilas al ver que sólo tenía intención de ordeñar. La Greta había despertado; alzó el cuello hacia el cielo y quedó mirando al frente, la boca medio abierta y los ojos pesados, como enfrentada a recuerdos atávicos, exhalando un aliento blanco por los ollares.

Muchos en la aldea decían que Esperanza, la madre de Ramonciño, había muerto de una manera sospechosa. Y que don Reinaldo, que era quien la tenía como sirvienta, había tenido mucho que ver...

No fue así. O al menos Ramonciño no recordaba que el abuelo de las Inviernas tuviera nada que ver con esa muerte. Esperanza a la Puerta de Nicolasa murió una mañana de mayo, haciendo crochet de cinco agujas en el sillón de su casa. El chaval, que comía un bocadillo de chorizo sentado frente a ella, vio cómo a su madre le comenzaron a temblar las manos y se le caía la labor al suelo. El espasmo le recorrió el cuerpo entero, y al llegar a la cara se detuvo en una mueca irónica. Ramón se quedó con los ojos desencajados, los dientes clavados en el pan, tratando de descifrar si la mueca era de risa o de terror. Toda su vida había sido así; una eterna confusión entre las caricias y los coscorriones, la risa y el llanto, el amor y la violencia.

Por fin dijo:

—¡Deja ya de mirarme así! —Terminó de comer el bocadillo y se levantó. Salió de la casa con la convicción de que su madre estaba muerta; lo que nunca supo es si su madre murió de alegría o de pena. Pocas horas antes, él le había anunciado que iba a embarcarse y pasaría dos años fuera, faenando en aguas argentinas.

Ramonciño soltó las ubres de la vaca. No acababa de estar cómodo sobre la banqueta, pues las patas chocaban contra las ramas del tojo. La levantó y volvió a colocarla.

—Algo sospecha... —dijo una Invierna.

—¡Calla la boca! —dijo la otra, y cerró de golpe la trampilla. Comenzaron a girar sobre sí mismas, como hacían siempre que estaban nerviosas.

—¡Voy a bajar!

—¡No bajes, por el amor de Dios!

—¡Sí!

Volvieron a abrir la trampilla. Una de las dos trepó a la grupa de su hermana y se dispusieron a observar. Ramón ordeñaba la vaca.

Cerraron la trampilla y Dolores bajó a toda velocidad al establo. Ramón se volvió al oír ruido. Al ver a la Invierna se levantó y retrocedió unos pasos, asustado.

—Así que te gusta la leche... —dijo ella, lanzándole una mirada intensa.

Pero Ramón no contestó; los ojos de la Invierna irradiaban una extraña luz que le tenía inmovilizado. En esos ojos le pareció ver a Ramón sillas y mesas, mujeres que se caen, su madre haciendo crochet, sentada en un paisaje de escarcha, una mañana de febrero.

En ese momento, la vaca Greta mugió lánguidamente. Se movió y de paso propinó una coz a Ramón, un solo golpe seco, justo en la nuca; quedó tumbado en el suelo farfullando palabras indescifrables sobre la Compañía y su amigo Tomás.

La otra Invierna, que había estado observando la escena desde arriba, también bajó. Entre las dos recompusieron el lecho de tojo y se dispusieron a atenderle. Una sujetó por un pie y la otra por el otro, y le arrastraron escalera arriba hasta el dormitorio. Tumbaron a Ramón sobre la cama. Llamaron al cura y le explicaron lo ocurrido.

Con el cura vino la aldea entera, como era habitual en estos casos. Pero el mal ya estaba hecho: al día siguiente, el joven escupió sangre.

Ocho días después estaba muerto.

Segunda parte

Quizá nos quede sólo un único invierno.

HORACIO,
Carpe diem

Capítulo 1

En principio, no se volvió a hablar más del desagradable asunto de Ramón, son cosas que pasan, accidentes, imprevistos, pero ¡qué joven!, ¿y luego?, mira tú que no tendría ni treinta años, la vida está llena de sorpresas.

Hasta que una tarde el alcalde de Sanclás, parroquia de la que dependía la aldea, se presentó en la casa de las Inviernas acompañado del cura. Venía a traerles recado de que un juez de Coruña quería hablar con ellas.

Ellas no tenían muchas ganas de hablar de las cosas que le interesan a un juez, así que al alcalde y a don Manuel les comentaron que ya irían más adelante: tenían a las gallinas enfermas. No paraban de pelearse y hacía tiempo que no ponían un maldito huevo. Era un asunto que tenían que atender de inmediato.

Cuando el alcalde se fue, el cura se quedó hablando con ellas. Entre insinuaciones y sobrentendidos, les vino a decir que las cosas se estaban poniendo feas, ya había un juez por medio, y él también quería el... el contrato de compraventa de su cerebro. También dijo que no se lo había dicho al juez pero que, mientras le administraba la extremaunción a Ramonciño, éste había farfullado palabras inconexas sobre un tal Tomás. ¿Sabían ellas quién era Tomás? Y dale con el tal Tomás.

No; las Inviernas no tenían ni la menor idea de quién era Tomás.

Por fin, don Manuel abrió la puerta bruscamente. Dijo que ya vendría a por el contrato después, pues ya era hora de comer, que lo tuvieran listo y desempolvado.

«Woolly bear Caterpillar, *vai cajar*», musitaron las Inviernas a dúo, con la vista puesta en la puerta, cuando ya estaba fuera.

Entonces Dolores se puso la toquilla y le dijo a su hermana que iba a la taberna para ver si encontraba allí a Tristán, ¿vienes?

—Tengo cosas que hacer —le contestó Saladina sin dar más explicaciones.

Dolores la miró extrañada. Dijo:

—¿Cosas?

—Cosas —dijo su hermana con aire misterioso, dirigiéndose a la cocina.

—¿Y qué tienes que hacer, si se puede saber?

—Cosas... —volvió a repetir Saladina ya en la cocina, sacando higos de una cesta.

Dolores empezaba a impacientarse. Echó un vistazo a los higos.

—¿Qué haces con eso? Luego dices que te molesta el vientre...

Pero Saladina no contestó. Comenzó a pelar los higos y a lanzarlos a una cazuela con agua. A continuación, destapó el tarro con el azúcar y se dispuso a lanzar puñados. Canturreaba.

—Ya tenemos suficiente mermelada de higos —dijo Dolores.

La otra Invierna siguió con lo que estaba haciendo sin contestar. Por fin, después de revolver los higos y el azúcar en la cazuela durante un buen rato, sin dejar de

cantar alegremente, en vista de que su hermana seguía allí plantada con los brazos en jarras, se volvió para dirigirle unas palabras. Dijo:

—La mermelada no es ni para ti ni para mí. Hay más gente en el mundo, ¿comprendes?

Así que Dolores acabó yendo sola —sola y aturdida— a la taberna.

Pero el caponero tampoco estaba solo; estaba tomándose unos vinos junto a un grupo numeroso de gente que, la vista fija en la puerta, esperaba la llegada de tío Rosendo. Según le explicaron, era un gran día: el maestro había ido a Coruña a enfrentarse a «su instante».

—¿A «su instante»? —preguntó Dolores.

—A su instante —dijeron ellos sin dejar de mirar hacia la puerta.

Aparte de las teorías sobre los laberintos de la mente de su mujer, tío Rosendo tenía otras muchas filosofías que contaba en la taberna. Tenía, por ejemplo, la teoría de que uno es justamente lo contrario de lo que afirma ser, de modo que si uno se empeña en ser tímido, es claramente extrovertido, y si uno pretende convencernos de que sabe mucho, es que sabe poco o, mejor dicho, nada. También tenía la teoría de que los dolores de muelas empezaban los viernes por la noche, y que la pura y sencilla verdad rara vez es pura y nunca sencilla.

Al cura le decía que al principio no era la Palabra sino la Mentira, y que la Mentira con frecuencia suele contener más verdad que la verdad misma.

Pero su teoría estrella era la que tenía que ver con el destino. Todo hombre, decía, dirime su vida, su destino, en un solo instante.

Ese instante solía presentarse de manera imprevista, como los dolores de muela (aunque no necesariamente en viernes por la tarde), pero cuando se presentaba, o uno se entregaba a él y daba todo de sí, o no se volvía a presentar nunca más.

Su instante llegó por fin el día en que tenía que ir a examinarse para convalidar el título de maestro de ferrado. En realidad, nunca había tenido gana de convalidar el título, ahora que nadie ponía en duda en Tierra de Cha que era el maestro, pero aceptó la oportunidad con la resignación con la que se aceptan las cosas ineluctables. Puso un cartel en la escuela «Cerrado por Obligación» y se retiró a su casa para prepararse.

Estuvo nervioso durante muchos días, pero la semana anterior a la prueba fue un tormento. Preparaba aquel examen como si le fuera la vida en ello. En la taberna, por las tardes, contaba a todos que no paraba de estudiar con libros, aunque la viuda de Meis desveló que no era verdad, que se tiraba el día alelado, mirando por la ventana. Últimamente la gente no hacía más que preguntarle por el tema. Le decían que no tenían duda de que lo aprobaría, y le daban palmaditas en el hombro. A él esas muestras de afecto le daban dolor de estómago.

Y por fin llegó el día.

Ese era el día en cuestión.

Las Inviernas lo habían visto subir a primerísima hora de la mañana en dirección a la plaza para tomar el coche de línea, embutido en una chaqueta de pana y con una camisa limpia de cuello duro, resoplando. «Ahí va el maestro», se dijeron mientras lanzaban el pienso a las gallinas: «Sí, ahí va».

Durante todo el día, se había ido congregando la aldea para esperarle. Y justo un poco después de que llegara Dolores a la taberna, bajaba él muy circunspecto por el camino.

—¡Viene! —voceó alguien junto a la puerta de la taberna.

Corrieron todos disimuladamente hacia la barra. Enseguida se formó a su alrededor un corro de atentos oyentes. Del examen dependía que sus hijos siguieran teniendo maestro y escuela en Tierra de Cha. Pero era algo más que eso. De hecho, el seguir teniendo maestro y escuela era lo de menos.

—¡Salió lo que se deseaba! —gritó Rosendo a la concurrencia, muy serio, estirando un poco el cuello atormentado por el botón.

La gente suspiró tranquila.

—¡Qué bien!, ¿y qué te preguntaron?, ¿qué? —quisieron saber.

—Primero dad a vuestro maestro algo de beber —dijo él con afectada parsimonia—. Estoy seco.

Le pusieron una taza de vino sobre la barra. Tío Rosendo la vació de un solo sorbo. Los demás le miraban expectantes.

—Pues me dijeron —dijo después de eructar— tres pinos a un peso cada uno, ¿cuánto es...? Y ya se sabe.

—¡Sí, ya se sabe, ya se sabe!, ¡tres!, ¡qué bien!, ¿y qué más te preguntaron?

Tío Rosendo se puso muy serio. Hizo gestos con una mano para que le sirvieran otro vino.

—Pues después... —prosiguió, cogiéndose la barbilla— fue un examen difícil, para qué voy a engañaros, después me preguntaron que de qué podía ser un bosque. Yo contesté que de «árboles» o de «fieras».

Los hombres de la taberna aplaudieron, aullaron de alegría y lo celebraron brindando con vino. Realmente, estaban orgullosos de lo que sabía su maestro.

—¡Muy bien dicho, tío Rosendo, muy bien! ¿Y qué más te preguntaron?

—Después me preguntaron cuánto es siete por siete. —¿Y...?

—Pues yo, que no caí en la cuenta de que habíamos vuelto a las matemáticas, pensando que seguíamos en la geografía, les dije que río Miño.

Se hizo un silencio general. Una mosca se posó en la nariz del maestro. Él abrió el puño, la atrapó y le arrancó un ala.

—Y, claro, ahí me encasquillé...

Soltó la mosca. Todos la miraron caminar sobre el mostrador. Al no poder volar, corría de un lado a otro.

—Bueno, pero aprobaste.

Tío Rosendo hipó dos veces.

—Aprobé.

A pesar de la excitación general y los brindis que siguieron al relato del maestro, la Invierna Dolores consiguió hablar en un aparte con Tristán. Como era habitual, el caponero tenía prisa («tengo que llegar a casa *mucho antes* de lo que tú te piensas»), pero pudo convencerle de que se pasara a echar un vistazo a sus gallinas.

De modo que, a media tarde del día siguiente, se presentó en la casa Tristán, tal y como había prometido, seguido de un capón y de un gallo de polainas blancas. Según explicó, tenía poco tiempo porque tenía que ir hasta Arzúa a vender el gallo; el capón venía con él porque aún era pequeño y dentro de un rato era la hora de la ceba.

Antes de nada, el caponero quiso hacer unas preguntas sobre el asunto que venía a resolver.

—¿Se muestran cascarrabias, vuestras gallinas? —preguntó.

Las Inviernas contestaron que sí; que cuando intentaban apartarlas de la esquina para que comieran y bebieran, se mostraban irritables y no querían ni moverse.

A continuación preguntó Tristán si había gallo en el corral. A lo que las Inviernas contestaron que hacía poco habían metido a un gallo, pero que las gallinas eran cluecas y piñeiras desde la noche de los tiempos, y que los huevos siempre los habían puesto sin la intervención del gallo. Tristán volvió a asentir mientras lanzaba ojeadas al reloj.

—¿Cuánto tiempo lleva ese gallo en el corral? —preguntó entonces.

Varias semanas. El gallo llevaría unas semanas entre el grupo, pues Dolores lo había comprado más o menos cuando Saladina empezó a ir a la consulta de Tiernoamor (Saladina sonrió dejando entrever los huecos de la encía). También dijeron que desde que entró ese gallo, las otras habían dejado de ser limpias. Lo peor era el guano por todas partes.

El caponero se metió en el corral y observó a las gallinas: iba de un lado a otro encorvado, haciendo cocoricos y riquiquies para no asustarlas. Les palpaba de la cabeza a la cola, examinándoles pico, cresta, alas y patas. Al tacto notaba si había alguna excrecencia, pluma o cresta estropeada, les tocaba los buches y adivinaba lo que habían comido. Parecía sentirse bien allí dentro, como si aquél fuera su medio. Pero de pronto volvió a mirar el reloj («tengo que llegar a casa *mucho antes* de lo que tú te piensas») y dijo alarmado que tenía que irse.

En el carreiro, de camino a la feria de Arzúa, se dio de bruces contra el cura. Volvía don Manuel de muy mal humor para reclamar su contrato de compraventa del que las Inviernas parecían haberse olvidado. Pusieron mil excusas, las gallinas, la costura, el requesón... Además, ¡ellas no sabían nada de ese asunto!

El cura dijo entonces que ya volvería; tenían que hablar con calma sobre muchas cosas. También dijo que si tenían pensado ir a misa de siete que no fueran, pues no se encontraba nada bien, ya al bajar por el carreiro había sentido un peso en la cabeza,

un peso que le tiraba hacia delante y que, de estar junto a una ventana, le lanzaría hasta la calle y tal vez hubiera podido hasta arrastrarle por el camino; seguramente se trataba de una gripe.

—¡Oye una cosa! —dijo Dolores cuando se quedaron solas.

—¡Qué! —le contestó su hermana.

—¿Tú crees que *woolly Caterpillar* sospecha algo?

Saladina fue hasta el armario, lo abrió y sacó la caja de retales.

—¿El cura?

—El cura.

—¿De *lo nuestro*, quieres decir?

—Sí, de *lo nuestro*.

Pero Saladina no contestó; de nuevo parecía en otro lugar. Escogía una franela azul mientras musitaba que estaba haciendo un chaleco, quedará bien con esta tela, ¿verdad?, y ¿dónde están mis gafas de coser, Dolor?, ¿las viste tú? ¡Ah!, aquí están, qué tonta. Sacó el carrete, chupó la punta del hilo varias veces y lo enhebró.

Capítulo 2

Julio se eternizaba con la humedad pegajosa de Tierra de Chá, los murciélagos volaban bajo, borrachos de calor y de lujuria, las eras amarilleaban y las cigarras cantaban; las moscas buscaban abrigo en las casas y los bichos se pegaban a la piel de las personas.

Mugió la vaca Greta a las cinco de la mañana.

Saladina abrió un ojo, sacó un brazo de debajo de las sábanas y, movida por la querencia adquirida a lo largo de muchos años, palpó la mesilla para buscar la dentadura. Enseguida se dijo: «¡Qué boba, pero si ya no tengo!». Se puso en pie. Arrastró la bacinilla de porcelana de debajo de la cama y la situó en el centro de la habitación. Se alzó el camisón, flexionó las rodillas, puso el culo en pompa y se dispuso a desaguar. Mientras caía el primer chorro, exhaló un suspiro largo.

El sonido despertó a Dolores, que se mantuvo en postura fetal, haciéndose la dormida o más bien la muerta, la vista fija en el techo desconchado, un elefante, una estrella, una flor. El sol entraba a raudales en la habitación, y durante un rato permaneció así, observando atentamente los detalles y filigranas que la humedad dibujaba en la cal.

Apoyando el oído en la almohada, se entretenía en contar los latidos del corazón. Otro día más. Otro día más en compañía de su hermana. La vaca, el monte, la Singer. Zurcir, barrer, arrancar las telarañas y fregar. Lo mismo que hizo ayer y que haría mañana. Desde hacía un tiempo empezaba a pensar que esa rutina que tanto les había consolado al llegar a Tierra de Chá no era ahora más que una forma de envejecer.

Mientras oía caer el chorro anestesiante de la orina de su hermana se puso a pensar en el cine, y el cine la llevó a Ava Gardner. Ya se olían los vapores de los orines (fatales y cochambre) y no lograba quitarse de la cabeza la idea de que la actriz vendría a rodar a España, y que para esa película buscaban dobles, mujeres altas, con el pelo ondulado, que hablaran inglés. Pensaba que ella haría muy bien de doble justo cuando la meada de su hermana le salpicó la cara. ¿Por qué tenía ella que aguantar esta vida? Se tapó con las sábanas y se volvió. Su hermana chasqueaba la lengua y gemía del gusto contemplando con las piernas abiertas la abundante espuma que flotaba sobre el orinal. Por fin había terminado.

Desde que oyó la noticia, aquella tarde de junio en que les daba de comer a las gallinas, Dolores no había dejado de pensar que ser actriz era lo que siempre había deseado, y que aquella película que se rodaba en la costa española era su oportunidad. De nuevo el chorro como un grifo abierto, las cataratas del Niágara. ¿Pero no había terminado ya?

Volvió a salpicarle, esta vez en los hombros. Qué asco. ¿Es que iba a estar desaguando toda la santa mañana?

Con la excusa de que tenía que ordeñar a la vaca, Dolores se levantó y bajó al

establo. La Greta estaba en un rincón y respiraba tranquila. Sentada en un taburete, con la cara ladeada, descansó la mejilla derecha contra el lomo. Últimamente, la vaca había adelgazado tanto que le asomaban los huesos como el costillar de una galera, y se intuía por su mirada acerada que estaba enferma. Ante esa delgadez, las Inviernas habían buscado miles de excusas, que si estaba vieja, que si hacía demasiado ejercicio subiendo todos los días al monte... Pero la cuestión era otra; en la aldea estaban ocurriendo cosas, y Greta también era víctima.

No sólo en la aldea; algo se había torcido en el universo en el que tan cómodamente habían vivido hasta entonces las dos mujeres. Por el aire flotaban signos de una tensión doméstica y secreta. Ya no eran las discusiones infantiles e inocentes de antes. Vivían juntas, trabajaban juntas, dormían juntas como una pareja de amigas, pero extrañas la una a la otra, cada vez más conscientes de que algo las separaba: entre las idas y venidas al monte, entre riñas y los momentos de cariño, la insatisfacción se enroscaba lentamente en el corazón de las dos mujeres. El universo ya llevaba tiempo torciéndose: o más bien *retorciéndose*.

Todos los días Dolores preguntaba en la taberna si alguien sabía la fecha exacta en que la actriz Ava Gardner tenía previsto aterrizar en España: nada. Nadie sabía nada de ese asunto. Ni siquiera sabían quién era Ava Gardner. Hasta que un día en que Dolores se acercó a por una garrafilla, la dueña del antro, siempre pendiente del televisor, le dijo que habían dicho en el NO-DO que una actriz americana había dejado Nueva York y que ya estaba alojada en un hotel de Londres, preparada para venir a España. ¿Era ésa la actriz por la que les preguntaba el otro día?

Al volver a la casa, Dolores encontró a Saladina comiendo higos en la cocina. Seguía a la espera de que Tiernoamor la llamara para insertarle las piezas que le faltaban. No le había visto desde aquel día que la trajo borracha a casa, así que seguía con los tres huecos en la encía. Esa mañana, aprovechando que su hermana había salido a la taberna, metió en un cesto dos tarros de mermelada casera, unos cuantos higos y el chaleco de franela que ya estaba terminado. Con el cesto en la cabeza, se dirigió a la casa del señor Tiernoamor.

Pero el mecánico dentista no había querido ni abrirle la puerta. Desde la ventana se limitó a gritarle que aún no tenía sus piezas, Invierna, y que ya la llamaría. «¿Puedo pasar un rato, Tierno?», dijo tímidamente ella. «Te traigo unos regalos». «Estoy muy ocupado», fue la respuesta. Y luego cerró la ventana.

Saladina volvió a casa con el cesto en la cabeza y se metió en la cocina. Comía higos sin pensar en nada cuando entró su hermana. Los sacaba del cesto, les arrancaba el rabo con la encía y lo escupía al suelo. Luego se los metía enteros en la boca y, sin apenas masticar, se los tragaba.

Su hermana los veía descender por el gaznate.

Glup,

y el bulto desaparecía.

Ni siquiera levantó la vista cuando entró Dolores. La había estado esperando y en

la espera empezó a sentirse mal, a sentirse sola, abandonada, a sentir la ausencia como un arpón clavado en el corazón.

Saladina dijo mirando al frente, con el higo en la boca:

—Llevan ya tiempo así.

Dolores la miró sin comprender.

—¿Quiénes? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

Pero Saladina no respondió; se limitó a escupir el rabo al suelo.

Un poco aturdida, Dolores destapó la Singer, enhebró un carrete y se dispuso a terminar un encargo. Durante un rato sólo se oyó el monótono *chuc, chuc* de la máquina de coser.

Empezó a llover fuera.

Un cárabo sobrevoló la casa.

Saladina se levantó y fue hasta la ventana.

—Sólo piden unas palabras de consuelo, tal vez un poco de compañía —dijo.

Su hermana alzó el vestido que estaba cosiendo..., sí, parece que llegará de largo, el escote, la axila..., pronto estará acabado. Detuvo la máquina y esparció la mirada en derredor. Había caído en la cuenta de que, en su ausencia, su hermana no sólo se había dedicado a comer higos sino que había vaciado la botella entera de anís.

—¿De quién hablas? —dijo—. Te digo que a veces me vuelves loca.

—Hablo de ellas —dijo Saladina, apuntando al corral con un dedo tembloroso.

Su hermana miró hacia fuera.

—¿Las gallinas? —preguntó—. Ya están mejor. Ya te dije que ayer una de ellas puso un huevo. Parece que Tristán las sanó sólo con su presencia...

Saladina volvió a sentarse.

—Se me mueven las vísceras —dijo.

—Ya estamos otra vez con la cantinela de las vísceras. Es por los higos —le dijo su hermana, volviendo a poner la máquina en marcha—. Llevas meses comiendo higos. Tendrás diarrea. ¿Te preparo una manzanilla?

—Acuérdate de hacer un hoyo bien profundo cuando me muera, Dolorciñas...

Dolores seguía cosiendo, envuelta en el sordo rumor de la máquina. Dijo al cabo:

—Tienes gases.

—Y si me quedo seca sentada, primero me extiendes sobre la cama, como hicimos con Ramonciño y también... —De pronto, Saladina se acercó y agarró brutalmente a su hermana por la muñeca, lanzándole una mirada feroz—: ¿No hicimos también eso con tu Tomás...?

Dolores se desembarazó del brazo y detuvo la Singer. Desde que se despertó ese día, había intentado contenerse pero ya no pudo más. Ese último comentario era demasiado. Apartó a su hermana, subió al piso de arriba y se encerró en el dormitorio.

De debajo de la cama, sacó su maleta y comenzó a llenarla de ropa. Descolgó el retrato de Clark Gable y lo envolvió con un camisón. Huir de allí. Eso es lo que haría.

Porque, en realidad, ¿qué la ataba a su hermana?, ¿qué necesidad había de vivir eternamente con ella? No todas las hermanas vivían juntas. Tossa de Mar; sólo pronunciar esas palabras le llenaba la cabeza de sal y libertad. Ya tenía todo lo que necesitaba en la maleta cuando de pronto oyó pasos en el pasillo. La puerta se abrió de par en par, como empujada por el viento.

En el umbral estaba Saladina con el candil en la mano. Se quedó mirando a Dolores con ojos cansados, repletos de ira, como negros relámpagos.

Entonces comenzó a hablar. O, mejor dicho, a escupir palabras. Las frases fueron cayendo concisas, graves y mordaces, arrojando el recuerdo al rostro de su hermana, la culpa atroz de todo lo que ocurrió durante aquellos días.

(Pero más que culpa sentía *frío*, un miedo hueco en su interior. El miedo aún estaba ahí en forma de agujero gélido y baboso, en el espacio que antes había ocupado la seguridad de los días.)

Los días anteriores a su boda. Anteriores a la huida.

1942. Dolores acababa de contraer matrimonio con el tal Tomás, pescador de pulpos y fanecas. Una boda sencilla, un traje color crema por debajo de la rodilla, un ramo de brezo, una merienda de chocolate con churros. Llevaba una semana en su nuevo hogar cuando empezó a darse cuenta de que nada más ver a su marido por la mañana sentía un extraño retorcimiento en el estómago, algo como un asco blando: ¿qué hacía ella con ese hombre que desayunaba eructando y encogido sobre sí mismo, sin musitar una sola palabra? ¿Qué hacía con ese bruto que apestaba a pescado?

Por mucho que lo miraba, no alcanzaba a comprender qué le había llevado a tomar la decisión de casarse. Ella, que era educada como una señorita, había sido actriz en una película y hasta hablaba inglés. Sin duda había confundido el matrimonio con otra cosa. Se acordó entonces de las advertencias de su hermana: «Los hombres, al poco de casarse, desarrollan vicios, les sale barriga, huelen a pedo...».

Así que un día le dijo: Mira, Tomás, mi hermana está enferma. Voy unos días a cuidarla a Coruña.

Junto a la maleta recién hecha, Dolores recordó (tuvo que oír las palabras que escupía su hermana) cómo Tomás se removió en el asiento, alzó la cabeza y la miró.

Recordaba sus ojos negros clavados en ella y recordó sus palabras.

—No te vas a ninguna parte.

Y ella:

—Sólo serán unos días.

Y él, sin dejar de mirarla:

—Ya me conozco ese cuento.

Y ella:

—No es cuento. Mi hermana está enferma.

Y él:

—¿Qué le pasa a ese adefesio sin dientes?

Y ella:

—¡Un respeto!

Dolores recordaba (tuvo que oír) que al final Tomás accedió a que se fuera. Y sus palabras de despedida en la puerta:

—Un mes, Dolores. Si no estás de vuelta en un mes, voy a buscarte y te traigo a casa, viva o muerta.

Mientras sacaba la ropa y volvía a colocar la maleta en su sitio, Dolores recordó que sí había regresado.

Pero no sola; su hermana Saladina la acompañaba.

Capítulo 3

- **T**e digo y te repito que andas todo el santo día de Dios como poseída con tu *Superestrellas* y el mar. ¿Qué es eso que te oigo decir en sueños sobre Ava Gardner? —le preguntó Saladina a su hermana—. ¿No tendrá que ver con la maleta que hiciste el otro día?

Habían estado haciendo pan de fermento en el horno comunal. El horno de piedra era el lugar de reunión de los vecinos de Tierra de Chá, sobre todo de las mujeres que no iban a la taberna; mientras lo calentaban arrojando tojo seco desde las seis de la mañana, arreglaban los problemas del mundo. La viuda de Meis solía pasarse todos los días, tuviera o no que cocer pan. Era allí donde hablaba abiertamente de su *ausencia*, explicando a todo el mundo que era un ardor intenso de riñones que se siente al atardecer, o lo que había «más allá» del muro de su casa. Fue ella quien llevó la noticia de que Saladina se estaba poniendo dientes nuevos en la consulta del señor Tiernoamor y de que se había enamorado del mecánico dentista. Por la viuda de Meis también se enteraron todos en el horno de la muerte de Ramón en circunstancias extrañas, y que un juez de Coruña había llamado a declarar a las Inviernas.

Pero ahora estaban solas. Con una raspa de madera habían quitado las cenizas del horno durante toda la mañana mientras el calor les arrebolaba las mejillas.

Ante la insistencia de su hermana, a Dolores no le quedó más remedio que confesar. En la taberna le habían confirmado la noticia: Ava Gardner estaba a punto de llegar a España para rodar una nueva película. ¿Recuerdas? Lo leímos en el *Superestrellas*. Para el rodaje en Tossa de Mar buscaban dobles, mujeres altas, con el cabello oscuro y ondulado, a ser posible que hablaran inglés, para ciertas escenas de poca monta, para que la actriz pudiera descansar, ¿qué te parece, Sala?

Al escuchar esto, Saladina se impresionó tanto que se quedó sin habla. Con manos temblorosas, comenzó a espolvorear la masa con harina y a continuación, con una pala grande, redonda y plana, la empujó al fondo del horno. Selló el horno con bosta de vaca, se volvió lentamente y por fin dijo, temblando:

—¿No, no, no... estarás pensando en ir y presentarte..., presentarte como doble?

«Doble». Había palabras hermosas y palabras feas. Palabras duras y palabras blandas. Palabras amigas y enemigas. Fofas y vigorosas. Saladina tenía listas y listas de palabras. Ambas conocían la palabra «doble» por el *Superestrellas del Cine*. Pero mientras que a una de las Inviernas la palabra la transportaba a un lugar exótico, a la otra le daba de bruces contra la miseria.

Dolores se limpió nerviosamente las manos en el delantal y contestó que tal vez, que por qué no.

—Los hombres de la aldea me encuentran guapa... —añadió—. Me silban siempre que pasamos por la plaza. Será sólo alguna escena. Pero a lo mejor no me cogen.

A Saladina se le cayó la pala al suelo. Un aire de rabia le acababa de subir a la cara. Rebufó:

—¡Esas escenas son siempre desnudos que las actrices se niegan a hacer! ¡Cochina!

—Bueno, no te creas... —Dolores quedó en silencio. Luego tomó aire—: Llevo años, media vida esperando este momento. No sé muy bien en qué consistirá pero vivo para él, lo persigo... Me sostiene cada día, Saladina, me hace subir al monte, fregar, coser, atender a las bestias. No pienso en otra cosa y... quién sabe..., están ocurriendo cosas en la aldea. Tal vez nos quede poco tiempo. Tal vez nos quede sólo un invierno. Tal vez mañana ya sea demasiado tarde. Tengo que...

—¿Tienes que ir? ¿Los hombres te silban al pasar? ¿Felices? Te voy a decir una cosa, tontuela, que pareces una niña de trece años repitiendo cursiladas que leíste en el *Superestrellas*. No se cambia nunca de vida. Por mucho que viajes, que busques fuera, tu vida seguirá siendo la que es. La que tienes ahora. La que vives *dentro de ti*.

Dolores la rebatió diciéndole que también ella, últimamente, quería cambiar de vida con su dentadura nueva. Y que se había fijado en que se llevaba bien con el señor Tiernoamor y que...

—¿Quién te crees que eres, Ava Gardner? —la cortó Saladina—. Además, ¡eso que dices cuesta dinero! ¡No tenemos dinero ni para el arreglo de mi boca! ¡Mírame a la cara si te atreves! ¡Me faltan tres dientes! ¿Crees que me los pongo por presumir?

Dolores miró a su hermana. Con la boca abierta, desdentada, era realmente espeluznante.

Cabizbaja, empezó a decorar el resto de la masa cubriéndola con huevos duros. Los ojos empezaron a humedecerse.

—Una de las ovejas parece preñada, haremos mucho requesón y lo venderemos... Creo, estoy convencida de que el que yo me haya enterado de que Ava Gardner viene a España es por algo. Es el destino quien me guía por este camino —empezó a sollozar—. Si... si estaba allí, dándoles de comer a las gallinas cuando escuché la noticia en la radio, es por algo..., yo no suelo darles de comer a esa hora.

Saladina le atrapó un mechón de pelo, la atrajo hacia sí y la miró fijamente. Le dijo:

—Hay dos mundos, Dolorciñas: el que se ve con los ojos y el que se ve a través de la cámara. Sólo el primero es válido. En las películas, todo tiene su razón de ser. Si Ashley se acaba casando con Melania, una mujer buena y adorable, es por algo. Pero la vida es distinta. Está llena de estúpidos acontecimientos y de estúpidos días que no sirven para nada. Las cosas *son* y ya está, y hay que aceptarlas con resignación. Además, no quieras ser como Ava Gardner. ¿No sabes que se divorció de Mickey Rooney?

Su hermana la rebatió entre sollozos:

—Sí, porque ella buscaba en él la ternura, la amistad y la comprensión. Lo he leído en el *Superestrellas*. Pero él la dejaba durmiendo y se iba a jugar al golf. Como

mi Tomás...

—Tu Tomás no jugaba al golf.

—Bueno, pero se iba a pescar pulpos, que es algo parecido.

Saladina se acercó aún más. Dijo lentamente:

—Ahora que mencionas los pulpos...

Dolores replegó el cuello. Le llegaba el tufo pútrido de la boca a medio arreglar de su hermana.

—Ya sabes *por qué* te saco los pulpos a colación. Sólo yo sé lo que hiciste...

—Tienes razón..., Sala. —A Dolores le resbalaban las lágrimas por las mejillas —. No creas que no me acuerdo de aquello. ¿Tú crees..., pienso en ello constantemente, me obsesiona..., tú crees que hice, que *hicimos* bien, Sala?

Saladina se contempló las uñas llenas de harina:

—Tal y como se presentaron las cosas, *hiciste* lo que tenías que hacer.

Dolores esbozó una sonrisa forzada.

—*Hicimos*, ¿no?

—Bueno, hicimos. ¿Te gusta así? —Saladina alzó los ojos.

Esta vez Dolores se expresó claramente.

—No vas a decir que yo sola tengo que cargar con la culpa, ¿verdad?

—¡Ah, no! —se sonrió Saladina—, ¡pero yo tampoco, supongo!... ¡No faltaba más!

Dolores la miró un momento, con brutal deseo de insultarla.

Saladina dijo:

—No juegues con fuego.

—Me quitas la ilusión...

—Yo no te quito ni te pongo, Dolorciñas. Tú misma te forjaste tu destino. Hicimos o, mejor dicho, *hiciste* lo que tenías que hacer, pero ahora no puedes ir por el mundo así como así, eso te lo recuerdo. Una tiene que ser consecuente. —Saladina tenía ahora un aire ausente—. ¿Dónde dices que es eso...?

—¿El qué?

—Lo del rodaje...

—En Tossa.

—¡Ah, sí, Tossa de Mar! Cuando uno toma una decisión de ese calibre, debe atenerse a las consecuencias. Estuvimos una noche meditando la estrategia y yo te recomendé una y mil veces que no te casaras con ese pescador de pulpos. ¿Estará lejos...?

—¿El qué?

—Tossa.

A Dolores las lágrimas se le escapaban. Rodaban redondas y brillantes hacia su vestido.

—Allá por Cataluña.

Recogieron la harina que había quedado sobre la encimera y guardaron la pala.

Saladina volvió a quedarse pensativa. Le hervía la sangre como un veneno.

Capítulo 4

Al día siguiente subieron al monte Bocelo a llevarle a la vieja una de las molas del pan de fermento que habían hecho. Ya llevaban tiempo inquietas con la idea de que Tiernoamor no le pondría a Saladina las piezas que le faltaban hasta que no pagase, y la vieja tenía dinero, fajos, decían en la aldea, debajo del colchón.

Encontraron a la vieja sentada en su choza, asándose un choricillo en el fuego. No parecía tener cien años. En realidad, parecía atemporal. Al verlas, las hizo entrar y sentarse. Dijo que nunca en su vida se había encontrado mejor, ahora que pensaba que por fin le había llegado la hora.

Las Inviernas fueron al grano. Le traían una mollita de pan, pero a cambio querían el dinero que su abuelo le había entregado por la supuesta compra de su cerebro. La vieja se llevó una mano detrás de la oreja: ¿cómo? ¡El dinero!, gritaron las Inviernas. Ella las contempló sonriente. Entonces volvió a contar lo de aquel día en que don Reinaldo pasaba por allí y, mirándola fijamente, le dijo que tenía un cerebro como la catedral de Santiago. Le contaba aquella historia a todo el mundo porque aquel día había sido uno de los más felices de su vida.

A lo que las Inviernas contestaron que eso ya lo sabían, que lo que necesitaban era el dinero.

La vieja se chupó el interior de las mejillas dejando escapar un chasquido.

—Se portaron muy mal con vuestro abuelo, hijas —dijo dando la vuelta al chorizo que estaba asando.

Eso habían oído, dijeron las Inviernas. Aunque no sabían por qué. La memoria no era exacta, eran niñas cuando todo ocurrió, pero lo que ellas querían ahora era el dinero que les correspondía por ser las nietas de don Reinaldo.

La vieja sacó el chorizo del palo. Cortó un trozo de pan y se hizo un bocadillo. Mordió con los pocos dientes que tenía. Dijo con la boca llena:

—De este chorizo tenía mucho en el sótano don Manuel, el cura. Y salchichón, aceitunas, sardinas en lata, alubias, confituras, paquetes de galletas..., ¡menudo alijo tenía el gordo! Cuando le descubrieron, se puso muy nervioso. Que si aquello era de toda la aldea, que si él lo administraba... Que si su madre era muy mayor y estaba débil, y tenía que comer... ¡Su madre ya estaba muerta por entonces, aunque nadie se enteró hasta días después!

Las Inviernas dijeron que recordaban que la madre del cura estaba inválida y que no salía de la casa en todo el día.

—No le hacía falta salir —contestó inmediatamente la vieja de Bocelo—, ya tenía a su hijo para contarle las intimidades de todos. Mira, yo una vez fui a confesar un pecadillo de lujuria y, al día siguiente, cuando pasé por delante de la casa del cura, me chistó la madre por la ventana y me hizo entrar. Me dijo que lo que estaba haciendo estaba muy mal, y hasta me puso ella la penitencia. Desde entonces, no volví a

confesarle nada al cura...

La vieja de Bocelo se rascó la cabeza casi calva con el índice huesudo.

—De todas formas, también acabaron viniendo aquellos médicos de Santiago, con trajes negros brillantes como escarabajos, cuando palmó doña Resurrección, por mucho que su hijo la escondiera, igual que cuando murió la criada Esperanza... En fin, os decía que como no quisieron creerle y le iban a empujar, don Manuel les chantajeó con lo de don Reinaldo. Fue él quien soltó que vuestro abuelo reunía en la lareira a un grupo de médicos, poetas y alcaldes, qué sé yo..., y que habían organizado un Comité para el reparto del trabajo, de los víveres y también de las riquezas.

Se levantó y alzó el catre sobre el que había estado sentada. Apareció un fajo de billetes. Saladina los recogió y se los metió rápidamente en el bolsillo del delantal. Al rato, volvió a sacar una esquina del fajo para mirarla disimuladamente.

—Vuestros son, niñas mías. Me quedo más tranquila —dijo la vieja—. Ya me dijo el cura que le entregasteis el contrato y que lo tiene a buen recaudo. ¿Sabéis el único anhelo que tengo? Ver la catedral de Santiago, mira tú. Dicen que es muy bonita, y que va mucha gente allí para cumplir promesas... Y ahora, si no os importa, dejadme dormir un poco. Tengo el sueño muy, pero que muy atrasado...

Pocos días después murió la vieja.

El cura había subido a la choza con el hastío y el malhumor de todos los días. Encontró a la mujer sentada. Esperándole.

—Padre —dijo con los ojos abiertos como platos—, ya sé lo que ocurre. Dios se ha olvidado de mí.

—¡Pero, mujer!

—Tengo ciento diez años. Verá —alzó la mano y se puso a contar con los dedos—, estuve calculando. Cuando lo de la plaga de la filoxera de 1880, yo era moza de unos cuarenta. O Dios no sabe contar, o se ha olvidado de mí —repitió convencida.

Entraron los dos en la choza.

—Duerma un poco, mujer, que yo me quedo aquí un rato rezando, recordándole a Dios la edad que tiene —le tranquilizó el cura.

—¿Le dirá que son ciento diez? Es importante recordarle la cifra.

—Ahora mismo. Usted duerma y ya se lo digo yo que estoy en buena comunicación con Él.

La vieja se metió en la cama. Dijo mientras se tapaba con una manta asquerosa:

—Dígale lo de la plaga de la filoxera, que de eso se acordará. —Quedó un rato en silencio, luego comenzó a hacer ruidos con la boca—. ¿Sabe lo que me apetecería, padre?

El cura negó con la cabeza.

—Ver la catedral de Santiago. Dicen que va allí mucha gente con promesas.

—Así es —dijo el cura—. Los peregrinos.

La vieja comenzó a cerrar los ojos. Añadió:

—Le agradezco que le recuerde a nuestro Señor lo de mi edad. Es normal que no se acuerde de los detalles, ¡somos tantos!

Don Manuel comenzó a rezar.

—También le agradecería que cuando muera, me bajara a velar a su casa. ¡Tengo tanto miedo de que alguien me haga lo que hicieron con su madre!

—¡Señora!

Pero cuando don Manuel quiso decir adiós, hasta mañana, como todos los días, la vieja había muerto.

El cura se sentía tan impresionado (y hasta, no sabía por qué, *culpable*) que decidió cumplir la última voluntad de la vieja velando el cuerpo en su propia casa. Y para que no faltara nada ni nadie, sirvió banquete fúnebre y encargó a la criada que hiciera orejones. Hasta contrató a una *choradeira* amiga de tía Esteba.

Como era de esperar, al velatorio no faltó nadie. Después de comprobar que la vieja había muerto (todavía había gente que no podía creérselo) y de rendirle planto, se lanzaron al tocino, mollete y salchichón, servido con vino del país en la estancia contigua, y se pusieron a contar historias de tesoros escondidos y de gentes que regresaban de países lejanos convertidos en gallinas.

Tampoco faltaron las Inviernas. Cuando ya era hora de marchar, Dolores quiso despedirse por última vez de la vieja.

Entró silenciosamente en la estancia y para su sorpresa comprobó que la mujer no estaba sola. Allí estaba el señor Tiernoamor, inclinado sobre ella. Parecía que le susurraba algo, que le componía el cuello de la camisa o que le colocaba delicadamente un collar. Se acercó un poco más por detrás. No, no le hablaba. ¿Qué tenía el señor Tiernoamor en las manos? Unas tenazas. Todo transcurrió como en un sueño.

Dolores vio cómo el mecánico dentista le arrancaba con saña los tres o cuatro dientes que le quedaban a la pobre vieja.

Salió corriendo de allí.

Capítulo 5

Cámaras, luminarias, falsos escenarios, pescadores que hacían de extras, gitanas, un torero, americanos con gorras por todas partes, la luminosidad del Mediterráneo, el calor, las casas encaladas y decoradas con flores... Cuando aquellos hombres extranjeros le pidieron que se desnudara no se alarmó. Al fin y al cabo, para eso había ido hasta allí y su hermana le había advertido que se trataría de escenas de desnudos que nadie quiere hacer. No es que le gustara que la vieran así, pero también era consciente de que era su gran oportunidad. Se bajó la falda, se sacó las bragas y se desabrochó la blusa.

Los pechos salieron disparados, buscando el aire fresco: buscando la libertad que les había sido denegada durante tantos años.

Uno de los hombres le medía —y hasta le pesaba haciendo hueco con la cuenca de la mano— los pechos con delicadeza, como si aquella prueba sólo tuviera que ver con el tamaño y el peso de los pechos. Dolores cerró los ojos. Mientras esa misma mano se deslizaba ahora lentamente por los brazos y las axilas, tuvo la sensación de que otra mano le tocaba el ombligo. Y otra más el pubis. Demasiada mano había por ahí. «Relájese, Dolores, enseguida acabamos».

Dolores abrió los ojos. Un hombre con ojos de pulpo la observaba sonriente. Había burla, o, peor aún, escarnio en esa mirada. Después de un rato, el hombre desapareció, dejándola sola frente a las cámaras, pero ella percibía con horror que había penetrado por su escote y que una masa gelatinosa y fría avanzaba por su pecho. «Relájese, enseguida acabamos», volvió a oír. «Es una suerte que esté usted interpretando este papel, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de mujeres que se presentaron a las pruebas, pasará a la historia del cine». «Sí, me hago cargo», dijo ella. Había vuelto a cerrar los ojos, cuando oyó la voz cascada de su hermana Saladina.

—¿Con quién hablas, Dolorciñas?

Dolores se despertó. Jadeaba, tenía el camisón revuelto y estaba bañada en sudor. No había sido más que un sueño. Pero a ella le quedaba una sensación muy real en el pecho: en el interior del reino del remordimiento, estaba el pulpo viscoso.

Pocos días después, volvió a asaltarle el mismo sueño y quiso contárselo a su hermana para descargar. La llamó desde su cama una y otra vez, pero, al no obtener respuesta, encendió el candil: la cama estaba vacía.

Pensó entonces que tal vez estaría en la cocina enfrascada en alguna lista, o tal vez comiendo higos.

Pero en la cocina no estaba.

Tampoco en la huerta. Ni en el corral.

Ni en el monte. Ni en el río.

Ni en la consulta del señor Tiernoamor, que explicó que el día anterior había

terminado de ponerle el último diente.

Cuando ya empezaba a preocuparse, Dolores encontró una nota sobre la Singer:

Volveré pronto, Dolor, no te preocupes por mí.
Tu querida hermana, Saladina.

No estaba preocupada pero al día siguiente Dolores se sentía profundamente sola. Sola y aturdida (¿dónde podría estar esa tonta?). Al amanecer, buscó refugio en sus labores cotidianas. Dio de comer a las gallinas, ordeñó a la vaca Greta y sacó las bestias a pastar. Debería hacer requesón y preparar más confitura de higos para cuando llegase su hermana, era su postre favorito, aunque tampoco quería mostrar debilidad con grandes agasajos. Había recogido muchas ramas finas para llenar la leñera. Saladina siempre se quejaba de que para qué la había construido, si siempre estaba vacía. Una de las ovejas estaba preñada, ¡cuando lo viera Sala!

Pero al día siguiente Saladina tampoco estaba.

El tercer día fue el más duro de todos. El peso de la soledad se mezclaba con una sórdida sensación de alivio (¿no era eso lo que en realidad quería?), pero Dolores casi no pudo salir de la cama. Había despertado con la certidumbre pavorosa de que Saladina estaba perdida en alguna parte. Por fin se puso en marcha; pensó que si su hermana volvía en ese instante, no le gustaría verla así, triste y desocupada.

En el monte, a plena luz, sintió miedo. Más tarde, junto a algunas personas de la aldea, estuvieron buscándola hasta que empezó a oscurecer.

Saladina tampoco vino por la noche.

Al cuarto día tuvo la sospecha de que a lo mejor no la volvería a ver. Pero, bueno, ahí estaban sus cosas, su ropa, la botella de anís, ¿qué iba a hacer ella sin la Singer?, ¡con lo que le había costado!

Las horas se le hicieron eternas. La casa estaba sumida en el silencio. No tener a su hermana allí, lamentándose mientras bebía anís, quejándose de que quería matarla metiéndole piedras en las lentejas o tratándola peor que a las gallinas, era tanto como, en cierto modo, ni estar ni ser *ella misma*. Justo cuando iba a meterse en la cama, oyó el chirriar de las ruedas de un carro. Miró por la ventana. Resopló con decepción al comprobar que era la viuda de Meis.

La Invierna le abrió la puerta. Después de extender la mirada por la casa, examinando las paredes rotas y los ruines muebles de los que colgaba la ropa húmeda, y de preguntar por qué estaba sola, la mujer explicó que venía a reclamar el contrato de compraventa de su cerebro. Dolores dijo que ella no tenía tal cosa, a lo que la viuda contestó que se ahorrara los disimulos, que, antes de morir, la vieja de Bocelo les había dicho a todos que ella y su hermana guardaban los contratos, y que ya los tenía la mitad de la aldea.

—No es cuestión de que no podamos morir sin tener el contrato, como opinaba la vieja —añadió la viuda—, es que nuestras vidas se detuvieron con la venta de

nuestros cerebros, ¿no lo entiendes? Yo necesito romper el papel para empezar a vivir de verdad.

Entonces la viuda de Meis contó más cosas. Se situó atrás en el tiempo, en el riguroso enero de 1936, cuando la carne, el carbón, la harina y el azúcar empezaron a racionarse en Tierra de Chá.

—Teníamos mucha hambre y lo que encontrábamos para comer era siempre de estraperlo. Pero hacía falta dinero para pagarlo. Entonces nos enteramos de que don Reinaldo estaba pagando muy bien por firmar un papel. Casi todos en la aldea lo hicimos. No nos dimos cuenta de lo que estábamos haciendo hasta que murió primero Esperanza, la criada, y medio año después doña Resurrección, la madre del cura. No sabes la que se armó en Tierra de Chá con esas muertes. Médico por aquí, médico por allá. Y todo se hacía aquí —volvió a esparcir la mirada en derredor—, en esta casa. Días y días encerrados con el muerto —la viuda hizo una pausa—, no se puede vivir si tu cerebro está vendido...

Dolores la escuchaba estupefacta.

—Pero tú te casaste después de la guerra, viuda, tu vida siguió...

La viuda de Meis suspiró. Cogió a la Invierna de un brazo y la llevó hasta la ventana. «Mira allá lejos», le dijo. «¿Ves mi casa?».

A lo lejos, junto a la iglesia, se divisaba la chimenea de la casa en donde vivían tío Rosendo y la viuda de Meis. Era un hogar humilde, con tejado a dos aguas, palomar, corral...

—¿Sabes qué hay más allá?

Dolores dijo que no lo sabía.

—Pues hay un muro.

—¿Un muro?

—Sí, un muro. ¿Y sabes qué hay más allá del muro?

—No.

—Está la *ausencia*.

La Invierna sintió escalofríos.

—Dicen que me casé..., sí... pero... —Pero la viuda ya no siguió. Poniéndose en movimiento bruscamente, añadió—: ¡Ya que no me lo quieres dar, lo buscaré yo misma!

Seguida por Dolores, comenzó a mover muebles y a abrir los cajones de la cocina, subió al dormitorio, puso todo patas arriba, divisó la trampilla, la abrió, miró, vio a la vaca, ya decía yo..., bajó al establo. Ya estaba levantando el lecho de tojo cuando la Invierna la atrapó por un brazo; la miró con tanta resolución que los ojos de la viuda se doblegaron.

Fue entonces cuando le dijo que no buscara más y que se fuera de una vez.

Esa noche buscó Dolores el olor de Saladina en su almohada; lloró por primera

vez desde que se fue.

Al mediodía, de camino al monte, se encontró al cura tirando de su carro. Le dijo éste que había estado cenando con el alcalde de Sanclás y había vuelto a insistir en que las hermanas tenían que ir a declarar ante un juez de Coruña. Dijo que si no iban, vendría la Guardia Civil a buscarlas. Dolores prometió que no tardarían en hacerlo («cura gaznápiro, pestilente. *Woolly bear Caterpillar*»).

De regreso, tres o cuatro horas más tarde, se detuvo ante la casa de Tristán. Se sentía sola y asustada, necesitaba hablar con alguien y se acordó de que, en realidad, el caponero todavía no había emitido el diagnóstico sobre la extraña enfermedad de sus gallinas. Así que ató la Greta a un árbol y se decidió a entrar. Encontró al hombre en el piso de arriba, dormitando junto a los capones. Sobre la cubierta de la estancia, negra de humo y grasa, anidaban cuervos, murciélagos suaves y sedosos y otras aves de diversos tamaños y colores. De vez en cuando, uno de ellos se descolgaba y sobrevolaba aquel aire enrarecido y casi azul como si lo hiciera por la fraga.

Dolores propinó a Tristán unos golpecitos en el brazo; se despertó asustado. Comenzó a mirar en derredor diciendo que tenía prisa, que tenía que llegar *mucho antes* de que anoheciera. Segundos después, al darse cuenta de que estaba en casa, se tranquilizó. Dolores le explicó entonces que sus gallinas seguían alteradas. Todo el día picoteando y peleándose bajo la higuera. Y cuando voy a...

—Está claro que es un caso de celos —le interrumpió Tristán.

—¿Celos? —preguntó la Invierna, visiblemente excitada.

El caponero explicó que cualquier grupo de gallinas, como cualquier grupo de personas, se ha acostumbrado a sus leyes internas, a una manera determinada de vivir y sobre todo a un orden jerárquico. Si entra un gallo en el grupo, éste ocupará, como es natural, el primer puesto, y las hembras tendrán un escalafón por debajo de él. Las gallinas no querrán quedar por debajo y se defenderán con picotazos y peleas salvajes. Cuanto mayor sea el grupo, más complicado y largo será el proceso de adaptación.

Dolores le escuchaba perpleja.

—¿Y el guano? —quiso saber.

A lo que Tristán contestó que con las gallinas había que ir a la raíz del asunto, que no era el guano sino la gallina.

Se levantó, cogió uno de los *amoados* y atrapó por la pata a un capón que pasaba por allí y se lo introdujo en la boca. Dijo:

—Oye, Invierna. No puedo más. Yo también tengo que pedirte el papel...

—¿El papel? —disimuló ella.

—El contrato de compraventa de mi cerebro —dijo él—. No puedo más. Estos bicharracos me vuelven loco. Todo el día atado a esta rutina, a estos horarios... Yo *no soy así*. ¡Necesito volver a vivir!

Cuando Dolores vio que el capón se resistía a comer y que Tristán empezaba con su retahíla de insultos, desapareció escalera abajo sin decir nada más.

Al llegar a casa, para no pensar más en su hermana, decidió que se pondría a coser. Pero mientras sacaba la labor, no paraba de darle vueltas a lo que le acababa de decir el caponero. ¿Celos? ¿Orden interno? ¡Las gallinas no tienen cerebro para sentir celos! ¡Y el papel! ¡Tristán también quería su contrato! ¡Ya estaba harta de todo ese asunto de los cerebros!

Justo cuando se disponía a encender la Singer, oyó fuera algo parecido a unos pasos por la escalera, aunque luego pensó que también los había oído la noche anterior y que sólo eran ratones. «¡Ay, Dios, qué nos deparará el futuro!», exclamó. Y según terminaba de decirlo, oyó el crujido de la puerta trasera.

Saladina volvía a casa como una niebla nocturna, con el ceño arrugado y la cara desencajada en una mueca de mal humor, magra y demacrada.

Nada más entrar por la puerta, su hermana la abrazó sollozando, contándole que habían hecho batidas por el monte para encontrarla, que la viuda de Meis había venido a por su contrato, que Tristán, el caponero, también quería el suyo, y... Sobre todo quería saber dónde había estado, qué cosa importante había ocurrido para que se hubiese ido así, ¿adónde?, sin avisar, mujer, que me tenías muerta de la preocupación. Yo te quiero mucho, Sala, y no me importa que te veas con el mecánico dentista. No tengo celos. No pienso lanzarte picotazos pero dime dónde estabas...

—¡Calla la boca! —oyó entonces.

Dolores obedeció.

Paladina dijo que se dejara de monsergas, que no era una gallina y que también tenía sus «asuntos», que la dejara en paz, que le dolían los intestinos.

—¿Estuviste comiendo higos por ahí?

—¡No!

Entonces, ya no se oyó nada más. Dolores encendió la Singer y se puso a coser. Apenas había pegado ojo durante los cuatro días que su hermana estuvo desaparecida y, ya feliz y relajada, se quedó dormida sobre la máquina. Despertó con la sensación de que había pasado mucho tiempo. Oyó voces en la huerta:

—¡Bájate, mujer, no seas boba! Aún eres joven para eso.

—¡Yo me mato! ¡No hay solución!

—¡Baja!

—¡Me duelen los higadillos!

Se asomó a la ventana. En el punto más alto de la higuera, a horcadas sobre una rama que estaba a punto de troncharse, rodeada de higos muy maduros, estaba Saladina como un pajarraco despeinado.

Desde abajo, una mujer de la aldea le gritaba:

—¡Si no hablaras con las ovejas!

Y otra, que por la voz parecía la viuda de Meis:

—Todos queremos cambiar, oh, sí, ser diferentes, qué graciosa. Pero piensa que tu hermana quedará sola. Ponte a cavilar. ¿Es que quieres que muera de tristeza?

Dolores oyó entonces un ruido entre el ramaje. Luego vino la voz de Saladina:

—¡Yo me mato! ¡No tengo solución! ¡Nadie me quiere!

Debajo de la higuera, junto al lugar en donde picoteaban y se peleaban las gallinas, se congregaba más gente. Algunas mujeres lloraban, aunque en el fondo de esos ojillos brillantes se intuía que lo estaban pasando en grande. Tío Rosendo, que también estaba allí, llevaba la voz cantante.

—Ya tendrás tiempo de matarte. Aquí llega tu hermana...

Al aparecer Dolores, todo el mundo quedó callado. Entonces una voz que sonó como un trueno rasgó el silencio:

—¡La madre que te echó! ¿Se puede saber qué haces ahí? —Dio cuatro o cinco palmadas para quitarse las gallinas de los pies—. ¡Cuatro días desaparecida y cuando vuelves te subes a la higuera y dices que te matas!

Silencio. Las gallinas picoteaban con más insistencia que nunca. Tío Rosendo le propinó un puntapié a una de ellas, que salió volando. Al rato volvió a oírse la voz de Saladina:

—Yo me mato, Dolorciñas. Me tiro. Nadie me quiere. ¡Soy una desgraciada!

—¿Qué te tiras? Con todo lo que te cuidé...

Cayó un higo, *plof*, y quedó desparramado sobre el suelo, como las tripas de un animal. La gente, al pensar que Saladina también podría quedar así, exhaló un ¡ohhhhhh!

Pero Saladina estaba aferrada a la rama y no cayó.

—¿Tú cuidarme? Si acaso yo a ti... Acuérdate de lo de tu Tomás. De no ser por mí, ahí estabas, comiendo pulpo con él, en esa casa de mala muerte. ¿Es que no te acuerdas? ¡Todos los hombres son iguales! ¡Todos los hombres son unos sinvergüenzas!, ¡unos maricones!

—Y acuérdate tú, Sala, de lo sola que quedaste cuando yo me fui.

—Y acuérdate tú, Dolorciñas, de que ese desgraciado iba a matarte y que...

—¡Callar! —gritó Dolores desde abajo.

—Sí, callar —le contestó Saladina desde arriba, después de un rato—. Ahora creo que debemos callar.

—¡Callar y callaremos! —declamaron a dúo.

En éstas apareció don Manuel, el cura.

—Ovejiña descarriada —le gritó a Saladina—. ¿Pero qué me dicen que vas a hacer?

Al oír la voz del cura, Saladina volvió al ataque:

—No bajo y no. ¡Me tiro! Además, me duelen los intestinos.

Don Manuel sacó una botella de debajo de las faldas de la sotana.

—Baja a tomar un trago y verás como eres otra, hija —le gritó.

Pero Saladina no entraba en razón. Entre quejido y quejido, empezó a divagar sobre lo crueles que eran los hombres y lo poco que se merecían el amor de las mujeres. Porque siempre hacen igual, esperan a que la mujer se entregue y luego, zas, ¡ay!, me duelen, me duelen los intestinos. A la de diez me tiro. Y comenzó a contar:

uno, dos...

Todos los que estaban abajo se unieron: tres, cuatro, cinco... Las gallinas picaban el suelo. En ese momento apareció el señor Tiernoamor corriendo por el carreiro.

—¡Sala! —gritó desde lejos—. ¡Perdóname! No quise herir tus sentimientos.

Al oír su voz, Saladina comenzó a moverse con nerviosismo. Decía: «¿Tú qué haces aquí, marica?, ¿dónde te dejaste la peluca, culigordo, verruga con pelos?». Hasta que la rama hizo *crac*, y todos, de nuevo, ¡ohhhhhh!

Como Saladina no le contestó, la gente siguió contando: seis, siete...

—¿Marica? —dijo el cura.

—¿Botella, dices? —le contestó Saladina.

—De vino del país —dijo don Manuel.

—Ocho, nueve... —prosiguió Saladina. De pronto se detuvo—: Bueno, bajo —dijo— para tomar un trago.

Con mucha dificultad, Saladina consiguió bajar de la higuera. Pero al pisar el suelo se retorció de dolor. Antes de que las Inviernas pudieran entrar en la casa, varias mujeres se acercaron y le dijeron a Dolores que querían su contrato de compraventa. ¿Otra vez? ¡Ya está bien! Harta ya del tema, Dolores les gritó que no tenía los contratos y que no les hablaran de eso más. ¡Nunca más!

Las mujeres recularon.

Se hizo un silencio general.

Con un gesto de la mano volvió a espantar a las gallinas y metió a su hermana en casa.

Capítulo 6

Una vez dentro, entre trago y trago, Saladina le contó a Dolores lo ocurrido. O más bien, *parte* de lo ocurrido.

Había vuelto a acudir a la consulta del señor Tiernoamor porque éste le había avisado de que por fin le habían llegado las piezas que le faltaban para completar la boca. Así que, en esa última visita, el mecánico dentista había terminado su trabajo. La nueva dentadura había quedado preciosa —había tres piezas ligeramente amarillas, pero ¡qué importaba eso!—, y Saladina estaba más guapa que nunca. Así se lo hizo saber un Tiernoamor exultante cuando le acercó un espejo para mirarse.

—Vuelves a ser la de siempre —le dijo—. Yo siempre me fijé en ti y no en tu hermana.

—Tengo dinero para pagarte, Tierno —dijo ella sin dejar de mirar al espejo, lanzándose una mirada dura y desafiante, como había visto que hacían las actrices de Hollywood—. ¿Cuánto te debo?

—Ya hablaremos. No es eso lo que me interesa ahora...

«¡Ay, este Tiernoamor! Siempre con sus respuestas ambiguas...».

—¿Me trajiste lo que te pedí? —dijo entonces Tiernoamor con cierta timidez.

Saladina comenzó entonces a rebuscar en el bolso.

—Pues... pues... a ver si lo metí... —dijo disimulando.

Saladina estaba tan nerviosa que decidió pedir permiso para ir al baño, en donde podría respirar hondo y contemplarse la dentadura con tranquilidad. El mecánico dentista le explicó dónde estaba y ella salió como en una nube, abriendo y cerrando la boca como una piraña para comprobar que los dientes encajaban (en realidad, no encajaban en absoluto). De pronto se encontró en una habitación totalmente distinta al resto de la casa.

No; no eran los baños.

Era una estancia que contrastaba con la sobriedad de la consulta, muy decorada con terciopelos y cortinajes, con las paredes pintadas de rosa y un vago olor a rosas o a jazmín, la misma fragancia dulce que despedía Tiernoamor muchas mañanas, y que tan embriagadora resultaba, cuando se inclinaba sobre ella para trabajar en su boca. Todo allí era femenino; había un armario abierto del que colgaban vestidos de todos los colores, cortos, largos, de un estilo y de otro, frufús, pelucas rimbombantes y collares. También había zapatos de tacón. A Saladina le dio un vuelco al corazón, ¿de quién era todo eso? ¿Es que Tiernoamor estaba casado? ¿Acaso tenía una amante? No, se dijo inmediatamente. Se lo habrían dicho en la taberna. Eso no podía ser. La habrían visto por Tierra de Chá. Siguió observando. Junto a la ventana, había un tocador repleto de botes de perfume, barras de labios, polveras y aceites.

Salió precipitadamente de allí. En la sala de la consulta, se puso entonces a buscar su bolso para marcharse. Estaba tan nerviosa que no sabía ni por dónde miraba.

—¿Buscas algo? —le preguntó Tiernoamor.

La noche anterior, tendida sobre la cama, bajo las sábanas, Saladina había fantaseado con la visita de aquel día. Por fin tenía la dentadura entera y él le recordaba lo guapa que estaba. Ella le contestaba con algún cumplido, algo atrevido y delirante, tal vez un poco obsceno, y a continuación Tiernoamor se le acercaba.

Sin el debido tránsito que debe haber entre el recato y la excesiva confianza, Tiernoamor le decía: Deseo verte desnuda. Y, comoquiera que ella no reaccionaba, sino que quedaba con el mentón colgante, babeante de incredulidad, el mecánico dentista optaba por asirle firmemente de la cintura y atraerla hacia sí, para luego ponerse a luchar con voluptuosa impaciencia contra el lío de faldas y refajos que Saladina llevaba puestos. Con una mano alcanzaba la tijera y cortaba lo que podía de aquel casto batiburrillo compuesto de braga y sujetador, combinación, blusa, faltriquera, pichi y rebeca de ochos, con los dientes rasgaba lo demás. Una fiera. Fuera las medias también. Un zueco volaba por los aires.

Por fin, cuando ya la tenía delante con los senos erizados y los muslos vibrantes, exhalaba un gemido animal. Era entonces cuando ella aprovechaba para tumbarle sobre la mesa, sentarse encima y galopar sobre su pecho blandiendo el otro zueco en la mano: un relincho de lujuria y, zas, el otro zueco por los aires, contra la ventana.

Todo eso lo había visto ella tumbada sobre la cama. Loca e inflamada de deseo. Fue tan real la ensoñación que cuando salió de ella, tardó un buen rato en entender cómo había podido trasladarse desde la casa del mecánico dentista hasta su dormitorio.

—Mi bolso —dijo con un hilo de voz—. Busco el bolso...

El bolso se había caído detrás del mueble de cajones.

Saladina acababa de verlo y se arrodilló para cogerlo. Detrás estaba él; al incorporarse, sus mejillas se rozaron.

Saladina se asustó. Una cosa era lo que uno vivía bajo las sábanas y otra la áspera realidad. Y en la áspera realidad todo lo que tenía que ver con el mundo masculino le llenaba de confusión: era un territorio de escarcha y lobos. Se turbaba si en el campo veía a un toro montar a una vaca, y si alguna vez salía el sexo en alguna conversación, se tapaba los oídos. La palabra misma le remitía al vago olor a humedad que se alojaba en el sobrado de la casa.

Pero aquello no era sexo ni lo sería. No. No había sido nada; tal vez un gesto, una aproximación, una mariposa, un movimiento que alteró el aire. Le pareció tan natural que por primera vez en la vida pensó cómo había podido existir hasta entonces sin haber sido rozada por ningún hombre.

De pronto Tiernoamor la empujó contra la mesa y buscó sus labios. Ella se apoyó y barrió el instrumental con la mano. Las espátulas, los calibres y los esqueléticos cayeron al suelo con un ruido de cristales rotos. ¿Esto estaba ocurriendo debajo de las mantas? No lo sabía. Apartó la cara; lo apartó a él.

Era la primera vez que un hombre la besaba y aunque el beso le gustó —era

blando y húmedo, y tenía el sabor dulce de los higos—, inmediatamente lo confundió con el sexo.

Beso era sexo, y sexo era pecado.

Pecado era enfermedad.

Cogió el bolso y se dispuso a salir. Antes de separarse, Tiernoamor dijo:

—Estuviste en el cuarto rosa, ¿verdad?

Saladina asintió. Entonces el mecánico dentista dijo:

—Era de mi madre. Está tal y como ella lo tenía antes de morir.

Saladina salió colorada. Sexo. Pecado. Madre. No sólo era un hombre culto, atractivo, sino también tibio y tímido, sentimental, ¡y cómo le gustaban a ella los hombres con ocultas delicadezas! Su madre, je, y yo pensando que el cuarto rosa sería de una mujer. Una mezcla de sentimientos se agolpaba en su cabeza.

Estaba tan contenta, tan segura de sí misma, que se decidió a emprender la locura que le rondaba desde que su hermana le había contado aquello de la película de Ava Gardner.

Ahora ella también podía. ¿Qué se creía su hermana?, ¿que le gustaba coser vestiditos de niña rica?

Una vez en casa, metió cuatro cosas en la maleta y cogió el dinero que les había dado la vieja del monte y que Tiernoamor no parecía querer cobrarse. Tomó un coche de línea hasta Coruña, de ahí un tren hasta Madrid. Casi un día después, se presentó en Tossa de Mar con pretensiones de que la seleccionaran como doble de Ava Gardner.

Pero esta parte del relato no se la reveló a Dolores; le dijo que había ido a Coruña para hablar con el juez, a quien, después de mucho buscar, no había encontrado.

La guapa y la fea. Todavía recordaba aquella incursión en el mundo del cine con una sensación agridulce. Muchas tardes, sentada frente a la Singer, se agolpaban en su mente las imágenes del rodaje. ¡Qué bonito había sido al principio! Por las calles de un pueblo inglés, las dos hermanas caminaban mientras les seguía la cámara. Todos pendientes de ellas. Se encontraban con gente, cogían flores, compraban el pan..., los diálogos eran confusos, estaban en inglés y nunca llegaron a entender muy bien el guión. Pero todo transcurría con tanta naturalidad, que nada las alertó. Hasta que un día, en un descanso, mientras la maquillaban para la siguiente escena, alguien le preguntó si ella era la fea. Saladina lucía un ceñido vestido plisado de nailon, varias vueltas de perlas falsas y pendientes a juego y mucho colorete en las mejillas. ¿La fea?, dijo Saladina extrañada, recolocándose el collar de perlas. Sí, dijo el otro, *the ugly one*.

—Porque la guapa no eres, ¿verdad?

Capítulo 7

Pero el viaje a Tossa de Mar había sido un fracaso. Después de esperar un día entero en la bahía, lugar en donde se rodaba *Pandora y el holandés errante*, haciendo cola entre otras mujeres que se presentaban al casting como dobles, muerta de calor y soledad, ni siquiera le dieron la oportunidad de que demostrara sus dotes para la interpretación.

Sin saber por qué, tal vez fuera el último resquicio que encontró en su corazón herido, una vez de vuelta en Tierra de Chá, guiada por aquel instinto atávico que sintió la última vez que había estado allí, volvió a la consulta de Tiernoamor. No tenía por qué ir, la dentadura ya estaba completa; al verla entrar, él sintió que le flojeaban las rodillas. Supo de inmediato que no venía por cuestiones profesionales.

Aun así, dijo:

—Siéntate en la silla que te reviso.

Saladina se sentía dócil y atolondrada. Se sentó, las piernas fuertemente cruzadas. Tenía la piel de la cara cetrina, llena de finas grietas, como un papel arrugado. Por el aspecto agotado y la ropa polvorienta, podría decirse que había recorrido medio mundo, pero Tiernoamor no quiso preguntar nada. Ella abrió la boca como hacía siempre que se sentaba allí. Al inclinarse el dentista, le llegó su vaharada de jazmín. ¿O eran lilas?

A Tiernoamor también le llegó la vaharada de la boca de Saladina: ajos y cebollas.

—No —dijo Tiernoamor, apartando la cabeza—. Mejor no. Puaf, ¿qué comiste? Ciérrala.

La cerró y ya esperaba el segundo beso cuando Tiernoamor desapareció. Oyó desde algún sitio: Ahora vuelvo, no abras los ojos hasta que yo te diga. Debes conocer la verdad. Después de un rato, cuando ya empezaba a impacientarse un poco, volvió a oír su voz: Ya puedes abrirlos.

Entonces Saladina abrió lentamente los ojos: frente a ella estaba el señor Tiernoamor sonriente, vestido de mujer.

Llevaba un vestido de flores, zapatos de tacón y medias (debajo, las piernas peludas). Se había maquillado la cara y puesto una peluca. Sonreía tímidamente.

Saladina dijo:

—Te has vuelto a disfrazar, bribón. A ver si adivino de qué...

Pero Tiernoamor explicó muy serio que aquello no era un disfraz. Dijo que él era así, y que antes de que las cosas fueran a más, prefería que ella lo supiera, porque le había cogido mucho cariño: a veces, no siempre aunque cada vez más a menudo, se sentía mujer. Ahora ya sabes por qué nunca conseguí ser uno de ellos..., los maquis.

Saladina escuchaba sin parpadear. La sangre todavía le hormigueaba por las piernas y el bajo vientre. Por fin farfulló:

—Pero si estás disfrazado... tú... a ti te gusta jugar a... me diste un beso.

Tiernoamor volvió a explicarle que aquello no era un disfraz y que a veces, no siempre pero cada vez más a menudo, se sentía mujer.

A Saladina le comenzó a temblar la barbilla.

—¡Marica! —fue lo único que acertó a decir.

Fue entonces cuando volvió a casa. Después de saludar secamente a su hermana, pasó mucho tiempo inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, el mentón apoyado en el pecho. Pensaba, ¿qué pensaba?

Poco después se subió a la higuera.

Capítulo 8

Aunque había estado muy confusa y preocupada por su hermana, Dolores, durante los cuatro días en que Saladina estuvo fuera, sobre todo durante las batidas que hicieron por el monte para buscarla, también había aprovechado para sacar información sobre los oscuros hechos acaecidos durante la guerra.

Siempre que hablaban con ella «de lo que sucedió entonces» se imponía la desconfianza, hasta tal punto que alguien acababa aconsejando, casi requiriendo, que era mejor no hablar de aquello.

Ese «aquello» quería decir «cuando vuestro abuelo vivía». En el pasado sucedieron cosas que ya no se daban, que ya no existían, y de las que nadie quería hablar. Pero un día en que Tristán, el caponero, estaba en la taberna, se fue de la lengua. Alguien le llamó «avaro solitario, colérico y raro como tus capones», a lo que él contestó que gracias a él y a sus capones habían sobrevivido todos cuando don Reinaldo impuso el reparto de víveres.

Apenas empezada la guerra, en Tierra de Chá empezó a escasear el aceite, el azúcar, el tabaco, y entonces fue cuando don Reinaldo empezó a organizados a todos. Aprovechando la furtividad de la noche, se hacía reparto de bienes (principalmente se le quitaba al cura y se les daba a los demás) y se organizaban las labores de cultivo de la tierra. Hasta a don Manuel le pusieron a cultivar patatas con la sotana arremangada hasta la cintura. Una noche, se acercó a la casa una pareja de gendarmes que disolvió la reunión y se llevó a don Reinaldo a dormir a la cárcel.

Una vez de vuelta, el cura habló con él. Le dijo que aquello del reparto igualitario les iba a traer muchos problemas.

—¿Por qué? —quiso saber don Reinaldo—. ¿No predicaba Jesucristo algo parecido? Si no repartimos los víveres serán para un puñado de terratenientes y en último término para usted.

Le recordó don Manuel que habían hecho lo mismo en otro pueblo cercano y que el Gobierno condenó al municipio a entregar todo lo que tenían.

—¿Te das cuenta? —añadió el cura—, nos quedaríamos sin nada y encima estaremos señalados con el dedo.

—Ya hay muchos que no tienen nada.

Pero don Manuel, temeroso de pasar hambre, renegaba:

—No seas cabezota, Reinaldo.

En la aldea cada vez había más controles. La gente seguía subiendo a las bestias a pacer al monte, pero ahora había guardias vigilando los prados con orden de disparar a la mínima. Al atardecer llegaba una camioneta y bajaban dos hombres con pistola en cinto. Gritaban: «¡Arriba España!», y todos salían a la plaza con el brazo en alto: «¡Arriba España!».

Una noche llegó a la lareira un poeta amigo de don Reinaldo. Dijo que en Coruña

los militares habían tomado el Gobierno Civil. La viuda de Meis, Gumersinda la Coja, tía Esteba y la criada Esperanza se pusieron a llorar.

Decían que desde que se había marchado el rey, el mundo había dejado de girar.

Empezaron a llevarse a la gente en camiones, aparecieron cadáveres en las cunetas y se estableció un control de carreteras. Un día, don Reinaldo, que iba a atender a una mujer, se encontró con Tiernoamor por el camino. ¿Qué haces?, le dijo al verle metido en una zanja. ¿No andarás otra vez «buscando»? Y le contestó el señor Tiernoamor: Es un burro. Y dijo don Reinaldo: Los burros no tienen muelas de oro.

A don Reinaldo ya se lo habían llevado una vez y corría el rumor de que si volvían a por él jamás regresaría. Fue entonces cuando pidió a sus nietas que se marcharan, lejos, lo más lejos posible, y que no volvieran en mucho tiempo. Les preparó unos morrales y las dejó en la fraga. Pero a los pocos días las niñas ya estaban de vuelta.

La gente de la aldea estaba intranquila. Se rumoreaba que a tío Rosendo también se lo llevarían por recitar poesías que atentaban contra los valores sagrados. El cura volvió a hablar con don Reinaldo. Tenía hambre y hasta había adelgazado. No era comprensible que toda aquella comida quedara requisada. Si no comía, no podría dar misa. Pues no la dé, le contestó don Reinaldo, ya ve para qué sirve en estos momentos. Entre ellos se tejía un odio sordo.

Entonces, un día, al alba, volvieron a por don Reinaldo. Vinieron a buscarlo y, al no encontrarlo, lo primero que hicieron fue darle una paliza a tío Rosendo. Los militares habían tomado la plaza y se rumoreaba que habían matado a varios paisanos, pobres de solemnidad del monte Bocelo. La aldea estaba asustada y nadie quería salir de casa. Cerca de la carretera, bajo unos matorrales, aparecieron abandonados los cuerpos de un poeta y de un concejal de izquierdas. Alguien les había arrancado los dientes.

Don Reinaldo se pasaba casi todo el día escondido. Sólo don Manuel, el cura, sabía dónde estaba.

La aldea entera sentía la amenaza aunque no podían concretarla. Un día, el señor Tiernoamor fue a ver al cura. Le preguntó si no estaba pasando hambre.

—¡Pues claro que sí! —le dijo el cura, aliviado de pensar que alguien más pensaba en la comida—. Ya no puedo ni pensar. Me rugen las tripas y me tiemblan las piernas. —Miró por el rabillo del ojo a Tiernoamor—. ¿Y tú?, ¿tú no tienes hambre?

—Mucha —dijo éste.

Don Manuel opinó entonces que la cosa tenía solución. Don Reinaldo tenía acumulados en su escondite latas de sardina, pasta, tocino, chorizo..., ¡qué sé yo! Era cuestión de que sacara todo aquello y lo repartiera ya. La guerra no duraría mucho.

Tiernoamor estaba de acuerdo y así se lo comunicaría a don Reinaldo. Trataría de hacerle entrar en razón. Pero había un problema: sólo el cura sabía dónde estaba escondido.

Capítulo 9

Una mañana, poco después del episodio de huida y dramático retorno de su hermana, Dolores se levantó con el palpito de que, antes de que las cosas fueran a peor, tenía que ir a Coruña a contar unas cuantas mentiras a aquel juez que andaba siguiéndoles la pista.

Así que metió en una bolsa tres o cuatro trapos y salió hasta la plaza para esperar el coche de línea. Dos horas después estaba en Coruña.

Le resultó difícil dar con la persona que las buscaba, sobre todo porque ella misma no sabía —o *no estaba segura de saber*— por qué las buscaba. Pero después de dar vueltas y más vueltas por los pasillos del Juzgado, por fin le indicaron que sólo había un juez para la comarca a la que ella pertenecía y que justamente estaba trabajando en su despacho.

La entrevista duró poco más de veinte minutos. Al salir a la calle, Dolores se recolocó la falda y suspiró aliviada. No era por Tomás, su Tomás, por quien el juez quería interrogarla sino por Ramón, el hijo de la criada. Al fin y al cabo, había muerto en su establo y el juez tenía la obligación de aclarar las circunstancias.

De camino a la estación, en donde pensaba tomar el autobús para volver a casa, volvió a sentir aquel cosquilleo frío trepándole la espalda. Una idea germinaba en su cabeza pero no conseguía pensar muy claramente. Días atrás, se había encontrado con tío Rosendo en las eras. Hablaron del tiempo, de las gallinas y de las cosechas, y entonces el maestro le preguntó por aquella idea de presentarse como doble en la película americana. ¿La película de Ava Gardner?, le dijo la Invierna. Esa, dijo tío Rosendo, y añadió con mucha seguridad: No dejes de ir.

Allí, en medio de las eras, bajo las nubes y el sol de tierra de Chá, junto a las vacas que pastaban inmóviles en el prado, el maestro le habló entonces del instante decisivo en la vida de todos. Ese era el suyo, le dijo. Y como no te presentes como doble, ya nunca más volverás a tener la oportunidad de ser actriz. La Ava esa no había venido a España huyendo de Frank Sinatra. Oh, no. Ni siquiera había venido para rodar una película. Nada nunca *meramente* sucedía, y Ava Gardner había venido exclusivamente para que ella, la Invierna Dolores, tuviera la posibilidad de presentarse y convertirse en actriz. Así funcionaba el instante.

—Sí —opinó Dolores pensativa—, ya es casualidad que yo estuviera dándoles el pienso a las gallinas a la hora en que escuché la noticia...

Tío Rosendo contestó que la casualidad no existía.

Dolores dijo entonces que esas palabras le daban miedo. A lo que tío Rosendo respondió que al igual que el humo permite intuir una llamita invisible, así el miedo siempre deja intuir una emoción oculta. Añadió que el miedo, como también el fracaso, formaba parte de la mecánica del instante. Eso fue lo que dijo: «mecánica del instante», como si estuviera hablando del engranaje de un reloj.

Entonces le contó algo que jamás había revelado a nadie sobre aquel día en que tuvo que ir a Coruña a convalidar su título de maestro de ferrado. Le dijo que en el momento en que el tribunal le preguntaba el nombre, justo en ese momento, ocurrió algo terrible: se meó encima. Sí, así como lo oyes, me meé. Me dijeron, ¿nombre? Y yo: Rosendo. Y entonces ya no me acordaba de nada más. Quise decir el apellido, pero ni eso. No me acordaba de mi apellido, ni de dónde venía, ni de cuántos años tenía o llevaba en la profesión. Se me nubló la vista y a continuación sentí el calorcito. Y luego la humedad. Para que veas. Y, aun con ésas, aprobé.

En la taquilla, a punto de sacarse el billete para volver a casa, Dolores se sonreía acordándose de la anécdota. ¿Y si era verdad la teoría de tío Rosendo? Dejó pasar a la gente que tenía detrás haciendo cola y se sentó en un banquito. Posó la bolsa en el suelo. Sin darse cuenta se encontró palpándose los pechos a través de la camisa. Se había fijado en cómo los miraba el juez. Volvió a la cola de la taquilla, sintiendo que nacía en sus entrañas una fuerza poderosa. Y entonces, en lugar de decir «un billete a Tierra de Chá», le salió: «un billete a Gerona».

Tres o cuatro días después, de vuelta en Tierra de Chá, según llegaba por el carreiro, se percató de que su hermana había estado podando la higuera. Las gallinas seguían picoteando en el mismo sitio (allí estaban todas, estúpidas e insistentes), como si no hubiera más huerta que ese mínimo pedazo de tierra, como si ese mínimo pedazo de tierra con guano, pienso y mendrugos de pan fuera el mundo. Encontró a su hermana en la cocina, la cabeza gacha, la nariz embadurnada de mocos, con el aspecto sombrío de una nube de tormenta.

—Sé dónde anduviste —oyó nada más abrir la puerta.

Al entrar, Dolores echó un vistazo a la casa: las sillas derrumbadas, la mesa cubierta de platos sucios, pepitas y jugo, higos aplastados por el suelo, el suelo sin barrer, las contras a medio abrir. Por lo que pudo comprobar, Saladina no había hecho nada, nada que no fuera llorar y comer higos durante todo el tiempo que ella había estado fuera.

—Me cogieron... —dijo Dolores con una sonrisa, derrumbándose en la silla— y me pagaron. Mucho dinero, Sala. Podemos hacer lo que queramos con él. Ya no tendremos que coser.

Saladina alzó lentamente la cabeza. Un relámpago de sangre le acababa de cruzar los ojos.

—¿Te cogieron? —graznó. Dolores sonrió tímidamente.

—Soy actriz. Albert, ya sabes..., me ha prometido que me dará más papeles. Ya está pensando en su siguiente película y...

—¿Albert?

—Albert Lewin. El director de *Pandora*. También es el director de *El retrato de Dorian Gray*, ¿te acuerdas de esa peli en la que un hombre vende su alma al diablo a

cambio de la eterna juventud? La vimos en Coruña. Resulta que envejece el retrato pero él no... —Dolores hizo una pausa, echó una ojeada a su hermana y siguió hablando—: Lewin es productor en la Metro Goldwyn Mayer.

—Ya...

—En dos meses aproximadamente me escribe para hacerme una oferta en firme para ¡un romance en Tecnicolor! Y mira lo que te digo..., llevo años soñando con este momento. Esta vez no pienso desaprovechar la oportunidad...

—¡Por el amor de Dios! —chilló su hermana, agarrándose el vientre—. Entonces..., ¿hiciste la escena del desnudo, cuando Pandora sale del mar bajo la luz de la luna envuelta en una vela de barco...?

Extrañada, Dolores contestó que sí, había hecho la escena del desnudo, que todo el mundo había coincidido en que tenía un cuerpo precioso, con curvas, incluso mejor que el de Ava Gardner, dijeron algunos y... ¿y tú cómo sabes que había una escena de desnudo? Esa escena sólo la conocemos las que nos hemos presentado como extras.

Su hermana se retorció del dolor.

—Tengo el vientre desbaratado —fue su respuesta.

Dolores se puso en pie.

—¡Contesta! ¡Cómo sabes lo del desnudo! ¡Cómo, eh! ¡Cómo lo sabes!

Saladina también se levantó. Fue bamboleándose hasta el sofá y se derrumbó sobre él. Gritó:

—¡El caponero también vino a por su contrato!

Calló de pronto; luego sus entrañas emitieron un gemido triste. Dijo:

—Me duelen los higadillos, Dolores.

Dolores corrió a socorrerla. Se quedó un rato pensativa.

—Otra vez el estómago..., ¿comiste muchos higos?

—¡Juro que ni uno! ¡Ya no como higos desde hace tiempo!

—¿No será por la boca nueva? —le dijo entonces Dolores—, boca y estómago son una misma cosa...

—No es eso... —sollozó Saladina. Quedó un rato en silencio—. Ya no me quieres como antes, Dolor... —dijo entonces.

Dolores la miró fijamente:

—No empieces ahora con esa cantinela.

—No me quieres como antes, Dolor, te vas y me dejas sola, me metes piedras en las lentejas, no me quieres...

Pero al día siguiente Saladina no estaba mejor sino mucho peor. Dolores fue a hablar con el señor Tiernoamor, que le comentó que ya hacía tiempo que su hermana se quejaba del estómago. Le aseguró que esos dolores no podían tener que ver con la nueva dentadura y le recomendó que buscara un médico. En Tierra de Chá no había médico, y la Invierna tuvo que llamar al de uno de los pueblos vecinos, que le prometió que acudiría lo antes posible.

A la mañana siguiente, cuando Dolores salió de la casa para dar de comer a las

gallinas, se encontró con Violeta da Cuqueira sentada en el banco de la entrada.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

—¿Qué haces tú aquí! —la increpó.

Dolores sabía que, no hacía mucho, la vieja Violeta había presagiado que tres hombres de Sanclás iban a morir, y murieron. Soñó con tres castaños que caían y, al despertar, comprendió.

La otra, imperturbable, contestó:

—Se me apareció el espíritu de tu hermana; vine a avisarte.

Dolores le dijo que no tenía ninguna gana de escuchar supercherías. Que se largara de allí.

—¿Y cuándo dices que se te apareció? —añadió.

—Hace dos días; morirá esta noche.

Dolores cogió la escoba y amenazó a la vieja con matarla si no se iba.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó su hermana cuando subió a verla—. Me pareció oír voces.

—Era el viento, mujer. Empieza a soplar del norte. Mira cómo se agita el maíz.

—Ah, sí. El viento... Oye, ¿no te huele a podrido?

Dolores olfateó el aire. Dijo:

—Huele.

—Cógeme un camisón limpio del cajón —dijo entonces Saladina.

Esa misma noche, una ráfaga feroz rompió uno de los cristales y se introdujo en la habitación de las hermanas.

Capítulo 10

Vieja. Alta. Seca.

Saladina la sintió llegar con su violento olor a manzana podrida, la sintió llegar y sortear las carnes de su hermana, que dormía a su lado, es el viento, mujer, que empieza a soplar del norte. La sintió llegar, densa, insistente, ¿con quién hablabas? La sintió llegar acompañada de su música de casi nada.

Descendió la muerte con su peste a monda hasta la Invierna, y durante la noche entera se nutrió la muerte de la propia vida (la muerte no era hermosa, era Saladina extendida sobre la cama con el camisón limpio). Llegó la muerte merodeando como animal que arrastra el hambre de muchos siglos, secreto de sangre, secreto a voces y carne, diciendo a voces: Vine, Saladina, soy yo, la única que todos saben de todos, ¿no tiemblas al verme?, coge tu equipaje de recuerdos, cógelos como puedas porque irás desnuda de todo menos de ellos, ven, ya vine. Sal, Sala.

Saladina.

Al oír el revuelo de sábanas, Dolores encendió el candil. Se alegró de encontrar a su hermana despierta y pensativa, lúcida, con los ojos abiertos como los de una merluza, fijos en la pared.

—Deberíamos pintar el techo —oyó que decía.

—Sí —dijo su hermana con un suspiro de alivio.

Saladina, que ahora se había sentado sobre la cama, mostraba una figura imponente; un espeso ramal de negros cabellos le colgaba por la espalda hasta la cintura. La luz del candil iluminaba débilmente su rostro, atenuando las duras facciones —recuerdos de la viruela, cicatrices y la fatiga de los ojos—, otorgándole una belleza inusual, casi salvaje.

—La casa se cae en pedazos.

—Sí...

—¿Llamaste al médico?

—Pues claro, mujer. No tardará en venir, ya verás.

—No tengo intención de palmarla todavía.

—No la vas a palmar.

—Dolorciñas...

Saladina seguía rígida, sentada sobre la cama y mirando al frente.

—Qué, Sala, qué.

—No te vuelvas a marchar sin mí.

—No.

Pero Saladina ya reptaba sobre la otra cama, camino de los muslos, besando el ombligo y los pechos, la axila sabía a mar.

—La casa se cae en pedazos.

Días después apareció el médico de Sanclás. Esa mañana, Saladina estaba despierta. Al verle entrar por la puerta, se echó a temblar como un conejo. El médico preguntó a Dolores cuánto tiempo llevaba así, y Dolores dijo que ya venía quejándose del estómago desde hacía bastante tiempo. También le comentó que tenía la sospecha de que pudiera ser por los higos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó entonces el médico, dirigiéndose a Saladina. Saladina retorció las sábanas entre las dos manos sudorosas.

—¡Ay, eso tendrá que decírmelo usted! ¡Para algo es el médico!

El médico cerró los ojos unos segundos, como para aguantar el envite.

—Se lo plantearé de otro modo: ¿qué nota usted?

—Dolor —dijo ella. Y añadió—: Se debe a que tengo las vísceras sueltas.

—Ya... —dijo él.

—A veces se me sube una de ellas a la garganta y no me deja respirar —añadió Saladina, sintiéndose muy importante con todas aquellas atenciones.

—¿Una qué...?

—Una víscera —aclaró ella—. Y me produce sofoquinas, ¿comprende?

El médico buscó el estetoscopio en su maletín.

—¿Puedo preguntarle algo, doctor? —dijo Saladina mientras él la auscultaba.

—Pregunte, pregunte...

—¿Esto que me pasa... —fijó en él sus pupilas febriles— puede tener que ver con un beso?

—¿Con qué, mujer?

—Con un beso.

—¿El dolor de estómago?

Saladina tenía aquella expresión vigilante de cuando esperaba una respuesta. Chasqueó la lengua como cuando tenía la dentadura postiza.

—No. El dolor de estómago no tiene que ver con los besos. —Saladina exhaló un largo suspiro.

—¿Y se pega?

—No, no se pega.

Saladina exhaló otro suspiro.

El médico estuvo haciendo más preguntas. Antes de marcharse, en la puerta, habló con Dolores. Saladina aún viviría un tiempo, pero no se iba a curar. El cáncer de estómago era de las peores enfermedades. No tenía tratamiento.

Cuando el médico se fue, Dolores volvió a subir a la habitación. Encontró a Saladina más tranquila.

—¿Qué más te dijo el médico, Dolor?

A Dolores le temblaban las piernas. Apenas podía pensar.

—Nada más. Que pronto te repondrás. Sólo tienes que hacer más reposo.

—¿Más reposo? Se me va a poner el culo gordo.

Una ola de tristeza atravesó los ojos de Dolores.

—Lo tienes muy bonito.

Un poco después, mientras Saladina dormía la siesta, llamó a la puerta el señor Tiernoamor. Dijo que el médico de Sanclás se había pasado por su casa para ajustarse una muela, y que le había contado lo de Saladina.

—Lo siento de verdad —añadió.

—Ya... —dijo Dolores, sin querer abrirle la puerta del todo.

Quedaron ambos en silencio.

—Nunca deberíais haber vuelto —dijo él de pronto.

—Pero volvimos —dijo ella, sorprendida por el comentario—. Ya no se puede dar marcha atrás.

—Hay... hay una manera —dijo Tiernoamor.

Dolores abrió un poco más la puerta.

—La aldea sólo quiere olvidar —prosiguió él—. Yo sé que vuestro abuelo guardaba los contratos. Si me los entregas, acabamos de una vez.

Dolores quedó pensativa. Entonces reunió el coraje para hacer lo que ya venía pensando que tenía que hacer desde hacía mucho tiempo; seguida del señor Tiernoamor, salió a la huerta. Apartó de un puntapié a las gallinas que picoteaban por allí y se hincó bajo la higuera. Con las manos desenterró un cofre de madera que le entregó al mecánico dentista.

—¿Tienes la lumbre encendida? —le preguntó mirando fijamente la caja que tomaba entre las manos temblorosas.

La lumbre estaba encendida y ambos volvieron a entrar en la casa. Frente a la lareira, el señor Tiernoamor abrió el cofre con solemnidad. Los goznes de metal estaban oxidados, pero al fin pudo sacar un taco de sobres anudados que despedía un fuerte olor a moho y a tierra. Uno a uno, con gesto de despecho, los fue sacando para arrojarlos al fuego. En un segundo, los sobres apretados se abrieron como los pétalos de una flor, a continuación se retorcieron danzando en el aire y se hicieron diminutos. Se disponían a alejarse de allí cuando, de pronto, a través de la puerta abierta penetró una corriente de aire. Los trocitos de papel que habían quedado junto a la lumbre subieron por la boca de la chimenea, hacia el cielo. Tiernoamor y la Invierna salieron a la huerta. Ahora los papelitos se precipitaban hacia el suelo para volver a subir, revolotear como diminutas mariposas grises y posarse sobre los árboles, los postes, el montón de tojo seco de la plaza y los tejados de las casas de Tierra de Chá.

—Llueve... —le dijo tío Rosendo a su mujer, mirando al cielo, en la otra punta de la aldea, cuando ambos salían de la casa.

—Mira que eres bobo... —le contestó la viuda, maravillada ante el espectáculo de los papelitos grises, llevándose instintivamente la mano al vientre—. ¿No ves que son mariposas?

Rosendo entornó los ojos y siguió mirando. Dijo:
—Son polillas.

Capítulo 11

El recuerdo era vago, se confundía con los rostros y ademanes, con las palabras de otros hombres; además, la memoria, tan sabia siempre, había silenciado casi todo. Pero, sin darse cuenta, las gentes de Tierra de Chá les habían ido despejando muchas dudas acerca del abuelo.

Un hombre alto, fuerte, decidido. Un hombre con los ojos del color del mar, brillantes, nerviosos. Un hombre con la barba espesa y amarilla, enmarañada. Un hombre con pantalones y chaqueta de pana, a veces con corbata negra. Los pantalones color pardo, viejos, la pana comida por el roce de las manos, con remiendos a la altura de la rodilla. La chaqueta con coderas, demasiado grande. Un hombre guapo, agradable a la vista, la piel curtida.

Un hombre bueno (¿sí...?, ¿de verdad era bueno?), cristiano, comunista. Amigo de la ciencia. A veces, un hombre oscuro, habían oído decir. Y resistente. Se agitaba en su interior una parte desconocida, como esas raicillas enmarañadas que bajo la tierra nunca han visto la luz del sol, y cuya fuerza ciega es el soporte de una hermosa planta de flor amarilla.

Don Reinaldo era la raíz del tojo.

Al tojo lo arrasan los fuegos, lo arrancan los hombres, lo pisan los tractores y, sin embargo, vuelve a brotar en cualquier parte, una y otra vez, agarrado con sus manos a la ladera del monte o sobreviviendo junto al asfalto de la autopista. Él era eso: una fuerza ciega de la que brotaba su delirio apasionado, sus manías y excentricidades, sus nostalgias de juventud (había empezado a estudiar la carrera de medicina pero no pudo terminar), su irreflexivo deseo de controlar y dirigir a los que le rodeaban, de tomar decisiones por todos, de saber, de conocer mucho más. Esa locura de comprar los cerebros fue lo que verdaderamente le llevó a la muerte.

Al poco de morir Esperanza a la Puerta de Nicolasa, se armó un buen revuelo en la aldea. El cura quería darle entierro de inmediato, pero Reinaldo se empeñó en conservar el cuerpo insepulto durante unos días. Por Tierra de Chá comenzaron a desfilar coches y gentes vestidas de traje de chaqueta, principalmente médicos de la Facultad de Medicina de Santiago. El abuelo de las Inviernas les daba cobijo en su casa y allí pasaban el día encerrados, bebiendo coñac y haciendo quién sabe qué.

Unos cuantos, el cura, tío Rosendo y tal vez Tiernoamor, se enfrentaron a don Reinaldo y le conminaron a que enterrase a la pobre criada. Fue entonces cuando él sacó el papel con la compraventa del cerebro, firmado por la propia sirvienta.

Todo eso se lo contó una mañana don Manuel a Dolores. En realidad, la Invierna había ido a descargar su propia culpa. No dejaba de pensar en lo que las había llevado a refugiarse en esa aldea lejana y en el comentario del señor Tiernoamor acerca de

que no deberían haber vuelto... Al principio Saladina siempre había hablado como si ella también tuviera que ver con eso; pero últimamente, parecía querer desentenderse. Dolores notaba que cada vez había más reproche en sus palabras.

Y ahora estaba convencida de que la enfermedad de su hermana había irrumpido en sus vidas por todo esto. Así que una mañana de septiembre, surcada de pájaros y cargada de aromas, fue hasta la casa del cura. Lo encontró desayunando junto a la estufa. Le dijo que venía a confesar pero que no hacía falta ir a la iglesia.

Le dijo que ya no podía más, que tenía un secreto que no era un secreto cualquiera, padre, sino que se trataba de algo oscuro y terrible, un secreto que había querido revelar desde que llegaron a Tierra de Chá pero que no había tenido el valor de hacerlo. Se trataba de algo que la oprimía, como si tuviera puesto uno de esos corsés medicinales. Algo que le tenía que contar, es que tenía que hacerlo, aunque era consciente de que en el momento en que lo hiciera, ya nada sería igual porque...

—¡Pero qué es! —gritó el cura soltando el tenedor y agitando las manos en el aire.

Dolores le confesó entonces que había estado casada con un tal Tomás, pescador de pulpos y fanecas de Santa Eugenia de Ribeira, sólo por escapar de los zarpazos de la rutina y por la ilusión de acceder a una vida distinta. Pero al poco tiempo, al comprobar que no sólo no estaba enamorada sino que su vida era aún más aburrida junto a él, le...

—No puedo, padre. No puedo contarle nada más...

Don Manuel puso el plato con el chorizo y los huevos fritos a un lado. Últimamente, no tenía apetito; y no tener apetito le aburría. Estaba a punto de volver a hablar cuando, sin saber por qué, se sorprendió a sí mismo pensando en que eso era justamente lo que él solía contestarle a su madre, «no puedo, no puedo contarle nada más, madre...», cuando ésta le pedía que le hablara de los secretos de la gente de la aldea.

Se dio cuenta entonces de que también, justo antes de empezar a comer los huevos fritos, había estado pensando en su madre, en su palma enrojecida después de golpear la mesa de madera de la cocina, aquel día de hacía mucho tiempo, y en el ruido que hizo, y en aquellas palabras, «tú serás cura y no se hable más del tema, así que no es bueno que andes con mujeres, las mujeres son malas, Manoliño...».

—¿Vienes para confesar que abandonaste a tu pobre marido? —dijo de pronto.

—No —contestó la Invierna.

Quería seguir preguntando, pero sabía que no podía ser demasiado directo.

—Y... el tal Tomás... si es tu esposo y no le abandonaste, ¿cómo es que no está aquí, contigo?

La Invierna le dijo que no podía contarle más pero que no tenía que preocuparse por el pescador de pulpos, pues ahora estaba muy tranquilo. Más tranquilo que nunca.

El cura tragó saliva.

Capítulo 12

A pesar del reposo recomendado por el médico, Saladina se sentía cada vez más débil. Cada paso era un esfuerzo. Se sentaba a la mesa con ganas, pero enseguida le venía el asco. Apenas comía y los dolores eran tan fuertes que le impedían dormir. Por la mañana se levantaba con la sensación de tener las vísceras sueltas, o eso decía ella. Dolores se desvivía. Su vida ahora estaba junto a su hermana.

No subía al monte, apenas cosía ni se pasaba por la taberna.

Dedicaba la jornada entera a atenderla, a conseguir que comiera algo y a aliviar su dolor; no había grietas en su dedicación y en su paciencia.

La enfermedad había conseguido dulcificar el carácter de Saladina y la mantenía serena. Pero, extrañamente, esa serenidad era lo que menos convencía a Dolores. Aquella mujer apática no era su hermana. Su hermana *era* su carácter desabrido, su vehemencia, sus destemplanzas. Esa resignación con la que ahora se levantaba por las mañanas para «ser cuidada» la desconcertaba y hasta la hacía sospechar. Saladina siempre había sido impetuosa y malhumorada, siempre había sido la que tomaba las decisiones por las dos; ahora era un pelele. «Parece que sólo espera a que le llegue el momento», pensaba Dolores.

Pero un lunes de octubre las cosas parecieron adoptar un rumbo nuevo. Como cada día desde que volvió de Tossa de Mar, Dolores salió a la huerta para ver si había llegado la carta de Albert Lewin con la oferta para protagonizar su siguiente película («¿dónde vas?», le preguntó Saladina. «A buscar mi destino entre las cuatro paredes del buzón», le contestó Dolores con ironía).

Pero, como siempre, en el buzón no había nada que no fueran telarañas. Luego fue a atender a la vaca Greta, que también estaba cada vez más débil. Una vez en el establo, le pareció oír un ruido y miró por el ventanuco.

Envuelta en su negra capa, los brazos suspendidos en el aire, avanzaba lentamente hacia la casa Violeta da Cuqueira. Según explicó al llegar, alguien de la aldea, cuyo nombre no podía desvelar, le había pagado para que sanase a Saladina. Dolores sacó la escoba para molerla a palos pero su hermana, que había escuchado la conversación desde la cama, pidió a la bruja que subiera.

Con la lejana serenidad que la caracterizaba, sacando dos cuencos de un saco de arpillera, la vieja explicó que venía a hacerle lavados de salvado de centeno y friegas de manteca de cerdo. Oído lo cual, sacando fuerzas de flaqueza, Saladina dio un puntapié a la manta que la cubría, se alzó el camisón y, dejando el vientre al descubierto, dijo:

—Soy toda tuya, da Cuqueira.

A la mañana siguiente, después de tres lavados de salvado y cinco friegas de manteca, Saladina despertó chasqueando la boca como en los viejos tiempos.

Se sentó sobre la cama, se palpó el estómago y dijo que tenía antojo de comer

chorizo. Su hermana se lo desaconsejó, y en su lugar le trajo un caldo limpio. No tuvo fuerzas para levantarse, pero ese día lo pasaron charlando, rememorando momentos del ayer, como hacían cuando estaban a gusto. Saladina le pidió a su hermana que le contara un cuento. «Un cuento» era siempre el mismo cuento: «Pues érase una vez un señor al que llamaban *Camión de Taragoña*, que estaba en los puros huesos, con las barbas espesas y muy largas...».

—Como Jesucristo —puntualizaba Saladina.

—Como Jesucristo... —proseguía su hermana—, que corría cuarenta kilómetros al día y que, al pasar por las aldeas, la gente salía a las puertas a saludarle y...

—Se te olvidó decir que tenía taparrabos.

—Bueno..., sí, sólo vestía un taparrabos y entonces un día...

—También se te olvidó decir que corría a través de los maizales...

—Sí, a través de los maizales y las carballeiras y los carreiros y los caminos, «adiós, camionciño, adiós», ya nevara o granizara, tronara o lloviera a cántaros, abrasara el sol o se acercara un huracán, hasta que un día...

—Hace mucho que no viene nadie... —la cortó Saladina de pronto.

Dolores la miró extrañada.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—A reclamar el contrato, el contrato de los cerebros...

Dolores quedó callada.

—¿Crees que los consiguieron?

La Invierna Dolores se encogió de hombros.

Durante el almuerzo Saladina volvió a comer con apetito. «Demasiado apetito», se dijo Dolores mientras devolvía la bandeja a la cocina.

Esa misma tarde, cuando Dolores se inclinó para tapar a su hermana, ésta sacó sus largos brazos huesudos y se los pasó a su hermana alrededor del cuello. Le dio un beso y mirando por encima del hombro en dirección al cielo, más allá de la ventana, preguntó si ya era de noche.

—No —dijo su hermana—, ¿por qué lo dices?

Quedaron ambas embobadas, contemplando el horizonte.

Miles de aves de todos los tamaños y colores, búhos, gallinas y capones oscurecían el cielo. Soltando un estridente graznido, agitaban lentamente sus alas, volaban imparables y ciegas con los cuellos estirados. Guiadas por un sentido atávico y poderoso, también las gallinas de las Inviernas emprendieron el vuelo, primero torpe y a ras de suelo, luego ligero, para remontar y unirse a aquella masa de aves que ahora gravitaba sobre el monte Bocelo, inmóvil,

cada vez más lejana.

Al día siguiente, Saladina se levantó y, envuelta en chales y mantas, dijo que si a ella le habían funcionado las friegas, a la vaca no tenían por qué irle mal. Bajó hasta

el establo con el salvado y la manteca y dedicó un buen rato a fregar el vientre desinflado de la pobre Greta Garbo, que se dejaba hacer con la boca abierta y sin fuerzas para rebelarse. Luego, cansada por el esfuerzo, se sentó junto a la lareira.

Dolores, contenta de verla en pie, encendió el fuego y le preparó el desayuno. Entonces Saladina le pidió que contara con detalle cómo había sido lo de Tossa de Mar.

—¿De verdad quieres oír eso? —le preguntó su hermana—. Tal vez... tal vez no sea el momento.

—¡Habla! —dijo Saladina.

El rostro exangüe y quieto, tragando una saliva amarga, Saladina escuchó todo lo que Dolores había visto: el mar, las cámaras, las luces, los trajes, los escenarios, los hombres. En la bahía de Tossa había un promontorio en plena playa, en el que se situaba un pequeño recinto amurallado medieval con siete torres circulares. Los responsables estaban filmando allí; el rodaje de *Pandora y el holandés errante* se iniciaba a las siete de la mañana y no terminaba hasta las ocho de la tarde. El resplandor era tremendo y por ello tenían que colocar una red negra que se veía desde todas partes. Ya llevaban más de dos semanas buscando dobles, y a pesar de todas las mujeres que habían visto y entrevistado, todavía no habían dado con nadie adecuado para doblar a la famosa actriz.

El día en que llegó Dolores, como casi todos, había una fila de mujeres que esperaban para la prueba. La Invierna preguntó quién era la última y esperó su turno.

Al principio, cuando la vieron vestida con su falda, su chaqueta de ochos y su pañoleta de aldeana, ni siquiera imaginaron que se había acercado a ellos para presentarse a las pruebas. Luego, cuando dijo en un inglés casi perfecto, y mientras se soltaba el cabello, que venía a hacer el papel de doble de *Pandora y el holandés errante*, que tenía algo de experiencia, bueno, no mucha, pero que lo que no quería hacer eran desnudos, comenzaron a mirarla con más detenimiento.

Quedaron fascinados.

Albert Lewin le había hablado de su nueva película, y de su intención de contratarla. ¿Para una nueva película? ¿Tú, de actriz principal? Sí, de actriz principal, ya te lo conté cuando volví, ¿no te acuerdas?

Pero de momento eso no era importante. Lo importante era que Saladina se curase, y hasta que no se curase, no se movería de allí. Las dos se marcharían de la aldea juntas en cuanto pudieran, ahora lo tenía claro. ¿Te duele el vientre, Sala? Pues no, Dolorciñas. Desde que vino la vieja Violeta con sus ungüentos estoy mucho mejor.

Ninguna de las dos sabía entonces que la enfermedad sólo estaba preparándose para renovar su ataque con brutales y renovados bríos.

Capítulo 13

Por entonces la aldea también sufría cambios. El alcalde de Sanclás hizo traer la electricidad a todas las casas; se construyó una pista que comunicaba Tierra de Chá con Coruña y se instalaron retretes en muchas viviendas. Estaban canalizando el agua potable y llevándola hasta la plaza. Teléfono no se instaló. Cuando tendieron los cables a lo largo de la carretera, la aldea entera rechazó la oferta de tener una cabina. ¿Para qué iban a gastarse el dinero en algo que nadie iba a usar? Se trajeron ordeñadoras a casi todas las casas; Dolores y Saladina no quisieron adquirir la suya: nunca traicionarían a la Greta con un sacaleches.

Desde las friegas y los lavados que le aplicó Saladina, la vaca había ido recuperando peso poco a poco, daba coces cuando la molestaban los tábanos, había vuelto a subir al monte y producía una leche que era la envidia de todos los paisanos, de excelente calidad, ligeramente ácida pero muy buena para hacer requesón.

Así transcurrió la vida durante quince o veinte días. Hasta que una noche en que estaban cenando, las Inviernas oyeron balidos en el establo. Una le propinó un codazo a la otra.

—¿Oíste? —le preguntó.

—Oí.

—¿No fueron balidos?

—Fueron.

Quedaron pensativas. Hacía meses que habían vendido las ovejas. Ya antes de que se fueran las gallinas, el cuidado de la vaca era más que suficiente para mantenerlas ocupadas durante todo el día. Les hicieron una buena oferta y vendieron las tres ovejas y la cría recién nacida. Pero aquello que acababan de escuchar eran balidos...

Dolores fue hasta el dormitorio y levantó la trampilla. Sentada sobre las patas traseras, estaba la vaca Greta, balando a las estrellas con la boca abierta como hacen las ovejas.

Se calmó una vez ordeñada, pero al día siguiente ya no tenía ni una gota de leche.

Pero no sólo fue la vaca Greta. A decir de tío Rosendo, también la viuda de Meis había empezado a comportarse de manera extraña.

Le pedía a su marido moras agrias del bosque, cuajada o requesón. Antes de hacerse una tortilla, cascaba el huevo y lo escrutaba atentamente para asegurarse de que no tuviera dos yemas; lo mismo con las vainas de las castañas, que a veces vienen dobles. Se negaba a aspirar el olor de ciertas flores o a tocar el hígado de los cerdos de la matanza. Al atar el carro, evitaba pasar por debajo de la cuerda, por miedo a que «al niño» se le enrollara el cordón al cuello: ¿niño?

Niño por aquí, niño por allá.

Tío Rosendo la seguía trajinar por la casa, como quien sigue con la mirada a una mosca, escuchando con agobiante ansiedad decir todas aquellas patochadas. Hasta que un día en que volvía de la escuela, encontró a la viuda hincada sobre el terreno de la casa, sucia y feliz, comiendo puñados de piedras y tierra como un animal. Entonces se decidió a preguntarle qué era lo que le pasaba últimamente.

La viuda de Meis alzó lentamente la cabeza. Parecía una niña jugando a las comiditas en el jardín de casa.

—Dicen que si no se satisfacen los antojos, nacen con manchas... —le dijo.

Tío Rosendo tragó saliva. Desde hacía una temporada, concretamente desde que vieron todas aquellas mariposas grises en el cielo, había observado que su mujer había dejado de hacerle la puñeta. No es que estuviera especialmente amable, pero al menos ya no dedicaba su tiempo a ver cómo podía hacerle la vida imposible, y esto le inquietaba. Por la mañana, cuando salía a la escuela, hasta se despedía de él, y luego, cuando volvía, le tenía preparada la comida y se quedaban charlando con el café. Ya no hablaba tanto del pasado, ni de la maldita *ausencia*, y un día hasta le pidió que le recitara una poesía.

En un momento dado, al maestro se le pasó por la cabeza que estaba embarazada, aunque dos minutos después descartó el pensamiento; ya otras veces su mujer había tenido fantasías de ese cariz.

Siempre había tenido fantasías, sí, y siempre había insistido en que hasta que Rosendo no le diera un hijo, ella no podría olvidarse de su marido muerto.

Pero a los pocos días, al mirarla atentamente, volvió a pensar en ello: la cara ajada y revieja de la viuda se iba dulcificando y cubriendo de un juvenil paño de pecas, ¿no era eso lo que ocurría cuando la mujer estaba esperando? Algo rebullía y reverdecía en la aridez de las entrañas de su mujer, estaba convencido, como esa hierba olorosa que cada día iba a cortar al monte y traía en su carro. Porque el vientre se iba abultando...

En la taberna y en el horno empezó a correr el runrún de que tío Rosendo había sacado «las noblezas alicaídas» y no paraban de lisonjearle su virilidad y de preguntarle si su mujer andaba «con la barriga».

Unos días después, fue ella misma la que contó a todos que estaba esperando.

Nadie la creía y los niños le levantaban la falda para buscarle el cojín. Hasta que la viuda le dijo a su marido que había hecho llamar al médico de Sanclás. Vino éste al cabo de unos días y, después de examinarla, dijo mirando al tío Rosendo y propinándole unas palmaditas en la espalda:

—Increíble pero cierto. A veces se producen fenómenos de esta envergadura. Porque ¿cuántos años tiene usted, viuda?

—Cincuenta y dos —dijo ella muy orgullosa, mientras se subía la cremallera de la falda.

—Increíble... —volvió a decir el médico, negando con un recio ademán de la cabeza—. Desde luego, en esta aldea sí que pasan cosas raras...

Tío Rosendo miraba alternativamente a uno y a otro. No podía opinar porque se había quedado sin habla. Su mujer embarazada. Él, padre. ¡Un niño! A decir verdad, no recordaba haber tenido relaciones con su mujer, ni recientes ni remotas, pero...

—Y mi marido sesenta y tres —dijo la viuda, sacándole a él y de paso a todo el mundo de dudas—. Pero siempre fue muy dotado.

Si el médico lo decía... Ese médico no era un santero. Ese médico había estudiado la carrera de medicina en Santiago.

La viuda dejó de subir al monte con el carro para recoger hierba. Cada vez estaba más abultada y no había dudas del embarazo.

Pero tío Rosendo no las tenía todas consigo. Cuantas más vueltas le daba, más raro le parecía todo; y por eso se decidió a ir a hablar con el cura. Seguro que él le daría alguna explicación. ¡Qué estúpida era la vida! Necesitaba una explicación porque el carácter de su mujer se había dulcificado y porque le trataba mejor que nunca. Tenía razón el médico de Sanclás al decir que en la aldea estaban ocurriendo cosas raras.

Encontró al cura en la salita de su casa. Al oír que alguien llamaba al timbre, apagó rápidamente el televisor y lo cubrió con un paño negro. La criada fue a abrir la puerta y le informó de que era el maestro que quería hablar con él. Don Manuel se alegró de que un feligrés viniera a pedirle consejo.

La criada condujo a tío Rosendo hasta la salita. Un lugar siempre en penumbra con olor a cosas viejas: una butaca, la mesa con el reloj de sobremesa, las cortinas adamascadas, dos cuadros de caza y el televisor tapado con el paño negro. Encima de un aparador de madera había un retrato de la madre de don Manuel. La mirada de esa mujer le perseguía a uno por toda la estancia.

Tío Rosendo tomó aliento. Dijo de pronto:

—Padre, la Virgen María...

—¿Sí? —respondió el cura.

—La Virgen María... —tartamudeó tío Rosendo—, ¿cómo fue eso, *exactamente*, padre?

—¿El qué?

—Pues eso; lo de la Virgen...

Don Manuel se removió en su asiento. Dijo:

—Rosendo, al grano.

Tío Rosendo confesó que en realidad la Virgen María le importaba un cuerno; explicó entonces lo que le ocurría a su mujer y también dijo que le inquietaba su cambio de actitud, y en general todo lo que estaba ocurriendo en la aldea.

—No es que haya notado nada concreto —añadió—, pero tengo el pálpito de que van a ocurrir cosas, más cosas...

Don Manuel le escuchaba con los ojos muy abiertos.

—Yo también... —le dijo al cabo de un rato—. Y creo... —se aclaró la voz—, ahora me atrevo a decir que tiene mucho que ver con la llegada de las Inviernas a

Tierra de Chá. Dicen que una de ellas abandonó a su marido...

—¿Abandonó?

—Llámallo como quieras. Y la otra hace listas muy raras con los nombres de la gente de la aldea...

—¿Nuestros nombres?

—Nuestros nombres.

Rosendo estaba de acuerdo. Estaba convencido de que, después de tanto tiempo fuera, no habían vuelto sin motivo. Habían vuelto por venganza. Se quedó mirando al cura fijamente.

Don Manuel tragó saliva.

—¿Venganza, dices? —dijo.

—Fue una pena lo que le hizo usted a don Reinaldo. Era amigo mío, ¿sabe?, no se lo merecía... Sólo porque usted no pudiera pasar sin comer unos días...

El cura se puso en pie y comenzó a caminar impacientemente de un lado a otro. Luego se volvió a sentar.

—Tú tampoco estás libre de culpa, Rosendo.

—Las mías eran razones de peso —aclaró el maestro—. ¿No ve usted que cada vez que venían a por él y no lo encontraban me pegaban una paliza, a mí, simplemente por ser el maestro de la aldea y porque un día se me ocurrió decir que al mundo lo salvaría la poesía?

El cura echó una ojeada al retrato de su madre.

—Ése no fue el motivo y tú lo sabes tan bien como yo —dijo—. Si estás aquí es por algo.

—Sí lo fue —dijo Rosendo—. Yo tengo la conciencia tranquila. Si no lo pillaban a él, me hubieran matado a mí. Eso es todo. No hay que darle más vueltas a las cosas.

A don Manuel le temblaba un poco la barbilla. Acercó el plato con unos churros que le había puesto la criada. Pero, acto seguido, lo volvió a alejar.

—Detrás de la gula está el miedo —dijo de pronto.

—No —le rebatió Rosendo—. Deje ya de poner excusas; detrás de la gula no está el miedo: está la gula. El pecado mondo y lirondo.

El cura suspiró con cierto alivio; volvió a mirar al retrato de su madre. Dijo:

—Ahora sería... sería conveniente que no siguieran por aquí.

—¿Quiénes?

—Ellas.

—¿Las Inviernas?

Quedaron ambos callados, mirando al suelo.

—No se van a ir —dijo el maestro, apesadumbrado.

Luego don Manuel levantó la vista, miró a Rosendo a los ojos y, aclarándose la voz, añadió:

—¡Ya veremos! Y también creo que..., estando las cosas como están, no debes preocuparte por lo de tu mujer sino todo lo contrario —dijo con un tono de voz

renovado—. Si ella dice que es tu hijo, no hay más que hablar. El nacimiento de un niño es siempre una bendición. Y no es la primera vez que a una mujer le cambia el carácter cuando está preñada. ¿Para cuándo es?

Capítulo 14

Fue entonces cuando, poco a poco, como una sombra que recorre la habitación, tío Rosendo empezó a disfrutar de la noticia y a pensar en el bebé. Con semejante bodrio a su lado durante tantos años, el deseo de ser padre había sido maquinalmente eliminado de su cabeza. Pero ahora, al ver a su mujer cada vez más abultada, y al escuchar las enhorabuenas y los piropos de la gente en la taberna, una alegría doméstica y humilde se apoderó de él. Un niño en aquellas vidas era como un rayo de sol en un día de lluvia. Tal vez lo que no habían conseguido años y años de matrimonio, se conseguiría ahora con un niño.

Un niño a quien leerle a Rosalía de Castro.

Dejó de beber. Por las tardes, en lugar de ir a la taberna, se metía en el cobertizo: estaba construyendo una cunita de madera. Limpió a fondo una de las habitaciones de la casa y la metió allí. También recogió juguetes que los niños de la escuela ya no querían.

Toda esa alegría se fue al traste una tarde, cuando el matrimonio estaba en la salita. Durante toda la mañana la viuda había estado muy taciturna, como queriendo decir algo, sin dejar de mirar por la ventana.

Por fin, cuando Rosendo se disponía a encolar la pieza de un balancín de madera que había rescatado de la basura, se oyó su voz:

—Mira una cosa, Rosen, ¿estás ocupado?

Nunca le había llamado por su nombre y menos por un diminutivo, y el mero hecho de oír aquello de «Rosen» en boca de su mujer le hizo echarse a temblar. Sin embargo, y para que la viuda pensara que sí estaba ocupado, no contestó.

—¿Me escuchas, Rosendo? Quiero hablar contigo.

Por fin se escuchó una vocecita que salía de la penumbra de la estancia:

—Te escucho...

—Mira, sé que te hace feliz lo del niño...

—¡Pues claro, mujer! No hago más que pensar en ello. No hemos disfrutado de nuestro matrimonio, viu... viuda de Meis. Han ido pasando los años y tú y yo cada vez somos más extraños el uno para el otro. Nos hemos hecho a esta vida, pero... Mira, yo creo que el niño nos va a unir. El niño sacará lo mejor de cada uno, ya verás, viudiña. Ya verás qué bien. Mira qué balancín más bonito encontré ayer, ahora mismo lo arreglo yo...

—De eso mismo quería hablarte yo. —Se hizo un silencio.

—¿Del balancín?

—Del niño.

Ya estaba; acababa de caérsele la venda. Ahora vendría el momento en que tío Rosendo tenía que oír que el hijo no era suyo. Claro, pues ¿qué se había pensado, que los niños vienen así por así, sin tener relaciones? Pues le daba igual de quién fuera. A

ojos de la aldea, él era el padre y seguiría siéndolo.

Oyó la voz de la viuda:

—Al principio pensé que todo era distinto... Pero ahora ya sé que no. Quería decirte que nada ha cambiado entre nosotros y que nada cambiará.

Tío Rosendo no respondió. Trataba de descifrar las palabras que acababa de escuchar.

—No entiendo —dijo.

—No hay nada que entender. Todo sigue igual.

—Sí, salvo que ahora seremos tres —dijo Rosendo.

—Cuatro —sentenció la viuda.

Tío Rosendo se dispuso entonces a extender la cola por la madera del balancín.

Pensó que el juguete iba a quedar mucho mejor que nuevo.

Capítulo 15

El señor Tiernoamor visitaba de vez en cuando a Saladina, y las Inviernas estaban cada vez más convencidas de que era él el que había pagado a la vieja Violeta para sanarla con las friegas y los lavados. El negocio de las dentaduras postizas iba viento en popa, cada vez tenía más clientes, no sólo la gente de la aldea sino también de Sanclás y los alrededores. Como consecuencia, se acababa de comprar un SEAT 1400 de color rojo, y se tiraba el día entero conduciendo calle arriba, calle abajo, haciendo sonar el claxon para que todo el mundo se enterara de que era el más rico de la aldea.

Cada vez escondía menos los ademanes femeninos, incluso una tarde se atrevió a presentarse en la taberna con vestido de flores, piernas peludas y zapatos de tacón.

Por entonces le habían llamado tantas veces «maricón» que la palabra estaba hueca; había dejado de dolerle.

Si es que alguna vez le había dolido.

Como había hecho durante mucho tiempo, por las tardes, después de despedir al último cliente, se perdía por el pasillo de su casa para encerrarse en su habitación de paredes rosas, se ponía aquellos vestidos de colores y se subía a los tacones para mirarse al espejo.

Durante muchos años, mientras buscaba piezas, las pulía y las hacía casar como en un rompecabezas, mientras se inclinaba sobre las pútridas bocas de sus clientes para colocar las dentaduras nuevas, la recompensa de ese rato de furtiva intimidad que vendría a continuación había sido su aliciente. Ahora era distinto. Ahora el secreto carecía de sentido simplemente porque todos sabían lo que hacía al cerrar la consulta, todos sabían quién *era él* (pero ¿quién soy yo?, se decía mirándose al espejo), pero entonces... ¿qué tenía sentido?

Un día detuvo el coche frente a la casa de las hermanas, sacó la cabeza y al ver que Saladina estaba tomando el sol en la huerta, se ofreció a darle una vuelta. Con las ventanillas abiertas pasaron por las eras y el horno, traqueteando sobre la gravilla y saludando a todo el mundo por el paseo de los tilos. Era la primera vez en mucho tiempo que Saladina salía de casa y se divertía; hasta soltó una buena risotada cuando Tiernoamor detuvo el coche y se volvió para coger lo que llevaba en los asientos traseros: la botella de aguardiente de hierbas del país.

—Ya no necesito la anestesia... —dijo cuando paró de reír.

—¿Y qué? —contestó él, ofreciéndole la botella.

Echaron un trago largo cada uno. Luego quedaron pensativos, contemplando los tilos del paseo.

—No sabe igual, ¿verdad? —dijo el mecánico dentista.

—Justo te iba a decir lo mismo. Está como picado... —Saladina hipó dos veces —. Sabe a... sabe a corcho, a tierra o a...

—A desilusión —le cortó Tiernoamor—. Las cosas saben a desilusión, especialmente aquellas por las que se ha esperado tanto.

Prosiguieron la ruta en coche. Pero Saladina se había quedado taciturna, ya no reía, ni habló más. Hasta que, a la altura de la iglesia, comenzó a removerse en el asiento, a palparse los bolsillos y a mirar a un lado y a otro, como queriendo salir.

—¡Dios mío! —dijo por fin—. Me dejé la lista...

Alarmado por el tono de voz, el señor Tiernoamor detuvo el coche al pie del atrio. Se volvió:

—¿La lista? —preguntó pensando que a lo mejor se trataba de una lista importante, con su medicación o algo así.

En la cara de Saladina había ansiedad y sus ojos centelleaban.

—La lista.

—¿La lista de qué? —se atrevió a preguntar el señor Tiernoamor. De repente empezó a pensar que había sido una locura invitar a una enferma a aguardiente.

—La lista de los reyes godos.

—¿Reyes locos?

—Ésa. Y las tijeritas también. ¡Dios mío! ¡Debí de dejármelas en Inglaterra!

Cuando volvieron, Tiernoamor le contó a Dolores en la puerta lo sucedido; ésta dijo que Saladina tenía muchas listas, y no le dio mayor importancia. El señor Tiernoamor se quedó callado.

—Invierna... —dijo de pronto.

—Qué.

—¿No te esperaban para hacer cine en algún lugar? Por la aldea corre ese rumor.

—Así es.

—Pues deberías irte.

Dolores le miró asustada. Dijo:

—Mi hermana está enferma. No me puedo ir a ningún sitio.

—Eso depende.

Durante un rato, Dolores y Tiernoamor se examinaron mutuamente en silencio.

—Ya te dije que la gente sólo quiere olvidar —dijo él.

—¿Y no olvidaron ya? ¡Quemamos los contratos de compraventa!

A través de la puerta entreabierta, Tiernoamor echó un vistazo al interior de la casa.

—Para olvidar necesitamos que no estéis...

Dolores le cerró la puerta en las narices.

A partir de ahí, si bien Saladina estaba mucho mejor del estómago, empezó a comportarse de manera extraña; hacía cosas que no había hecho jamás, como dejar cuerdas atadas con nudos por toda la casa o hacer constantes referencias a personas que Dolores no conocía como el «pobre Denis» o «the stupid Margaret that is equally

puré and virtuous as a cat».

Era verdad que tenía muchas listas, llevaba la mitad de la vida haciéndolas, pero ahora todo era susceptible de pasar a formar parte de una nueva clasificación. Había cucarachas, chinches y mosquitas muertas en el sobrado, eran cosas muy distintas, Dolor, así que elaboraba una nueva lista titulada «Insectos con y sin concha». Recados pendientes, pensamientos. Clasificaba y jerarquizaba conceptos, haciendo grupos de perros, coches y productos de limpieza mientras le explicaba a su hermana que no todos los hombres son padres, pero sí los padres son hombres.

Lista por aquí, lista por allá. En la casa no quedaba espacio para colgar una lista más.

Sobre el alféizar de la ventana, en una caja, tenía un grillo que había encontrado en las eras, junto con una maceta de geranios. Estaba haciendo cualquier cosa y de pronto se ponía en pie de un brinco, giraba el tronco a un lado y a otro, se llevaba las manos a la cabeza y le entraban una prisa y un desasosiego incontrolables.

Decía que tenía que marcharse.

—¿Dónde tienes que marcharte ahora, mujer? —le preguntaba su hermana mientras cosía.

—A dar de comer al grillo y a regar los geranios.

Dolores bajaba la labor y la miraba entristecida.

Sentirse estresada por el cuidado de un grillo y por tener que regar los geranios no era del todo extraño, al fin y al cabo Saladina siempre fue una mujer maniática. Lo que a su hermana le llamaba la atención eran los pequeños despistes. Por ejemplo, el de aparecer a la hora de comer con un sujetador en la cabeza, convencida de que tenía una diadema puesta. ¿No les había contado una vez tío Rosendo que esto es lo que hacía el abuelo en sus últimos días?

Aunque nunca había sido religiosa, a Saladina le dio por ir a confesar con don Manuel. Y un día, en medio de la confesión, calló bruscamente, como si se hubiera acordado de un pecado mortal. Introdujo bruscamente la cabeza por el confesionario y dijo lanzando al aire su aliento de ajos y cebollas:

—Padre, ¿usted no vería una lista?

Don Manuel, que ya conocía su afición por las listas, contestó:

—No, mujer, la de los reyes godos, supongo..., y luego..., ¿te la quitaron?

—Sí, me la robaron los rojos. Y unas tijeritas de uñas también.

—Tú no te apures, mujer, que ya aparecerán...

Fue a finales de octubre cuando Dolores notó que había algo que indudablemente estaba mal. Estaba haciendo filloas en la cocina cuando se acercó Saladina y se quedó en la puerta abstraídamente, ajustándose el elástico de las bragas por debajo del camión.

—¿Quieres algo, Sala? —le dijo su hermana.

—No, gracias. —A Saladina se la veía muy tranquila y sonriente—. Estaba sólo pensando. ¿Te acuerdas de la lista de los reyes?, ¿la que guardaba en el cajón de la

mesilla?

Dolores la miró y se quedó pensando. En su rostro vio algo más que aquella cara ajada de nariz aguileña. Vio paisajes vertiginosos, una mañana de bruma, la espalda de una mujer que avanzaba a zancadas por el muelle, la caída de la tarde, el mar, intenso y poderoso, muy azul, banderitas de colores y de nuevo la bruma gris trepando por las casas y las cosas. Lluvia. Pájaros y lluvia. Luego, sin saber por qué, le vino a la cabeza la promesa de Albert Lewin de protagonizar su siguiente película. El director le había dicho que todavía no la tenía del todo pensada, pero que tenía intención de que fuera algo exótico, filmada en algún país como Marruecos, Egipto o Siria, y que ella encajaba a la perfección como protagonista. Dolores se daba cuenta ahora de que aquella carta jamás llegaría a una aldea remota como Tierra de Chá. Siguió mirando a su hermana, que esperaba la respuesta chasqueando la lengua contra los dientes, como hacía siempre que estaba excitada.

—¿La de los reyes godos? ¡Cómo no me voy a acordar! —dijo por fin Dolores—. ¡Y de las tijeritas también!

—¿Crees que me la dejaría en Inglaterra?

Dolores dejó de revolver la masa de las filloas.

—No —sentenció—. Yo creo que no.

Pero la respuesta dejó a Saladina un tanto indiferente. Después de un instante, volvió al ataque:

—Verás, es que ayer, cuando hacía la cama de la 504, la puse sobre la bandeja para que no se perdiera. A veces, cuando estoy limpiando una habitación...

Dolores no la dejó concluir.

—¡Saladina! —exclamó—. ¡Ya hace más de veinte años que no pisas Inglaterra! ¡Ya hace siglos que no limpias las habitaciones de aquel asqueroso hotel de Eastleigh en donde te hacían trabajar como a una esclava!

Saladina se quedó inmóvil. En sus ojos había sorpresa, preocupación y una especie de terror acorralado. Se agarró el vientre y tuvo que sentarse.

—Yo creo... —continuó Dolores, soplándose el flequillo de la frente y reanudando la labor de revolver la masa líquida de las filloas— que te las robaron los rojos.

De repente, el rostro crispado de Saladina se animó.

—Sí —dijo aliviada—, sin duda fueron los rojos.

Capítulo 16

La aldea entera estaba consternada, no sólo con la enfermedad de Saladina, sino con todo lo que estaba ocurriendo.

Desde hacía tiempo se respiraba en el aire una suerte de amenaza y no era preciso ser muy listo para saber que pronto se desataría un mal incontrollable. Se veía en las caras perplejas y ajadas de las gentes. Se olía en el aire y se vislumbraba al atardecer, cuando el cielo se cuajaba de naranjas. Se intuía en los comentarios a medias, en las sonrisas reprimidas y las risas apagadas.

A menudo, movidos por una morbosa desazón, se acercaban a la casa a buscar respuestas como animales extraviados; asomaban sus rostros sucios por la ventana y preguntaban por la enferma. Pero Saladina era sólo la excusa; Dolores tenía el palpito de que todos deseaban que se fueran de la aldea y que, con este fin, en cualquier momento vendrían a pedirles cuentas por cualquier cosa. Pensó varias veces en coger sus bártulos y huir, desaparecer tal y como había llegado (¡qué hermoso sería coger un barco y marcharse a América!), pero Saladina ya no estaba para viajar a ningún sitio.

Y nunca dejaría a su hermana sola.

Un día Dolores se internó en la fraga. Al pasar frente a la casa de Tristán, el caponera, le sorprendió encontrárselo sentado en el quicio de la puerta, con la cara entre las manos y los codos sobre las rodillas. Le preguntó qué hacía tan ocioso, ¿no tienes que dar de comer a ningún capón?, a lo que el caponera le miró aterrado. Contestó:

—¿Es que no te has enterado? Lo vio toda la aldea...

—¿De qué?

—Se escaparon mis aves, ¡se largaron! —Dolores echó un vistazo a la casa silenciosa.

—Sí, las vimos... —dijo—, pero ahora tienes tiempo, ¿no era eso lo que querías, lo que siempre quisiste?

Tristán dijo entonces:

—Es ese maldito graznido..., lo estuve escuchando durante toda la noche.

—¿Graznido?

—Tengo que acabar con él, me está volviendo loco. —Y volvió a meter la cara entre las manos.

Prosiguió entonces Dolores hasta la cabaña de Violeta da Cuqueira, pues tenía intención de preguntarle algunas cosas que la inquietaban. Encontró a la vieja sentada frente al fuego del hogar. Enfundada en una capa negra que le llegaba hasta los pies, parecía un pájaro calvo. Le dijo la Invierna que si bien su hermana había mejorado del estómago, ahora estaba mal de la cabeza. Sin siquiera levantar la vista, removiendo las brasas, Violeta dijo:

—Es lo que tienen las friegas y los lavados...

Explicó entonces la vieja que las friegas tenían el inconveniente de ciertos vapores que se subían al cerebro y que, a la larga, le hacían a uno desvariar. También le dijo que tenían un efecto limitado, que la enfermedad primitiva pronto volvería a dar la cara, y si quería le preparaba un «licor de la presencia futura».

Dolores se levantó bruscamente y se dirigió a la puerta. De pronto se volvió.

—Violeta... —dijo—. ¿Recuerdas que una vez me hablaste de... de mi sueño de ser actriz?

La vieja Violeta da Cuqueira cerró los ojos. Buscaba en el maremágnum de su cabeza.

—¿Cómo... cómo supiste que...? —prosiguió la Invierna.

Da Cuqueira volvió a abrir los ojos. Dijo:

—¿Por qué crees que tu hermana se puso enferma?

Dolores volvió a sentir aquel escalofrío trepándole el espinazo; abrió la puerta. Justo cuando se disponía a salir, oyó:

—Que os mejoréis, niñas.

¿Qué nos mejoremos? La Invierna no dejó de pensar en aquello durante todo el camino de vuelta.

Una vez en casa, cuando subía por las escaleras para ver a Saladina, oyó la voz del cura. Últimamente don Manuel venía con los santos óleos —tal y como había hecho con la vieja del monte Bocelo— para dar consuelo a Saladina. En esa ocasión, al no encontrar ahí a la hermana, se había tomado la confianza de subir él sólo a la habitación. Por entre la puerta abierta, Dolores escuchó la conversación. El cura le preguntaba a Saladina si había encontrado la lista de los reyes godos, a lo que Saladina contestaba, con aire distraído y algo insolente, que de qué lista le estaba hablando.

—De la que te robaron los rojos.

Saladina le miró con perplejidad.

—¿Sabe, *Woolly Caterpillar*...? —dijo de pronto, como si esa historia de la lista de los reyes godos nunca hubiera ido con ella.

—¿Cómo me dijiste, hija? Sabes que no domino el inglés...

—Acabo de acordarme de una cosa que le interesará... Un detalle sobre mi hermana, *Woolly*.

—¿Sí...?

Al otro lado de la puerta, Dolores se puso colorada. Por la voz, su hermana parecía perfectamente lúcida.

—Sabe que mi hermana anda con ese vientecillo en la cabeza de ser actriz.

—Algo de eso oí... Guapa es.

—Y sabe que estuvo casada, ¿verdad?

—También sé algo de eso...

Saladina chasqueó la lengua.

—¿Sabe qué pasó con su marido?

El cura estiró el cuello y giró la cabeza para escuchar mejor.

—No, ¿qué?

Saladina sonrió maliciosamente.

De pronto, don Manuel se puso en pie y a gritar:

—¡Lo mató! Su cadáver está en el establo, ¿verdad? ¡Siempre lo sospeché! ¡Lo sospechamos todos! Alguien os vio bajarlo del carromato el día que llegasteis a Tierra de Chá...

Dolores pensó entonces que se le salía el corazón por la boca. Empujó la puerta y entró. Dijo:

—¡Callar!

Al verla, el cura se asustó. Saladina, sin embargo, parecía no haber oído nada.

—Pues su marido, Tomás, el pescador de pulpos y fanecas...

—¡Callar! —volvió a chillar Dolores.

Saladina la miró. De pronto pareció haberse percatado de su presencia; bajó la cabeza.

—Sí, callar —musitó.

—¡Callar y callaremos! —declamaron a dúo.

El cura no supo cómo reaccionar. Por un lado, quería seguir preguntando, pero por otro ya tenía a Dolores escrutándole con su mirada de escarcha y filamentos.

—¡No! —se oyó de pronto. Saladina se había incorporado y miraba a su hermana intensamente—. Mejor no callaremos. Llevamos mucho tiempo callando. Déjanos, Dolores. Necesito hablar con el cura *a solas*.

Por primera vez en mucho tiempo, Saladina retaba a su hermana. De ahí la docilidad. Ahora se daba cuenta Dolores de que el disimulo de todos esos días anteriores no había sido más que una repugnante traición. Nunca debería haberle contado lo de Tossa de Mar.

Ante la mirada inquisitiva del cura, no tuvo más remedio que salir de la habitación y dejarles solos.

Pensó en aplicar la oreja a la puerta cerrada para saber de qué hablaban (¿qué exactamente le estaría contando?), pero finalmente no lo hizo.

Bajó hasta la cocina y se sentó a esperar.

Capítulo 17

Lo nuestro.

O tal vez ya, *lo suyo*.

Sentada en la cocina, esperando ansiosamente a que saliera el cura del dormitorio, la Invierna no pudo evitar recordar aquel día aciago de 1948.

Poco después de su boda, Dolores había dejado al tal Tomás con la excusa de que tenía que cuidar a su hermana, y llevaba ya varias semanas en Coruña con Saladina, cosiendo en el taller. Llegó el tiempo seco y soleado, pero la bruma de la preocupación no abandonaba su mirada.

Fue entonces cuando Saladina dijo:

—¿Recuerdas lo que decía el abuelo sobre que un mal pensamiento o un deseo insatisfecho siempre acaban haciendo bola y enquistándose para convertirse en enfermedad?

Con lágrimas en los ojos, Dolores asintió.

—Pues ya no debes llorar ni preocuparte más por el pescador de pulpos —prosiguió su hermana—. Dime qué es lo que debo saber. Yo seré una tumba y volveremos a ser las de siempre.

Entonces a Dolores no le quedó más remedio que contarle todo a su hermana. En voz queda, sin punta de rencor ni asomo de tristeza, le habló del poco cariño que había recibido de su marido el tiempo que estuvieron juntos, de lo mal que la trataba, de sus insultos. Un día él encontró un pelo en el café con leche y la abofeteó. Otro día le dijo que no valía para nada y la encerró en el sótano. Roncaba, oh, sí. Era verdad. Y olía mal, a pedo no, a pescado. Le habló de su amenaza de venir a buscarla para matarla... Yo no quiero odiar, Sala, pero tengo un dolor aquí, en el corazón...

Saladina la cortó:

—No seas cursi. El odio no se fabrica en el corazón; se fabrica en las entrañas.

Dedicaron la noche entera a pensar. Al amanecer, ya estaba el plan maduro. Las Inviernas cogieron el primer coche de línea de la mañana y viajaron hasta Ribeira.

Cuando Tomás vio entrar a las dos hermanas juntas —altas, desgarbadas y nerviosas—, cerrando tras de sí los cerrojos, se echó a temblar.

Pero ellas le tranquilizaron. No tenía nada que temer, le dijeron. Una Invierna le quitó los zapatos y le hizo sentar. La otra corrió a la cocina para prepararle algo de comer. Tomás, Tomasiño, hemos venido a cuidarte.

En un abrir y cerrar de ojos, habían ordenado la casa. La habitación en la que se encontraban estaba limpia y era acogedora, las cortinas corridas, el suelo barrido. Olía bien.

Muy bien.

El tal Tomás, al ver el gesto sonriente y pacificador de las hermanas, empezó a tranquilizarse y a tomar confianza. Al fin y al cabo, pensaba, se trata de mi mujer y mi cuñada...

—¿Cansado? —le preguntaron a un tiempo.

—Muy cansado —dijo él.

Una Invierna corrió a coger las zapatillas y la otra un vaso y la botella de whisky. Mientras le servían, dijeron:

—Te prepararemos la cena, Tomasiño. ¿Qué tienes en casa para comer?

—Pulpo —dijo él, algo despistado—, pero no sirve, está sin mazar.

—Es una vergüenza que un hombre como tú tenga que salir a faenar tan temprano. Mañana descansarás como un rey. Bebe el whisky. ¿Qué dijiste que tenías para cenar?

Él las miró con extrañeza pero no dijo nada más.

—Pulpo —contestó la otra Invierna en su lugar—, dijo que para cenar hay pulpo en el sótano. Está sin mazar pero no importa, ya lo mazamos nosotras. ¿Qué otra cosa iba a haber en la casa de un pescador de pulpos?

Fue entonces cuando Dolores se levantó y atravesó la estancia. No sentía nada.

Lentamente, descendió las escaleras del sótano.

Lo que estaba abajo, en el sótano, siempre había sido tentador: allí estaba el reino de las tinieblas, pero también los objetos desechados, los tesoros ocultos; allí los entresijos de la casa, piezas pequeñas, anzuelos, liñones, nailon, restos de aparejos inútiles, las vísceras de algún cetáceo, el pulpo sin mazar; allí lo más remoto, lo más polvoriento; allí yacía todo lo podrido por el salitre y la humedad, lo olvidado, lo temido, lo que debía ocultarse, allí esperaban las tinieblas más opacas, «muertos o vivos acabaremos yendo a ellas», pensó Dolores aquel día, mientras encendía la luz.

Buscó con la mirada y encontró el pulpo sobre la mesa. Lo cogió. Volvió a subir con él.

Al llegar arriba vio la cara sonriente de Saladina sentada junto a Tomás. Él dijo, mirando al suelo:

—Hay que mazar el pulpo. Está duro; así no vale para comer.

—Sí —dijo Dolores con tono seco—. Date la vuelta.

—¿La vuelta? —dijo él—. ¿Para qué?

Dolores se había quedado muda. Temblaba junto a él.

—Es una sorpresa —dijo Saladina.

Tomás se dio la vuelta. Nunca nadie había tenido tantas atenciones con él.

Entonces Dolores le asestó en la cabeza un golpe con el pulpo que le hizo tambalearse y luego caer en bloque sobre el suelo.

—Ya está el pulpo bien mazado —le dijo Saladina, observando cómo se balanceaban las viscosas patas del pulpo a la altura de la rodilla de su hermana.

—Sí... —dijo Dolores todavía sin resuello, dejándolo caer al suelo—, y mi marido, muerto.

La espera se le hizo eterna. ¿Cuánto tiempo habían estado hablando en el dormitorio? ¿Cinco minutos? ¿Tres horas? Al oír la puerta, Dolores se puso en pie bruscamente. Don Manuel bajó pesadamente las escaleras. Su rostro no expresaba nada, pero Dolores pensó que en el fondo de sus ojos danzaba la victoria, incipiente pero rotunda.

El cura se limitó a decir que Saladina ya quedaba en paz con el Señor.

Capítulo 18

Durante todo el día deambulaba Saladina por la casa azuzada por la avería del cerebro. Se empeñaba en regar los geranios y en cuidar al grillo, al que ahora llamaba cariñosamente Adolf Hitler. Hablaba de la «estúpida Margaret that is equally pure and virtuous as a cat» y del «pobrecillo Denis», qué vamos a hacer, Dolor, para consolarle.

Por la mañana se sentaban a desayunar juntas. Pero Saladina, inmersa en la redacción de sus interminables listas, apenas hablaba. Un día Dolores le preguntó:

—Sala, ¿tú te acuerdas del abuelo?

Con la puntita de la lengua fuera, Saladina seguía enfrascada en su lista. Dijo:

—Oh, sí. Me acuerdo del abuelo.

—¿Cómo era?

—¿El abuelo? Pues... era un encanto.

Dolores quedó en silencio mientras su hermana tachaba y añadía nuevos nombres a su lista. De pronto dijo:

—¿Y sabes quién soy yo?

—Tú también eres un encanto —dijo Saladina, sin dejar de mirar su lista.

—Sí..., ¿pero quién soy?

—Bueno..., tú... —Saladina alzó la cabeza y miró a su hermana sorprendida—, tú... tú eres mi hermana.

—Sí —dijo Dolores—, pero ¿cómo me llamo?

—¡Y cómo voy a saber eso! —dijo Saladina. Y se lanzó de nuevo a completar su lista.

Dolores se quedó mirando. Por un momento, mientras contemplaba las terribles greñas que cubrían el rostro de su hermana, aquella mano frágil rellenando el papel con clasificaciones inútiles, la ráfaga de un pensamiento pasó por su mente: «Si Saladina estuviera muerta... ya nadie descubriría *lo nuestro*, y ya nada me impediría que me fuera a buscar mi destino». Dos segundos después, caía sobre ella el peso atroz del remordimiento. Ese peso que tan bien conocía desde hacía años. ¿Cómo podía tener esos pensamientos cuando su hermana estaba enferma, muy enferma? ¿Cómo podía pensar en largarse egoístamente de allí cuando Saladina la necesitaba más que nunca? Además, estaba la confesión al cura. ¿Qué le habría contado? Pensar en eso la volvía loca. Estaba segura de que el cura lo sabía todo, y que sólo estaba esperando el momento oportuno para darlo a conocer.

Apartó los cabellos del rostro de su hermana y la besó en la frente.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le preguntó. Saladina sacó la cabeza de la lista. Dijo:

—Sí, un cuento.

—Pues érase una vez un lobo muy malo que vivía en la fraga y que una noche de

tormenta...

Saladina sacudió la cabeza de lado a lado.

—No, ese cuento no.

—El del Camión de Taragoña ya te lo conté mil veces. ¿Por qué no me dejas que te cuente el del lobo que cayó fulminado por el rayo?

—No, ese cuento no.

Dolores suspiró.

—Pues érase una vez un hombre que estaba en los puros huesos, con barbas espesas y largas como las de Jesucristo que...

Pensó Dolores de pronto que jamás, por muchas vueltas que diera la vida, se haría actriz.

Hacerlo sería peor que traicionar a Saladina; sería matarla.

La vida siguió así: cuidados, paciencia y arrumacos sobre el hombro; fue por entonces cuando aparecieron las visitas.

Una tarde en que Dolores había salido a la taberna, Saladina se sentó en el banquito de la entrada de la casa a esperarla. Empezó a oír las pisadas por el carreiro y se levantó para recibir a su hermana con un abrazo. Avanzó unos pasos con intención de quedarse al final del camino y que su hermana se llevara una sorpresa, pero se quedó mirando. Mirando ¿qué? A Dolores que no venía sola. Ella y su acompañante, que no era otro que Albert Lewin, el director de *Pandora y el holandés errante*, se detuvieron a pocos metros de la casa y comenzaron a besarse. Saladina subió rápidamente a su habitación y se metió bajo las mantas de la cama. Dolores regresó veinte minutos después, fue a verla y la besó en la frente. ¿Cómo estás, Sala? Muy bien. Saladina se sintió rara.

La siguiente vez, Saladina abrió la puerta y vio a Dolores enzarzada en la cama con el señor Tiernoamor, que la miraba sonriente por encima del hombro.

Recién levantada por la mañana, con los pelos revueltos, le contaba a su hermana todo eso, muchas veces en inglés. También decía: «Esta noche tuve visita, Dolor..., mucha gente paseando de un lado a otro de mi habitación..., tú también estabas». Y se ponía muy seria: «¿Qué hacías tú en mi habitación?».

Se olvidó de coser.

Dejó morir al grillo Adolf y los geranios se secaron.

Se olvidó de escribir y ya no hacía listas.

Rezaba. Rezaba sin cesar, y comía tortillas de queso.

Don Manuel, el cura, iba a verla todos los días, traía el sacramento y le oficiaba la extremaunción.

Era ya una figurilla frágil. Piel amojamada. Apenas huesos.

Violeta da Cuqueira tenía razón; la enfermedad había vuelto con toda su virulencia.

Murió pocas horas después que la vaca; también la Greta había ido de mal en peor. Desde que se despertó balando como una oveja, apenas comía y pasaba la mayor parte del día durmiendo. Una noche, a Dolores le extrañó no oír ruido de coces y mugidos en el establo. Con la peor de las premoniciones, bajó lentamente hasta el establo. La Greta estaba tumbada, muerta sobre el lecho de tojo.

Dolores se le acercó y permaneció un rato aspirando su olor. Sintiendo su calor (y el bordoneo de las moscas en rededor). Subió a por una sábana y cordel, la envolvió por completo y la ató. Despejó un lado del establo de ramas, y con el pico y la pala trabajó durante mucho tiempo hasta cavar un buen hoyo. Luego la cubrió con tierra y ramas.

Cuando terminó miró por el ventanuco. El mundo del amanecer se revelaba ante ella: el rumor del río, los ecos lejanos de la fraga, los chillidos agudos y terroríficos de los animales pequeños. Quedó inclinada hacia delante, tratando de contener los sollozos.

Hasta que rompió a llorar.

Lloró por la vaca, pero sobre todo lloró por todo lo que desde ese momento comenzó a añorar. Lloró por Saladina haciendo mermelada de higos en la cocina. Lloró por el sonido que hacía al chasquear los dientes por las mañanas, por el olor de la orina caliente. Lloró por el olor salvaje de su pubis. Lloró por los sándwiches de plátano machacado que comían en Inglaterra y por la peste a palomita rancia de las salas de cine. Lloró por las gallinas dormidas y por el sonido del cencerro al subir al monte. Lloró por el resplandor amarillo de la chorima. Lloró por la película que ya nunca protagonizaría, por el sonido del coche rojo del señor Tiernoamor alejándose por el carreiro. Lloró por Tierra de Chá.

Lloró la vida.

Lloró por ella.

Luego se enjugó las lágrimas con la punta del delantal, fue a la cocina, preparó el desayuno de su hermana y se lo subió a la habitación. La encontró sentada sobre la cama, con aquellas gafas de montura de nácar y cristales que agigantaban los ojos, las que usaba para coser. Cogió agua con una palangana y se la puso sobre el regazo para que se lavase las manos. Al introducir una pastilla de jabón, también ella metió las suyas. Durante un rato, los dos pares de manos quedaron entrelazados bajo el agua olorosa y blanquecina, buscándose y jugando como peces, frotándose entre sí.

—¿Son mis dedos o son los tuyos? —dijo una Invierna.

La otra quedó pensativa. Contestó:

—¡Qué más da!

Y se echaron a reír.

Una vez retirada la palangana, Saladina tomó la copita de anís y un trocito de tortilla de queso, pero ya no tuvo fuerzas para más. Dijo de pronto:

—La Greta...

Y Dolores contestó:

—Sí...

Saladina se quitó las gafas y se quedó contemplando el paisaje de la ventana. El viento agitaba el maíz con fuerza. De vez en cuando, traía el repicar de las campanadas de la iglesia.

—Nadie sabrá nunca que en realidad se llamaba Teixeira.

—Ni que era robada —dijo la otra—. ¡Tanto esconder! ¿Te acuerdas del miedo que nos daba que alguien la reconociera?

Volvieron a sumirse en el silencio.

Un cuervo graznó fuera.

—Nunca me dijiste por qué corría —dijo Saladina después de un rato.

—¿La Greta? —preguntó su hermana, extrañada.

—El Camión de Taragoña —contestó la otra.

La Invierna Dolores quedó pensativa. Tantos años contando ese cuento y ni siquiera se había parado a pensar por qué corría el hombre día y noche, hacia ninguna parte...

—No importa —dijo entonces su hermana—. Ya no tengo ganas de saberlo. Hemos vivido cosas bonitas juntas, ¿verdad, Dolor?

—Pues claro.

—Lo pasamos bien, ¿verdad?

—Ya lo creo...

Saladina hizo entonces un gesto para que su hermana se acercara y le susurró al oído una sola frase llena de lucidez, diez palabras que Dolores jamás olvidaría y que, su realidad, no supo cómo interpretar: Ya te puedes ir a Hollywood a convertirte en actriz.

Dolores comenzó a hipar.

—¿Me das tu permiso? ¿Lo dices de verdad? ¿Y *lo nuestro*...? ¿Y *lo mío*...? ¿Lo sabe el cura? ¡Qué le contaste! ¡Necesito saberlo!

Pero Saladina enmudeció; se hundió en un sueño profundo y sereno; poco después, falleció.

Dolores veló el cadáver casi toda la noche. Luego intentó dormir un poco.

Se sentía terriblemente aliviada.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, después de conseguir dormir un par de horas, Dolores bajó a la cocina. Su hermana seguía tumbada sobre el camastro que le había preparado. Le dijo:

—Sala, ¿me oyes, Sala?

La muda presencia de Saladina llenaba la estancia.

Dolores hizo un silencio y continuó, emocionada:

—Sé que tengo que darme prisa... Pero estoy confusa... Es difícil, ¿sabes? Siempre lo hemos hecho todo juntas...

Esperó otro rato.

—No te preocupes que ahora te quito el camisón y te pongo algo bonito. Pero mira una cosa —su respiración se aceleraba, se interrumpía y volvía a empezar otra vez con un débil gemido—, ¿sigues opinando que debo ir, Sala? No quiero hacer nada que tú no apruebes, ahora que...

Dolores estuvo toda la mañana pensando en cómo haría para enterrar a su hermana. A eso del mediodía quiso cambiar el cadáver de sitio, pero empezaba a ponerse rígido y fue incapaz de moverlo. Cada vez estaba más confusa y embotada. Fue entonces cuando oyó unos golpes en la puerta.

Era el cura que venía acompañado de casi toda la aldea. Cuando le vieron pasar con el zurrón de los santos óleos, de nuevo en dirección a la casa de las Inviernas, no pudieron evitar seguirle. Por el camino se les fue uniendo el resto de la gente.

Al abrir la puerta, Dolores se sintió ceder a la felicidad, a la más absoluta de las gratitudes. Al ver a toda esa gente allí pensó que se había equivocado. En el fondo eran buenos: estaban dispuestos a echar una mano y a consolar en los momentos difíciles. Así que mientras les dejaba pasar, explicó con la voz temblorosa que necesitaba ayuda para ir hasta Sanclás a comprar un... Luego tenía que volver a...

—Mi hermana ha muerto —anunció por fin.

Se hizo un silencio general. Don Manuel se santiguó. La viuda de Meis se llevó una mano a la boca. Dijo:

—¡Jesús!

Entraron en la casa y desfilaron lentamente frente al cadáver. Algunos le besaban las rodillas y los pies.

—Está como tristona —opinó tía Esteba frunciendo la nariz.

—Y más delgada —dijo la viuda de Meis. Seguía con los dedos sobre la boca, como si con ellos evitara vomitar.

—¡Qué pena! —dijo el *gaiteiro* de Sanclás, que también estaba allí esa mañana—. Con la dentadura nueva y el poco partido que le sacó.

Y Tristán, el caponero:

—¡Con lo que cuestan! Yo pensaba ponerme una, pero mira... ¡para qué! ¡Somos

tan poca cosa!

Quedaron inmóviles y silenciosos mientras el cura rezaba unos latines. Dolores se percató entonces de que tres o cuatro mujeres cuchicheaban y miraban al cura buscando su asentimiento, para salir a continuación disparadas en dirección al cobertizo. Don Manuel interrumpió sus rezos unos segundos. Al rato volvieron a entrar las mujeres con un pico y una pala y se dirigieron al establo.

—¿Qué hacéis con eso? ¡Que no! —les chilló limpiándose con la manga unas gotas de sudor que le caían por la frente—. Ya os dije que había que esperar a la Guardia Civil.

Se detuvieron las mujeres en seco ante la puerta del establo. Dieron media vuelta y volvieron a colocarse junto a Dolores, el camastro con Saladina y el grupo que lo rodeaba. Pero seguían intranquilas y no soltaban el pico y la pala.

—Mi hermana cada vez está más rígida —dijo la Invierna—, hay que amortajarla y meterla en la caja ya. No tengo... todavía no tengo ataúd.

El cura siguió rezando sin hacer mucho caso, los dedos entrelazados sobre el regazo, visiblemente excitado, cuando las mujeres, que no habían dejado de moverse y de cuchichear entre ellas, decidieron pasar por alto las órdenes del cura y entrar en el establo. Durante un buen rato se las oyó trajar con el tojo, tira tú por aquí, decía una, aparta esa rama, cómo huele aquí, sí, y más crujido de ramas y crepitar de hojas secas, puaj, tiene que estar, ¡a cavar!, ¡sí, a cavar!, pero... ¿no había dicho que estaba en el establo?, por aquí, sí, por aquí, por aquí está la tierra removida...

De vez en cuando, don Manuel abría los ojos, aguzaba el oído, soltaba un suspiro y renegaba con la cabeza, «ya les dije que era mejor esperar a la Guardia Civil para el registro...», susurraba. Los otros hombres también atendían a los ruidos con expectación.

Hasta que se hizo el silencio.

Un silencio atroz.

De pronto, el grupo de mujeres salió en tropel, dejando el pico y la pala tirados por el suelo. Tenían cara de haber visto un fantasma; franquearon la puerta propinándose empujones para salir. Entre tanto, el cura comenzó a abrirse paso entre ellas, ¡qué pasa!, gritaba, ¡ahí no hay nada!, ¿qué visteis?, ¿era él?, ¡decidme algo, por el amor de Dios! ¡Ya os dije que había que esperar a la Guardia Civil!

Entonces dijo, dirigiéndose a Dolores:

—¡Pero tu hermana me dijo que no estaba ahí!

—Esto no tiene nada que ver con mi hermana... —contestó ella muy tranquila.

—Me dijo que lo había hecho ella...

—Pues le mintió.

El cura se volvió a enjugar el sudor de la frente. Comenzó a tartamudear.

—Pero, mujer..., ¿cómo pudiste?

—¿Y usted qué hubiera hecho en mi lugar?

Fue entonces cuando los que permanecían en la salita empezaron a inquietarse. El

círculo en torno al camastro de Saladina se abrió y se disolvió. La viuda dijo que no era por no ayudar, bien sabe Dios que no, pero que los muertos nunca le habían gustado; salió seguida de tío Rosendo, que se encogía de hombros mientras pedía disculpas, y yo qué le voy a hacer, donde hay capitán no manda marinero. Tía Esteba se acordó de pronto de que había dejado pan cociendo en el horno y se marchó diciendo que luego volvía, al fin y al cabo era ella la que vestía a los difuntos, y no tenía inconveniente alguno en ayudar. Quedaban el cura, Tristán, el *gaiteiro* de Sanclás y otros dos paisanos.

Los dos paisanos y el *gaiteiro* opinaron que seguro que la hermana necesitaba soledad y recogimiento en estos momentos, y que era mejor marchar. Tristán miró el reloj y salió zumbando. En la puerta se volvió. Explicó confusamente algo sobre el graznido de sus aves. Entonces el cura, que ya llevaba un rato con un pie en la calle, decidió que lo mejor iba a ser llamar al señor Tiernoamor para que la llevara en el coche a Sanclás para comprar un ataúd. Así que se marchó a buscarle.

Dolores volvió a quedar sola. Tumbada en el camastro, su hermana adquiría un color cada vez más cetrino. Estaba ya tan rígida que iba a ser imposible vestirla, «tal y como la propia Saladina me había advertido meses atrás, mucho antes de caer enferma», pensó con cierto pesar.

Unas horas después, cuando caían las primeras sombras, la Invierna salió a buscar a Tiernoamor a su casa. Caminaba gravemente, muy erguida, sola, cuando vio pasar al cura corriendo a toda velocidad en dirección contraria. Don Manuel alzó la cabeza un segundo para mirarla, pero enseguida la bajó. Dolores se fijó en que en los bajos de la sotana llevaba barro y pinchos de los atajos que había tomado.

Remontó entonces la calle principal, la espina de pescado. La aldea estaba vacía, un vacío que, sin embargo, parecía llenarlo todo, ¿dónde estaría la gente?, ¿dónde estaban los animales? Se cruzó con una niña de ojos azules, sucia y rubia, con una sella en la cabeza, que al instante se alejó. Pasó entonces por delante de la escuela. En ese momento salía tío Rosendo dando pescozones a los niños. Al ver a la Invierna pasar, quedó parado. Los niños se pusieron a cuchichear entre ellos. Dolores dijo:

—No te lo dije antes porque estaba la gente delante, pero creo que voy a seguir tu consejo, Rosendo.

Tío Rosendo dio un puntapié a un niño para que se fuera de allí, y se acercó confuso.

—¿Mi consejo?

—Voy a enfrentarme a mi instante —dijo entonces Dolores.

Esperaba la Invierna una reacción elusiva por parte del tío Rosendo, algún discurso sobre el miedo y la mecánica del instante, que no llegó.

—Ya... —fue su respuesta—. Tal vez...

Pero tío Rosendo no pudo seguir. Ya estaba allí la viuda de Meis tirándole del brazo y conminándole a que entrara en casa.

Dolores encontró al señor Tiernoamor trabajando en el taller. Le preguntó con

cierto despecho si el cura no le había avisado de la muerte de su hermana.

—Me..., me lo dijo —dijo Tiernoamor, algo azorado—, pero es que estoy en medio de un pulido, tengo un cliente de Coruña, fíjate, ¡de Coruña!, que viene a primera hora de la mañana y no he podido.

Dolores esperaba de pie. No sabía si había entendido bien aquello del pulido. Por fin el mecánico dentista dejó lo que estaba haciendo y, remetiéndose la camisa para salir, dijo que no tenía ningún inconveniente en ayudarla, que por Saladina daba su vida y hasta sus dientes.

Fueron hasta Sanclás con el SEAT 1400 a por un ataúd que trasladaron hasta la casa. Una vez dentro, Tiernoamor no pareció impresionarse ante el cadáver de Saladina: es más, la miró con toda tranquilidad, como si llevara toda la vida muerta. De pronto dijo:

—El cura entró un día en la taberna muy excitado y nos dijo a todos que Saladina le acababa de confesar haber matado a tu marido, *ella solita*, por celos, pero que el cadáver no estaba en la casa...

Dolores hizo como si no hubiera oído.

—Primero hay que ponerle un vestido limpio encima de la combinación —dijo.

Subió hasta el dormitorio y cogió varios vestidos y las medias rojas de seda. Eran todas prendas que habían traído de Inglaterra y que allí en la aldea apenas se habían puesto. Bajó y dejó todo sobre la mesa. Tiernoamor reconoció las medias. Exclamó:

—¡Hostias putas!, ¡las medias rojas hechas de los paracaídas del enemigo alemán! Lo que daría yo por tener un par así... hasta me hacen juego con el coche. —Soltó una risotada pero, al ver el gesto severo de Dolores, dejó de reír y siguió hablando—: Pero nadie le creímos..., al cura, quiero decir. Las mujeres estaban empeñadas en que el cadáver del tal Tomás, tu Tomás, estaba en el establo porque la viuda de Meis una vez vio asomar una mano entre las ramas del tojo. Además, alguien os vio bajarlo del carromato cuando llegasteis a Tierra de Chá...

—Creo que voy a ponerle este vestido —dijo ella, de nuevo como si no hubiera oído nada de todo ese macabro discurso—, ayúdame, por favor, a levantarla por los pies.

Tiernoamor obedeció pero no paraba de mirar las medias. Tiraba de las piernas cuando, de pronto, a Saladina se le abrió la boca. La nueva dentadura relucía más blanca y brillante que nunca. El mecánico dentista se la quedó mirando. Entonces, Dolores comprendió:

—¡Sal de aquí! —dijo enfurecida—. ¡Matasanos arrancadientes! ¡Fuera de mi casa!

El señor Tiernoamor reculó. Dijo con un gallito:

—¡Ya está bien de tratarme como si fuera un monstruo! Arrancar los dientes a los muertos no es nada comparado con arrancar cerebros y matar maridos... Nadie os llamó. ¡Estábamos muy tranquilos! ¿No te das cuenta de que ahora necesitan que os vayáis..., que *te vayas*, a toda costa? ¡Ya no sé cómo explicártelo! ¡Nunca debisteis

volver!

Dolores cogió la escoba; la alzó frente al mecánico dentista. Pero de pronto quedó pensativa. Dijo:

—¡Explícate! ¡Que alguien se explique de una vez! ¿Por qué necesitan que me vaya? Y, sobre todo, ¿qué fue lo que ocurrió con mi abuelo aquella noche de octubre de 1936?

Pero Tiernoamor ya no estaba dispuesto a decir nada más. Cerró la puerta y salió a paso ligero, ligeramente ladeado, por el carreiro.

La Invierna jadeaba de rabia mientras siguió vistiendo a su hermana. «Sala, date, date», decía. «Dame la maniña, Sala, que voy a vestirme, ayúdame a vestir». Cuando ya la tuvo lista, le pintó los labios y le trenzó el cabello. «¡Hala!, que nos vamos».

Con mucho esfuerzo, consiguió meterla en la caja.

Capítulo 20

1936... Mientras subía por el carreiro, el señor Tiernoamor vio desfilar ante su mente las imágenes de aquella gélida noche de octubre.

El cura le había contado que don Reinaldo estaba escondido en la iglesia. En la sacristía había una trampilla y el abuelo de las Inviernas llevaba varios meses allí metido, junto a los víveres que cada mañana hacía subir para el reparto.

No pasaron dos días y ya estaba allí toda la aldea. Desde la puerta de la trampilla volvieron a pedirle los contratos de compraventa de los cerebros, insistiendo en que no querían acabar como Esperanza y como doña Resurrección. Eso, y no la comida, era lo que de verdad les inquietaba a todos. Don Reinaldo les repitió que para ello tenían que devolver el dinero.

Hubo insultos y más discusiones.

Dos días después se presentaron los guardias en la iglesia. Alguien había dado aviso de que el médico bolchevique, amigo de los poetas, estaba allí escondido. A punta de fusil, reunieron a toda la aldea. Obligaron al cura a que les mostrara el escondite de la sacristía pero éste se negó; dijo que jamás se convertiría en un chivato como el señor Tiernoamor.

Fue entonces cuando los guardias se pusieron a vociferar y a pedir a los demás que colaborasen.

Repartidos por los bancos, estaban allí todos: la panadera, el zapatero, tío Rosendo, que agachaba la cabeza, la viuda de Meis, que temblaba ligeramente, Tristán, al que le había entrado la risa floja...

Por fin el cura, acorralado, dijo que él no era quién para decidir si se delataba a don Reinaldo. Que todos aquellos que estaban repartidos por los bancos de la iglesia también sabían del paradero de aquel señor.

Uno por uno, fueron los guardias preguntando. Fue tío Rosendo quien dijo que don Reinaldo andaba por allí, muy cerca... Siguió la viuda de Meis diciendo que así era, que estaba en la sacristía. Inspeccionaron los guardias la sacristía y, al no encontrar nada, prosiguieron con el interrogatorio. Dos viejecitas lloraban y Tristán comentó, como de pasada, que en la sacristía había una trampilla. Tía Esteba les dijo dónde estaba exactamente. Fue el cura quien, finalmente, tuvo que explicar cómo tirar de ella, pues no todo el mundo sabía abrirla.

Llovía, y los murciélagos subían y bajaban haciendo círculos en el aire.

Dolores salió de la casa y se encaminó al cobertizo. Sacó la pala y se dispuso a cavar junto a la higuera. Cuando tuvo un hoyo bien grande, salió de la casa

empujando el ataúd de su hermana. Lo lanzó al hoyo y lo cubrió con tierra. Luego volvió a entrar; cogió una de las Singer con determinación y la subió hasta el piso de arriba. La arrastró hasta la ventana. Jadeaba. Dijo: «Pues claro que vivimos momentos bonitos». Y la lanzó impetuosamente.

La máquina golpeó contra una rama de la higuera y quedó hecha añicos en el suelo.

Bajó y volvió a subir cargada con la segunda Singer. También la lanzó por la ventana.

Le pareció muy hermoso arrojar las dos máquinas así.

Dos horas después, doblaba por la esquina el coche de Tiernoamor seguido de un grupo de gente.

Los que estaban dentro bajaron. Encabezaba la comitiva el cura con un gesto muy huraño. Detrás venían Tiernoamor y Tristán, así como algunas mujeres. Tío Rosendo se ocultaba detrás de la barriga de la viuda.

Seguía lloviendo. Abrieron los paraguas y se colocaron en círculo frente a la entrada. Día gris. Cuervos. Contemplaron los restos rotos de las máquinas de coser, los carretes descolgados, la rueda partida. La tierra removida junto a la higuera.

Con el grupo también estaba la pareja de la Guardia Civil, que se detuvo ante la casa y golpeó la puerta. Gritaron que venían a registrar el establo, ya que unas vecinas habían encontrado un cuerpo sospechoso..., envuelto en una sábana y atado con un cordel.

Pero no hubo respuesta. La Invierna ya no estaba.

Nadie la había visto esfumarse entre los maizales.

Tal vez por el camino que lleva a Portugal.

Agradecimientos

Quisiera agradecer la cariñosa y paciente crítica de Encina Gil, Elisabeth Sánchez-Andrade, Patricia Sánchez y, especialmente, Nuria Barrios.

A mis tías, especialmente a María Paz, que heredaron el gusto por contar de mi abuela, agradezco la ilusión de hacer revivir todas estas historias y personajes. Y a mi madre, Bárbara, que me acompañó por tierras gallegas en busca de los recuerdos de la familia.



CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE (Santiago de Compostela, 1968) es escritora, crítica literaria, traductora y coordinadora de varios talleres de narrativa.

Hija de madre inglesa y padre gallego, está licenciada en Ciencias de la Información y en Derecho.

Escribió relatos que le valieron diversos premios literarios, como el de Cuentos de las Bibliotecas de la Comunidad de Madrid, y en el año 1999 publicó su primera novela, *Las lagartijas huelen a hierba*, una novela sobre la búsqueda de la identidad que sorprendió por su originalidad narrativa y su estructura.

Bueyes y rosas dormían, su segunda novela, está ambientada en un tiempo indefinido, en un lugar opresivo, ficticio y arquetípico, no en vano llamado Pueblo; esta deliberada abstracción se disfruta en el resto de su narrativa.

Con *Ya no pisa la tierra tu rey* obtuvo el Premio Sor Juana Inés 2004, otorgado por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara; la novela, con un protagonista colectivo, un conjunto de monjas, vuelve a dejar ver un tema recurrente de la autora, la asfixia de las protagonistas por parte de su entorno.

En *Coco*, novela la vida de la diseñadora francesa Coco Chanel y vuelve a utilizar este recurso para narrar la vida de Kristina de Noruega, princesa medieval del siglo XIII que viajó a España para contraer matrimonio con el rey español Alfonso X «El Sabio»; esta novela histórica se publicó en 2010 con el título *Los escarpines de Kristina de Noruega* (finalista del Premio Espartaco de Novela Histórica 2011).

Alejándose de la ficción, publica *El libro de Julieta*, una colección de anécdotas, y reflexiones sinceras, del día a día con su hija con síndrome de Down, Julieta.

De ella los críticos españoles han opinado: «Una escritura que trabaja con los sentidos, una leyenda a ras de suelo, salvaje y feroz... algo radicalmente nuevo en la literatura en castellano, original e insólita» (Manuel Rivas); «Es, sin más, una de las voces femeninas más poderosas que ha dado la literatura española» (Nuria Martínez Deaño, *La Razón*); «En el caso de Cristina Sánchez-Andrade puede hablarse, desde luego, de una escritora con un mundo propio e insólito y un estilo que sorprende» (Luis García Jambrina, *ABC*).

Su obra ha sido traducida al inglés, portugués, italiano, polaco y ruso, y combina sus colaboraciones en diferentes medios de comunicación, como columnista y crítica literaria, con traducciones de clásicos de la literatura inglesa.